

Peter Sloterdijk

# **Esferas III**

Espumas

Esferología plural

**Traducción de Isidoro Reguera**

Biblioteca de Ensayo 48 (Serie Mayor) Ediciones Siruela

## Índice

### Esferas III (Espumas)

Nota	15
<b>Prólogo: El nacer de la espuma</b>	27
Aire en lugar inesperado	27
Interpretación de la espuma	31
Espumas fértiles – Interludio mitológico	36
Espumas naturales, aphrosferas	42
Espumas humanas	47
Las espumas en la época del saber	55
Revolución, rotación, invasión	58
Cuando lo implícito se vuelve explícito: Fenomenología	63
Aparece lo monstruoso	65
Nunca hemos sido revolucionarios	71
<b>Introducción: Aerimotos</b>	75
1 La guerra de gas o: El modelo atmoterrorista	75
2 Explicitud creciente	102
3 Air/Condition	123
4 El alma del mundo en agonía o: La emergencia de los sistemas de inmunidad	152
<i>Consideración intermedia: Compulsión luminosa e irrupción en el mundo articulado</i>	163
<i>Fin del excurso</i>	177
5 Programa	192

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Sphären III (Plurale Sphärologie). Schäume*  
En sobrecubierta: fotografía de P. Sl. © Foto: Isolde Ohlbaum  
y *Formación de embriones vegetales*

Colección dirigida por Ignacio Gómez de Liaño  
(de este título, por Jacobo Stuart)

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 2004

© De la traducción, Isidoro Reguera

© Ediciones Siruela, S. A., 2006

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid Tel.: 91 355 57 20

Fax: 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

Printed and made in Spain

Tránsito: Ni contrato, ni organismo <i>Aproximación a las multiplicidades-espacio, que, lamentablemente, se llaman sociedades</i>	202	6 <i>Management</i> de direcciones, emplazamiento de consumo, regulación del clima	427
<b>1 Insulamientos</b>		B. Construcción celular, egosferas, autocontainer <i>Para la explicación de la existencia co-aislada por medio del apartamento</i>	432
<i>Para una teoría de las cápsulas, islas e invernaderos</i>	237	1 Célula y burbuja de mundo	432
A. Islas absolutas	244	2 Autoemparejamientos en el hábitat	443
B. Islas atmosféricas	260	C. Foam City <i>Macrointeriores y edificios urbanos de congresos explicitan las situaciones simbióticas de la multitud</i>	459
C. Islas antropógenas	275	1 Asamblea nacional	462
1 El quirotopo – El mundo a mano	280	2 Los colectores: Para la historia del renacimiento del estadio	475
2 El fonotopo – Ser al alcance de la voz	290	3 Sínodos discretos: Para la teoría de los congresos	490
3 El uterotopo – Cavernas-nosotros, incubadoras de mundo	297	4 Foam City. Sobre multiplicidades urbanas de espacio	496
4 El termotopo – El espacio de confort	305	<b>3 Impulso hacia arriba y mimo</b>	
5 El erototopo – Dominios de celos, peldaños del deseo	311	<i>Para una crítica del humor puro</i>	511
6 El ergotopo – Comunidades de esfuerzo e imperios beligerantes	315	1 Más allá de la penuria	511
7 El alethotopo – Las repúblicas del saber	327	2 La ficción del ser-de-carencias	529
8 El thanatotopo – La provincia de lo divino	337	3 Ligereza y aburrimiento	539
9 El nomotopo – Primera teoría constitucional	357	4 <i>Your Private Sky</i> – Pensar el aligeramiento	553
Resumen	374	5 Primera levitación – Para la naturaleza del impulso hacia arriba	565
<b>2 Indoors</b>		6 Catástrofe de las madres neolíticas	579
<i>Arquitecturas de la espuma</i>	383	7 Mimo en lo simbólico – La era de los tesoros celestiales	583
A. Donde vivimos, nos movemos y somos <i>De la arquitectura moderna como explicitación de la estancia</i>	383	8 Deseo inmanente, novela de Fausto y democratización del lujo	593
1 El estar-retenido; lugar de parada y almacén	387	9 El <i>Empire</i> o: El invernadero del confort; la escala del mimo abierta hacia arriba	604
2 Receptores, instalaciones de habituación	394	10 Rosa de los Vientos del lujo La vigilancia, el humor liberado, la sexualidad ligera	626
3 Sumersión e inmersión	399		
4 Viviendas como sistemas de inmunidad	407		
5 La máquina para habitar o: El sí-mismo-espacio movilizado	415		

<b>Retrospectiva</b>	
<i>De un diálogo sobre el oxímoron</i>	647
<b>Notas</b>	667
<b>Créditos de las ilustraciones</b>	713

## Esferas III (Espumas)

*Regreso de siglo en siglo a la Antigüedad más remota; no veo nada que se asemeje a lo que tengo ante los ojos.*

Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*

**Prólogo:**  
**El nacer de la espuma**

*Y también a mí, que soy bueno con la vida, pareceme que quienes más saben de felicidad son las mariposas y las burbujas de jabón, y todo lo que entre los hombres es de su misma especie.*

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*,  
primera parte, «Del leer y el escribir»\*.

**Aire en lugar inesperado**

Casi nada, y sin embargo no nada. Un algo, aunque sólo un tejido de espacios vacíos y paredes sutiles. Un dato real, pero una hechura esquiva al contacto, que al mínimo roce abandona y revienta. Eso es la espuma, tal como se presenta a la experiencia cotidiana. Por suplemento de aire, un líquido, un sólido pierde su compacidad; lo que parecía autónomo, homogéneo, consistente, se transforma en estructuras esponjosas. ¿Qué sucede ahí? Es la miscibilidad de las materias más opuestas lo que en la espuma se convierte en fenómeno. Al elemento ligero corresponde, evidentemente, la perversa capacidad de infiltrarse en los más pesados y asociarse con ellos, la mayoría de las veces fugazmente, en algunos casos incluso por más tiempo. «Tierra», unida a aire, produce espuma estable y seca, como piedra de lava o vidrio con burbujas, fenómenos que sólo se consideran como espumas en la época moderna, después de que la introducción de cámaras de aire en determinados materiales duros o elásticos se convirtiera en rutina industrial. Por el contrario, «agua», unida a aire, produce espuma fluida-húmeda y efímera, como la del oleaje del mar y la que se eleva de cubas en fermentación. Esta unión a corto plazo de gases y líquidos constituye el modelo del concepto usual de espuma. Alude al hecho de que, bajo circunstancias por ahora inexplicadas, lo

\* Citado, como siempre que se pueda hacer con Nietzsche, por la traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid 1996. (*N. del T.*)

compacto, continuado, macizo sufre una invasión de lo hueco. El aire, el elemento incomprendido, encuentra medios y caminos para infiltrarse en lugares en los que nadie cuenta con su presencia; más aún, por su propia fuerza acondiciona lugares extraños allí donde antes no había ninguno. ¿Cómo rezaría, pues, una primera definición de la espuma? ¿Aire en lugar inesperado?

Por su forma efímera, la espuma ofrece la oportunidad de observar con los propios ojos la subversión de la substancia. A la vez, se consigue la experiencia de cómo la venganza de lo sólido la mayoría de las veces no se hace esperar mucho tiempo. En cuanto se detiene la agitación de la mezcla, que procura la introducción de aire en lo líquido, se desploma rápidamente el esplendor de la espuma. Queda una inquietud: lo que se atreve a ahuecar la substancia, aunque sea por poco tiempo, ¿no participa de aquello que ha de ser considerado malo y sospechoso, quizá incluso hostil? Así es como la tradición ha concebido la mayoría de las veces ese algo precario, recelando de ello como de una perversión. Como una textura lábil de concavidades gaseosas, que triunfaran sobre lo sólido como por un golpe de Estado nocturno, la espuma se presenta como una insolente subversión del orden natural en medio de la naturaleza. Es como si la materia se hubiera extraviado y se hubiera entregado a lo estéril en saturnales físicas. No es casualidad que durante toda una era se considere peyorativamente que ha de servir como metáfora de lo inesencial y falto de solidez. Por la noche los seres humanos dan crédito a los fantasmas, en el crepúsculo, a las utopías; pero llega el despertar del mundo y el sol de la mañana, y todo eso «se deshace como espuma fatua»<sup>17</sup>. Es lo pálidamente ligero, lo aparentemente abultado, lo poco fiable y cambiante —un bastardo de la materia, generado por una unión ilegítima de los elementos, una superficie irisada, una charlatanería de aire y cualquier otra cosa—. En la espuma se manifiestan fuerzas impulsivas, sospechosas para los amigos de los estados puros. Si la materia compacta se aventura a espumar, tiene que incurrir en una imagen engañosa de sí misma. La materia, la matrona fecunda que lleva una vida honesta al lado del logos, pasa por una crisis histérica y se arroja en brazos de la primera ilusión que se presenta. Las malvadas perlas de aire la someten a los juegos de prestidigitación más arriesgados. Espumea, se esponja, se estremece, estalla. ¿Qué queda? El aire de la espuma regresa a la atmósfera general, la substancia más sólida se descompone en polvo de gotas. Casi nada se convierte en casi nada. Si la

materia sólida sólo consigue embarazos falsos de los abrazos con lo inane, ¿quién podría afirmar que es algo que llega inesperadamente?

Así pues, la decepción está garantizada allí donde salta la espuma. Como antes los sueños no parecían representar más que un apéndice vacío de lo real, que se podía pasar por alto tranquilamente, sí, del que había que prescindir a la mayor brevedad posible si se quería permanecer en la esfera de lo categorial, substancial, público, así también faltaba a las espumas todo lo que pudiera relacionarse con las esferas respetables de lo válido-duradero. La advertencia de Heráclito de seguir lo común (*koínon*) se consideró durante toda una era como una exhortación a mantenerse alejado de lo nocturno y sólo-privado, de lo ensoñado y lo espumoso, de esos agentes de lo no-común, no-público, no-universal<sup>18</sup>. Únete al día claro, así tendrás razón. Cuando lo común se experimenta en vela, el ser se ofrece oficialmente. En la frase «Sueños son espumas» se equiparan dos tipos de inanidad. Espuma y sueño, una inesencialidad se encuadra en otra. Goethe, todavía estudiante en Leipzig, censura precozmente la «cabeza vacía que espumea sobre el trípode / Y como la pitia sueña sentencias-oráculos». La espuma es el engaño realmente existente —lo no-existente como un existente o como un simulacro del ser—, sin embargo, una alegoría de la falsedad primera, emblema de la infiltración de lo insostenible en lo sólido —un fuego fatuo, un demasiado, un antojo, un gas de los pantanos, habitado por una subjetividad sospechosa.

Eso es lo que han pensado no sólo los académicos, los fundamentalistas de lo esencial, siguiendo a Platón. Una especie de probidad popular es la que ha querido dar la fría espalda desde siempre a lo espúmeo, ligero, demasiado ligero. Entre la metafísica clásica y la cotidianidad ontológico-popular, por encima de profundas diferencias, dominó desde antiguo el acuerdo de que el espíritu más serio, responsable, se reconoce por su desdén por la espuma. Los productos verbales de lo poco serio: espuma y castillos en el aire; el modo de existencia de los degenerados: escoria; las texturas nostálgicas de espíritus románticos: efervescencias almibaradas de una subjetividad que fermenta en sí misma; las rabiosas demandas vacías de los muchos descontentos con la política o, mejor aún, con todo: burbujas de lenguaje, originadas por remoción en los receptáculos de ilusiones colectivas. Se saben bien estas cosas: cuando aparecen oquedades en el poder dejan una huella de frases reventadas. En la espuma, como en los castillos de naipes, los soñadores y agitadores están en casa. Allí no se en-

contrará nunca a los maduros, a los serios, a quienes actúan moderadamente. ¿Quién es maduro? Quien se niega a buscar apoyo en lo inconsistente. Sólo los seductores y los pícaros de guante blanco pretenden, partidarios de lo imposible, introducir a sus víctimas en su agitación sin fondo. La espuma es el uniforme de salida del *nihil*, de la nada de la que nada puede provenir, si se sigue confiando en la afirmación de Lucrecio; es lo inconsistente, «sin edad alguna», lo que se distingue por su esterilidad y falta de acción. Lo espúmeo existe –se escucha decir a los informados– sólo en autorreferencia vacía, no produce más que episodios, nunca hace más que abombarse y desplomarse. Lo que no tiene ante sí otra perspectiva que su desintegración es mera inflación, es la anécdota que ha llegado al poder. La espuma no engendra nada, nada se sigue de ella. Sin esperanza de vida ni de generación próxima, sólo conoce el avance hacia su propio reventón. Por eso la espuma, entre los hijos extravagantes del caos, si no el primogénito, sí es el más despreciable<sup>19</sup>.

Y sin embargo: cuando en la nueva lógica de Hegel el pensamiento se hizo polivalente, se produjo una positivación de lo negativo y, con ella, una posible rehabilitación de la espuma: «De la fermentación de la finitud, antes de que se convierta en espuma, exhala el aroma del espíritu»<sup>20</sup>. ¿Tendría, pues, que agradecer algo a la espuma incluso el propio espíritu, el *medium* en el que la substancia se desarrolla en sujeto? ¿Se revela el bastardo, en el que no se tenía confianza alguna, como el intermediario, largamente buscado, en el que lo espiritual y lo material se encuentran en la concreción que se llama existencia? ¿Es la espuma el tercero, en el que se supera la idiocia binaria? ¿Barruntaba Aristóteles amalgamas así cuando en los *Problemata physica* atribuyó la enfermedad de los hombres de espíritu sutil, la melancolía, a los «males volátiles», a cuyas características pertenece la afinidad con los materiales espumables: a la bilis negra, que en opinión de los médicos antiguos se presenta como una mezcla volátil? Cuando los mortales corrientes quieren ponerse en la situación de los de espíritu sutil, para tratar de comprenderla, a ello les ayuda el vino oscuro, caliente, espumoso, en tanto los transfiere a un estado «en el que se encuentran (desde siempre) los melancólicos volátiles»<sup>21</sup>. ¿Sería, entonces, el estudio de la melancolía el lazo de unión insospechado entre la antropología y la teoría de las espumas? Hacia el vino se dirige la añoranza de tales hombres, en tanto que les hace maníacos del amor en la misma medida en que él es espumoso y volátil. Siguiendo a Aristóteles, incluso la eyacu-

lación masculina, como la erección, es un efecto neumático –una vez más, por tanto, aire en un lugar inesperado–: pues la «expulsión (del esperma) sucede también, obviamente, porque empuja el aire»<sup>22</sup>.

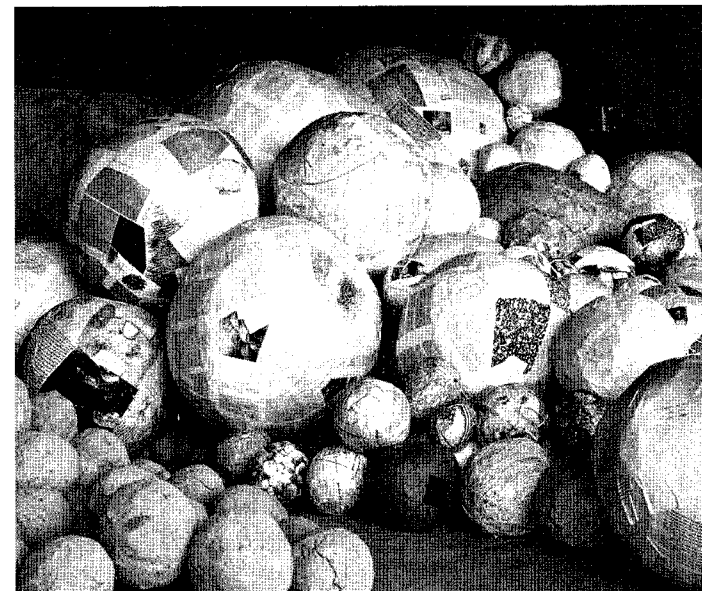
### Interpretación de la espuma

El hecho de que, en el cambio de imagen del mundo del siglo XIX y XX, tanto los sueños como las espumas no pudieran permanecer en el lugar que ocupaban en el antiguo cosmos de esencias, pertenece –junto con otros numerosos cambios de los signos y nuevas disposiciones sorprendentes de las fuerzas– a las íntimas signaturas de la forma del mundo, que, entretanto, en tono más tranquilo, se llama moderna. Si el psicoanálisis vienés, a pesar de sus rasgos conservadores, se cuenta, con buenas razones, entre los motores de la modernización mental, es, en primera línea, porque en él se ejercita un nuevo modo de trato con lo aparentemente marginal, lo hasta ahora incidental y en otro tiempo ignorado. Por su posicionamiento en el lugar epistemológico, en el que había de tener lugar la afluencia común de las filosofías tardoidealistas-románticas del inconsciente con las concepciones-mecanismos científico-naturales y técnicas, la vanguardia psicoanalítica consiguió formular un concepto simbólico, que permitía una nueva mirada a lo inaparente. En tanto que hizo legibles síntomas psíquicos como si se tratara de textos, Freud pudo convertirse en un «Galileo del mundo interior de hechos», como dijo Arnold Gehlen. Lo que era *quantité négligeable* adquirió relevancia significativa y entró en el foco de la consideración. La decisión temprana de Freud de señalar el sueño como camino real al inconsciente puso de manifiesto el cambio «revolucionario» de acento entre lo central y lo periférico. La aparición de la *Interpretación de los sueños* en el año 1900, sin embargo, no sólo puso de relieve lo pronto que en la retrospectiva del siglo se manifestó el acto fundacional epistémico-propagandístico del movimiento psicoanalítico, fue también uno de los puntos de partida de la subversión del sistema de seriedad tradicional y de la conciencia de la categoría de peso pesado en general. Lo que trastoca la seriedad y revisa lo *decorum* transforma la cultura en su totalidad. Por su colaboración en la rehabilitación, preparada por el Romanticismo, de la dimensión sueño, el psicoanálisis vienés entró en un contexto en el que no había nada menos en juego que una nueva



repartición de los acentos en el campo de lo primario, fundante, creador de significado, un suceso de alcance cultural-revolucionario: en él afluyeron las olas de choque procedentes de la intervención de Nietzsche en contra del idealismo metafísico, junto con las irritaciones procedentes de las críticas a la superestructura tanto marxistas como positivistas. El nuevo arte de la lectura de signos, apenas perceptibles, de contextos tanto íntimos como públicos de sentido integró las ocurrencias, tics, desviaciones y actos fallidos más privados en supuestos significativos subversivamente ampliados. En tanto que esa revisión trazó nuevamente las fronteras entre sentido y no-sentido, seriedad y no-seriedad, proporcionó al espacio cultural una conformación decididamente diferente. Ahora lo no-significativo podía saldar viejas cuentas con lo significativo. Desde entonces los sueños ya no son espumas; señalan, en todo caso, un espumar endógeno de los sistemas psíquicos y suscitan la formulación de hipótesis sobre las leyes a las que están sujetos el desarrollo de síntomas y la efervescencia de imágenes interiores.

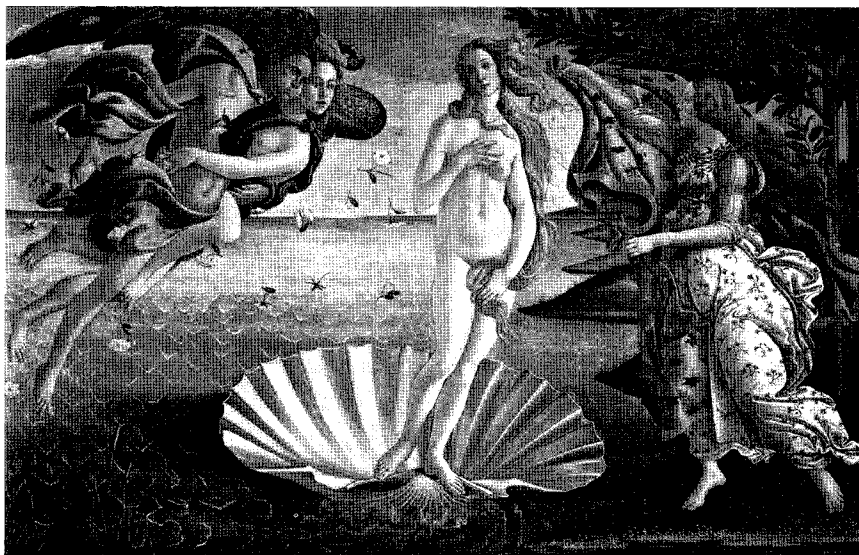
Si la Modernidad se reconoce por desplazamientos de la seriedad, ¿qué sucede con el otro lado de la ecuación de sueños y espumas? ¿Con qué seriedad se tomó el siglo XX la espuma? ¿Qué rango de valor asignó al «aire en lugar inesperado»? ¿De qué modo trabajó en la rehabilitación de esa entidad evanescente, abocada a la desintegración? ¿Con qué medios intentó hacer justicia a las oquedades autorreferentes, a las esferas interiores llenas de valores propios, al interior halitoso y a los hechos climáticos? Si la respuesta adecuada a esas preguntas ya resultara posible en nuestro tiempo proporcionaría una sinopsis de la modernización. Describiría un amplio procedimiento de admisión de lo casual, momentáneo, vago, efímero y atmosférico, un procedimiento en el que participan las artes, las teorías y las formas de vida experimentales con planteamientos propios en cada caso. Entre sus resultados se cuenta una concepción fundamentalmente nueva, postheroica de lo *decorum*, del complejo de reglas por el que se calibran en total las culturas<sup>23</sup>. Quien quisiera emprender una amplia reproducción de estos procesos tendría que hablar tanto de las intenciones de un Nietzsche no falseado como del desarrollo del impulso de Husserl; tanto del perspectivismo en torno a 1900 como de la teoría del caos en torno al 2000; tanto de la promoción de lo surreal, convirtiéndolo en una sección arbitraria de lo real, como de la elevación de lo atmosférico a la dignidad de teoría<sup>24</sup>; tanto de la matematización de lo borroso<sup>25</sup> como de la



Jean-Luc Parant, *Livres de Jean-Luc Parant mis en boules*.

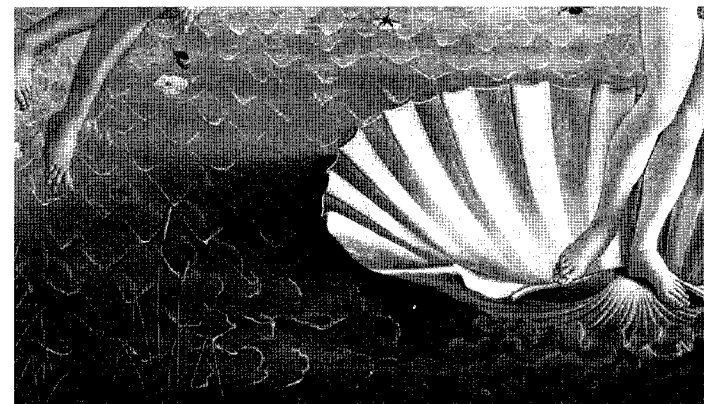
penetración conceptual de las estructuras estriadas y de los conjuntos irregulares<sup>26</sup>. Habría que hablar de una rebelión de lo poco llamativo, de lo discreto, por la que lo pequeño y efímero se aseguró una porción de la fuerza visual de la gran teoría, de una ciencia de las huellas, que a partir de indicios poco aparentes quiso leer los signos tendenciales del acontecer del mundo<sup>27</sup>. Más allá del giro «micrológico» habría que hablar de un descubrimiento de lo indeterminado, gracias al cual —quizá por primera vez en la historia del pensamiento— lo no-nada<sup>28</sup>, lo casi-nada<sup>29</sup>, lo casual y lo informe<sup>30</sup> han conseguido conectar con el ámbito de las realidades teorizables.

Por muy amplia que fuera una panorámica así de la nueva distribución de la seriedad, fundada sobre hechos y signos ignorados, inadvertidos, marginados, confirmaría el diagnóstico de que en ninguna parte se ha producido una recopilación convincente de esas innovaciones en un horizonte común. La larga sombra del pensar de la substancia, que gusta tan poco de lo accidental, sigue extendiéndose aún sobre las teorías modernas



Sandro Botticelli, *El nacimiento de Venus*, 1477-1478.

y las teorías de la Modernidad. El menosprecio de lo insubstancial caracteriza hasta los tiempos más recientes la búsqueda de temas de una filosofía amaestrada, en la que siguen actuando las inercias más viejas. Esto no impide que espíritus más libres se comprometan desde hace algún tiempo en los frentes de una actualidad llena de riesgos, aunque sus planteamientos no hayan podido conducir todavía a una nueva determinación coherente de la situación. Puede que los sueños hayan dejado de valer como espumas, esto seguirá siendo una conquista a medias mientras las espumas no consigan también su emancipación. Las revoluciones de la seriedad y las revisiones de lo *decorum* de la Modernidad sólo traerán definitivamente consecuencias cuando a la interpretación de los sueños le secunde una interpretación de las espumas<sup>31</sup>. Cuya tarea sería prestar al «aire en lugar inesperado» la atención que le es debida, a riesgo de que con ello surja también teoría en lugar inesperado, teoría postheroica, que dedica a lo efímero, irrelevante, secundario la consideración que en la teoría heroica se reservaba para lo eterno, substancial, primario. Tras una acción paralela en favor de la espuma quizá se manifieste lo que significaba



Sandro Botticelli, *El nacimiento de Venus*, detalle.

la interpretación de los sueños. Como Ernst Bloch en su —tras éxitos primeros, casi vuelta a olvidar— ontología política de la capacidad humana de anticipación disolvió la constrictión de la interpretación freudiana de los sueños a estratos de significación nocturnos y regresivos para otorgar al sueño diurno dignidad como potencia utópica y fuerza proyectiva que establece realidad, así la interpretación de la espuma tendría que constituirse como ontología política de los espacios interiores animados. En ella se comprendería lo más frágil como el corazón de la realidad.

En el lenguaje de nuestro ensayo la interpretación de la espuma ha de negociarse bajo el nombre de poliesferología, o ciencia ampliada de invernaderos. Desde el principio tiene que quedar claro que este «leer» en las espumas no puede quedarse en mera hermenéutica, ni detenerse en el desciframiento de signos. Sólo entra en materia como teoría tecnológica de espacios humanamente habitados, simbólicamente climatizados, es decir, como instrucción científico-ingeniera y política para la construcción y mantenimiento de unidades civilizatorias, un ámbito temático que hasta ahora caía dentro de la ética y de sus ramificaciones en politología y pedagogía. La disciplina más cercana a esta teoría heterodoxa de la cultura y la civilización puede encontrarse, por el momento, en la astronáutica tripulada, pues en ninguna otra parte se pregunta tan radicalmente por las condiciones técnicas de la posibilidad de existencia humana en cápsulas que mantengan la vida<sup>32</sup>.

La nueva constelación reza, por tanto: lo serio y lo frágil, o –por llevar la revolución del estado de cosas de lo serio hasta el extremo en el que está ahora–: espuma y fertilidad. Aproximación –del griego *áphros*, la espuma– es la teoría de sistemas cofrágiles. Si se consiguiera probar que lo espumoso puede ser lo que tenga un gran porvenir, sí, que es, en ciertas condiciones, capaz de generar, se le sustraería el fundamento al prejuicio substancialista. Justamente eso es lo que se intentará en lo que sigue. Lo que durante toda una era se ha considerado menospreciable, lo aparentemente frívolo, lo que existe sólo en vistas a su implosión, recuperaría su parte en la definición de lo real. Se comprende, pues: hay que entender lo flotante como algo que de algún modo especial proporciona fundamento; describir nuevamente lo hueco como una llenura de propio derecho; considerar lo frágil como lugar y modo de lo más real; evidenciar lo irrepetible como el fenómeno superior frente a lo serial. Pero, ¿no representa una contradicción en sí misma la idea de una espuma «esencial», apenas menos a nivel físico que a nivel metafórico? ¿Puede tomarse en consideración, realmente, como posibilitadora de consecuencias vitales y acciones a distancia creadoras, una hechura que ni siquiera puede garantizar la propia permanencia-en-forma?

### Espumas fértiles – Interludio mitológico

Que la figura «espuma fértil» no siempre fue una ficción ilegítima en la historia de los motivos de pensamiento y figuración es una tesis que puede comprobarse en cuanto se retrocede a una época anterior a la del menosprecio de la espuma, originado ontológico-popularmente y metafísico-substancialmente. En las menciones más tempranas de la espuma, tanto en las tradiciones europeas antiguas como en las indias y próximo-orientales, aparece una estrecha conexión entre los complejos representativos de lo espumoso-marítimo y de la vida cambiante-indestruible. El rapsoda filosofante Hesíodo, que vivió después del 700 antes de Cristo en Beocia como pastor y labrador libre, hizo algo inolvidable para la tradición occidental de la *liaison* entre espuma y potencia generativa por su relato del nacimiento de la espuma de la diosa Afrodita a consecuencia de una castigación titánica. Gracias a esa historia lírico-macabra se ha conservado en la memoria una poesía presocrática de la espuma junto a la metafísica me-

nospreciadora de lo efímero, que fue la que dominó después. A la vista de la escasa transmisión de textos, no puede decidirse si esa asociación de Hesíodo fue invento suyo o remite a una alegoricidad mitológica más antigua. Ciertamente, sólo parece que Hesíodo fue víctima de una feliz confusión etimológica al derivar el nombre de la diosa, que había sido importada del Próximo Oriente al panteón griego, de *áphros*, espuma. Con ello relacionó a la diosa del amor y la fertilidad de los helenos con aquella substancia asubstancial, a la que se atribuyen nobles funciones erógenas. Esa seudoe-timología de Hesíodo vuelve productiva mitológicamente la adulteración griega del nombre sirio-fenicio de la diosa Astarté (o bien de la babilónica Ishtar) en Afrodita, y consigue con ello una contextualización general, que proporciona a la espuma un debut espectacular en las historias, contadas y vueltas a contar por los griegos y sus herederos, de las generaciones de los dioses.

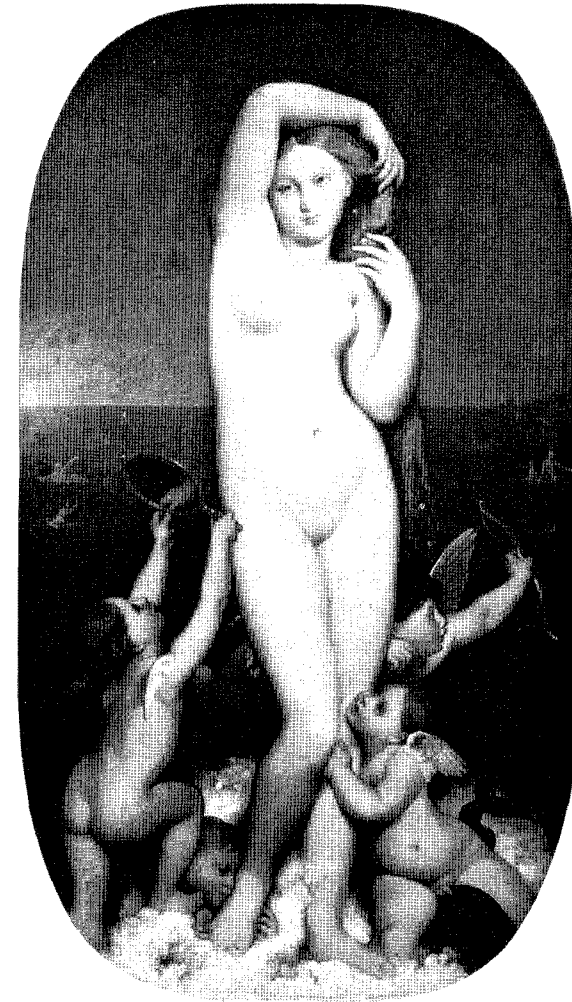
Aquí consigue el poeta –junto con el mito de un advenio costero, que encantó a los pintores del renacimiento– la inaudita imagen prototípica de una espuma, a la que no se atribuye sólo fuerza conformadora, sino también capacidad procreadora y eficiencia generativa de lo bello, seductor, perfecto. Efectivamente, la espuma de la que se habla no es una cualquiera: surgida del contacto catastrófico entre la ola del mar y el miembro sexual del padre primordial, Urano, seccionado arteralmente por Cronos, da testimonio de una anomalía de grandes consecuencias en la sucesión de las generaciones de los dioses:

Pero los genitales de Urano, cercenados del cuerpo por el acero,  
arrojados lejos del continente en el tempestuoso ponto,  
fueron llevados luego por el piélago, hasta que finalmente  
surgió en torno a la carne divina un blanco anillo de espuma:  
Y en medio de él nació una doncella. Se dirigió primero  
a la sagrada isla Citera y llegó después a Chipre, rodeada de corrientes.  
Aquí, salió del mar la augusta y bella diosa,  
y bajo sus delicados pies crecía la hierba en torno. Afrodita,  
diosa nacida de la espuma, coronada con las flores de Citea,  
la llaman los dioses y los hombres, a ella, que creció del aphros,  
de la espuma. Y Citea, porque llegó hasta Citera,  
también Ciprogénea, salida del oleaje de Chipre,  
y diosa de la procreación, surgida del miembro de la procreación.

La siguieron la excitación y el deseo de amor, Eros e Hímero, cuando, recién nacida, subió hacia la tribu de los dioses<sup>33</sup>.

En el momento crítico de su canto el poeta aventura una caracterización adjetiva –*aphrogenéa*, como epíteto de *théa*, la diosa–, de la que se reconoce ahora que tiene el potencial suficiente para superar el carácter de aditamento evocativamente ornamental y convertirse en un nombre con rango de concepto. En tanto que se atestigua de la diosa que es una nacida de la espuma, una *aphrogene*, la espuma misma adquiere la competencia de dar a luz. A causa de su nacer de la espuma –más exactamente: de su crecer-en-la-espuma (*en aphro*)<sup>34</sup>–, la Afrodita hesiódica en el horizonte de la tradición occidental se convierte en la testigo principal de que no es verdad que la espuma sea nada en absoluto, sobre todo cuando puede asociarse con el miembro del dios originario. Así como una posterior metafísica del espíritu atribuye de vez en cuando al logos generador de mundo el atributo *spermatikós*, la poesía presocrática ya conoce en ese punto un *áphros spermatikós*, una espuma con potencia de engendrar y dar a luz, a la que le son inherentes cualidades-matrix. Es significativo que la narración de Hesíodo transfiera a la posterior diosa olímpica Afrodita (que, según otra tradición distinta, surgió de la unión de Zeus con la diosa del roble Dione) a un contexto titanoide, a una serie de engendramientos monstruosos y horrores elementales, cosa que sucede, sin duda, por influjo de un motivo: introducir a la diosa de la voluptuosidad en un contexto cósmico muy temprano, lleno de procesos primarios, completamente dominado todavía por fuerzas elementales pre-rationales. Sólo en él era posible la carga de la espuma con potencia generativa y significados de fertilidad, y sólo de esperma de titanes podía hacerse plausible que se manifestase como fuerza erógena, *aphrógena*, *teógena*. La fertilización-*en-aphro* de la diosa permite comprender cómo pudo pensarse la espuma –durante un instante mitopoéticamente productivo– como análogo del seno materno y matriz de conformaciones con grandes consecuencias<sup>35</sup>.

Algo semejante, tan superlativizado que parece una novela barroca trascendente, muestra el antiguo mito indio de la decisión de los celestes de batir el Océano hasta convertirlo en espuma para extraer de allí el néctar de la inmortalidad, un relato que ha sido transmitido, entre otras, en la versión del *Ramayana* y en la del *Mahabharata*<sup>36</sup>. Ambas versiones tienen



J. A. D. Ingres, *Venus nacida de la espuma*, 1808.

en común el motivo de que a los dioses, preocupados por su inmortalidad insegura, un consejero divino (Visnú-Narayana, según el *Mahabharata*) les indica que han de remover el océano universal lechoso hasta que surja de él *amrita*, el elixir que acaba con la muerte. Los celestes siguen ese consejo sirviéndose del monte universal Meru y de la gigantesca serpiente de mil

cabezas Shesha, alias Vasuki, como cucharas de remoción, más exactamente como bastón y cuerda batidores. Después de mil años de batir la espuma en las profundidades se acerca el instante del éxito:

Recuperadas sus fuerzas, los dioses continuaron removiendo. Poco tiempo después la suave luna de mil rayos salió del mar. Acto seguido, surgió del elemento Lakshmi (la diosa de la fortuna), toda vestida de blanco, después Soma (la bebida embriagadora de los dioses), luego el corcel blanco y finalmente la gema celestial Kaustaba, que adorna el pecho del dios Narayana (Visnú)... Después se alzó el mismo divino Dhanwantari (el médico divino de los dioses) con la blanca vasija de néctar en la mano... Después apareció aún Airavata, el Gran Elefante, pujante de cuerpo y con un doble par de colmillos blancos. Pero cuando continuó la remoción apareció al final el veneno Kalakuta...<sup>37</sup>

En el *Ramayana*, atribuido al poeta Valmiki (ca. 200 d. C.), la remoción milenaria produce, igualmente, una serie de apariciones desde la espuma de leche, pero en otro orden: aquí aparece en primer lugar el médico de los dioses Dhanwantari con su sublime vasija de néctar —que contiene la sagrada «agua de los ascetas»—, seguido de una multitud enorme de resplandecientes muchachas del amor, las *apsaras*, en total seiscientos millones, acompañadas de innumerables sirvientas, seres femeninos dispensadores de dicha, que «pertenecen a todos», porque ni los hombres ni los dioses están dispuestos a casarse con ellas; a esas emanaciones eróticas del Océano espumante se unen Varuni, la hija del dios del agua Varuna, después el magnífico caballo blanco, más tarde la piedra preciosa divina y, finalmente, una vez más el deseado elixir, la esencia que hace inmortal, por cuya posesión estalla inmediatamente una guerra enconada entre los dioses y los demonios<sup>38</sup>.

En los relatos indios del batir o convertir en espuma el Océano llama la atención que ya no presentan, como en Hesíodo, un proceso elemental anónimo, sino una acción, a la que —bajo rasgos alquimistas— se atribuye un carácter de producción indudable. La espuma láctea no se ha convertido sólo en una matrix para nuevos procesos generativos de un moldeador: ella misma es producida por una operación aphrogénica, engendradora de espuma en un segundo sentido de la palabra; para la producción desde espuma aparece la producción de espuma. Con esto, el fenómeno aphrogenia adquiere un carácter técnico y se hace legible desde dos lados.

Puede ascender a un nivel conceptual en tanto reúne en una expresión superior la formación desde la espuma y la formación de espuma. Por muy grotesco que parezca el instrumento —un monte y una serpiente gigantesca, convertidos en un batidor que remueve en la lechería cósmica— no hay duda de que estamos ante una imagen típica del contexto de motivos de observación artesanal. Sobre todo se impone la analogía con procedimientos para la preparación de mantequilla, lo que no sorprende en una cultura en la que las ofrendas de mantequilla líquida en el fuego sacrificial (*ajya*) pertenecían a los gestos rituales primarios<sup>39</sup>. A la vez, la remoción evidencia el núcleo procedimental de la alquimia, en la que desde siempre parece que se trató de conseguir una esencia activa por medio de filtración y reducción. La introducción de aire en la sustancia sirve para el precipitado de lo más substancial de la sustancia, hasta alcanzar la extrema contracción del poder generativo en un único receptáculo, en un último punto seminal. Se entiende: cuando se presupone, como en la Primera Teoría generalizante, la unidad de fuerza originaria y plenitud de esencia, de ahí no hay gran trecho hasta llegar a una radicalización de la búsqueda; es entonces cuando se aventura el acceso mágico a la esencia de la esencia con el fin de filtrar el poder desde el poder. En el drama teúrgico, que ha de hacer de los dioses definitivamente inmortales, la preparación de la espuma sirve como preludeo a la extracción absoluta.

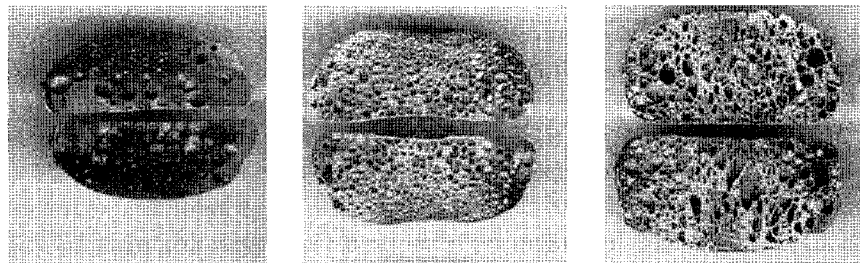
No queremos olvidar que el mito egipcio de la creación conoció incluso la imagen de una espuma-saliva cosmogónica: en él se describe la boca del dios Atum como primer foco de movimiento o receptáculo originario, en el que primero se crean y ensamblan, uno en otro, *tefnut*, la humedad, y *schu*, el aire, hasta que ambos, como mezcla totipotente, abandonan la boca originaria para producir todas las demás criaturas. Memorable es aquí, sobre todo, que de la boca de los dioses no emanen órdenes—hágase o diferenciaciones primeras, como es usual en el esquema logocrático, sino una *prima materia* espumosa bimaternal, que, análogamente a una pareja, llama a la vida al resto por procreación, por un escupir supremo, por así decirlo.

Estos mitos aluden a tempranas alternativas al prejuicio de esterilidad referente a las espumas; con todo, sólo pueden proporcionar a la constelación de espuma y fertilidad, en el mejor de los casos, una plausibilidad poética. Aun así, preparan desde lejos un concepto de aphrogenia que nos estimula no sólo a preguntar por las generaciones de los dioses, sino tam-

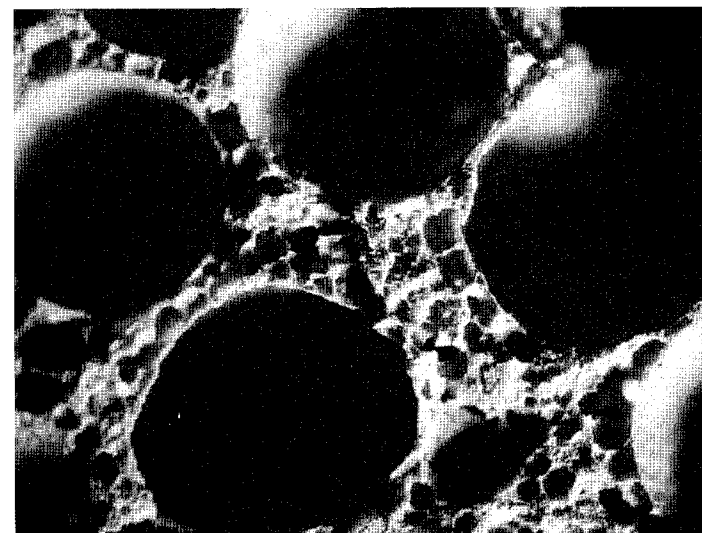
bién por el surgimiento del ser humano a partir de lo aéreo, flotante, mezclado e inspirado. En lo que sigue queda por mostrar que la espuma –en un sentido de la palabra aún por consolidar– constituye la matrix de todos los hechos humanos en su totalidad. *We are such stuff the foams are made on.* Como se ha visto, la primera lección de la interpretación de las espumas había de convertirse en un excursu mitológico; en la segunda se dejarán los motivos teogónicos para, tras una corta mirada a las contribuciones actuales de las ciencias naturales a la investigación de las espumas, pasar al registro antropológico.

### Espumas naturales, aphasferas

En el contexto físico se entiende por espumas: sistemas de cámaras múltiples de reclusión de gas en materiales sólidos y líquidos, cuyas celdillas están separadas unas de otras por tabiques peliculares. Los impulsos a la investigación científica de estructuras espumosas se remiten al físico belga Joseph Antoine Ferdinand Plateau, que, a mediados del siglo XIX, formuló algunas de las leyes más importantes, reconocidas hasta ahora, de la geometría de espumas, leyes que aportaron un mínimo de orden en el aparente caos de aglomeraciones-burbujas espumosas. Con su ayuda las espumas pudieron describirse exactamente como esculturas tensionadas de tegumentos peliculares. Enuncian que los ángulos de una burbuja de espuma o, mejor, de un polígono de espuma, se forman exactamente por tres tabiques peliculares; que dos a dos de esos tres tabiques se encuentran siempre en un ángulo de 120 grados; y que siempre convergen en un punto



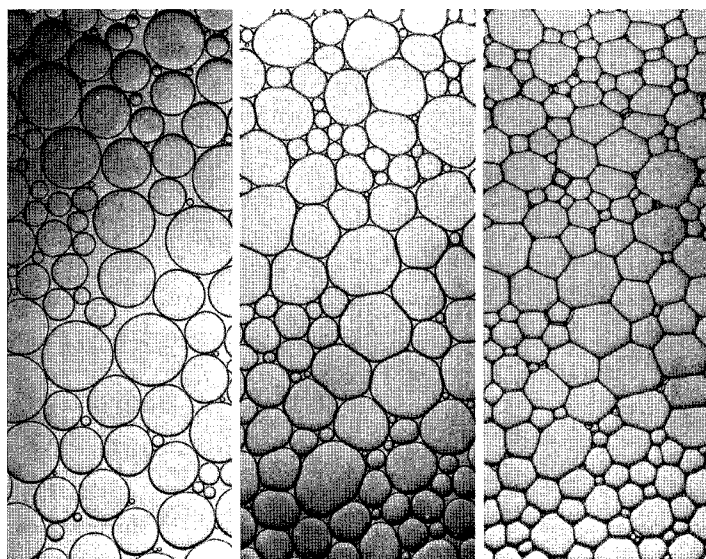
Materiales porosos de base férrea.



Fotografía de un adobe de espuma pororizado con poliestireno y con espuma.

exactamente cuatro ángulos de celdillas de espuma. La existencia de tegumentos jabonosos se debe a la tensión de superficie del agua, que ya señaló en torno a 1508 Leonardo da Vinci en sus observaciones sobre la morfología de las gotas. Las propiedades ópticas de espumas húmedas y secas fueron expuestas en torno a 1890 por el físico británico Charles Vernon Boys en un tratado popular sobre el color de la espuma<sup>10</sup>. Por él inmigraron las maravillas del arco iris a las habitaciones infantiles de la época victoriana.

Hay que agradecer ante todo al siglo XX la introducción del tiempo en el análisis de la espuma. Hemos aprendido que las espumas son procesos y que en el interior del caos de múltiples celdas se producen constantemente saltos, transformaciones y cambios de formato. Esa agitación tiene un rumbo, conduce a mayor estabilidad e inclusividad. Una espuma vieja se reconoce porque sus burbujas son mayores que las de las espumas jóvenes, porque las celdas jóvenes que revientan mueren en cierto modo dentro de sus vecinas, a quienes legan su volumen. Mientras más húmeda y joven es una espuma, más pequeñas, redondas, móviles y autónomas son las burbujas aglomeradas en ella; mientras más seca y vieja, por el contrario,



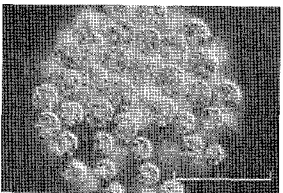
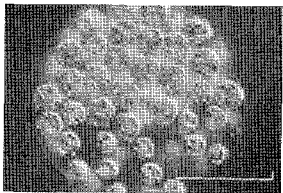
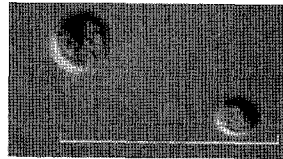
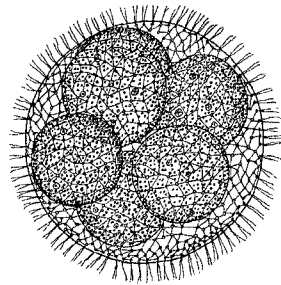
Transición de una balsa de burbujas a una red poliédrica aplanada, según un estudio del grupo de Frei Otto.

más burbujas autónomas han perecido, más grandes se hacen las celdas supervivientes, con más fuerza actúan unas sobre otras, más se hacen valer las leyes de Plateau de la geometría de vecindad en la deformación recíproca de las burbujas agrandadas. Una espuma avejentada encarna el caso ideal de un sistema cofrágil, en el que se ha alcanzado un máximo de interdependencia. En el entramado de grandes poliedros lábil-estables ya no puede reventar potencialmente ninguna celda concreta sin arrastrar consigo a la nada la contextura total. La dinámica procesual de la espuma proporciona, así, la forma vacía a todas las historias que tratan de espacios de inclusión inmanentemente crecientes. En estas geometrías trágicas se alcanza un grado tan alto de tensión interior o tensegridad entre los espacios co-aislados restantes que su riesgo común de existencia puede expresarse mediante una fórmula de cofragilidad. Juntas, las grandes celdas de una espuma madura consiguen incrementar la duración de su existencia, juntas se deshacen en la implosión final. Notemos que en las espumas no existe una celda como punto central y que la idea de una capital sería contraproducente *per se*.

Últimamente, el motivo de la multiplicidad de cámaras ha hecho carrera también en las teorías físicas del espacio. Esto trae como consecuencia que se recurra cada vez más a menudo a la metáfora de la espuma para la descripción de conformaciones de espacio espontáneas, tanto en las dimensiones mínimas como en fenómenos mesocósmicos, como, finalmente, en procesos de dimensiones galácticas, efectivamente cósmicas. Se anuncia abiertamente el siglo XXI como la *century of the foam*. Buena parte de la astrofísica más reciente aparece con ropaje aprofísico. Muchos de los modelos cosmológicos que se discuten actualmente representan el universo como un trenzado de burbujas inflacionarias, cada una de las cuales encarna un sistema de explosión originaria del tipo del contexto de mundo que habita la humanidad actual<sup>41</sup>. También se presentan recientemente numerosas realidades microfísicas con el signo de la espuma y de la espontánea conformación microsérica de espacio. Pero ninguna de las ciencias actuales concede mayor papel a la potencia morfológica de la espuma que la biología celular. Desde el punto de vista de numerosos biólogos, el surgimiento de la vida sólo puede explicarse por la formación espontánea de espuma en el agua turbia del océano primitivo.

[...] si se agita una mezcla de aceite y agua se forman de modo completamente espontáneo burbujas semejantes a células, envueltas en una membrana. En los primeros tiempos de la Tierra, aún sin vida, fueron tales espacios huecos con forma de burbuja los que procuraron la separación de dentro y fuera. [...] Esas burbujas de grasa se hicieron más grandes y desarrollaron la capacidad de autoconservación. [...] Presumiblemente fluyó, primero, energía solar a través de las gotitas; una corriente controlada de energía condujo, finalmente, a las formaciones que se convirtieron en células vivas<sup>42</sup>.

En este relato de la génesis celular la forma redonda y el contenido energético hubieron de actuar uno en otro de tal manera que hicieron posible que surgiera del mar un primer ser vivo, la mónada nacida de la espuma, nadando en el agua y disuelta en ella, pero ya deslindada de ella, llena de un interior, de un algo propio. Desde el caldo originario molecular pequeños interiores originarios, protegidos formalmente, que se consideran precursores de la vida, emprendieron el camino de la autoinclusión. En el modo de hablar de la biología sistémica, constituyen «sistemas semiabiertos», que procesan como espacios de reacción sensitiva con ellos



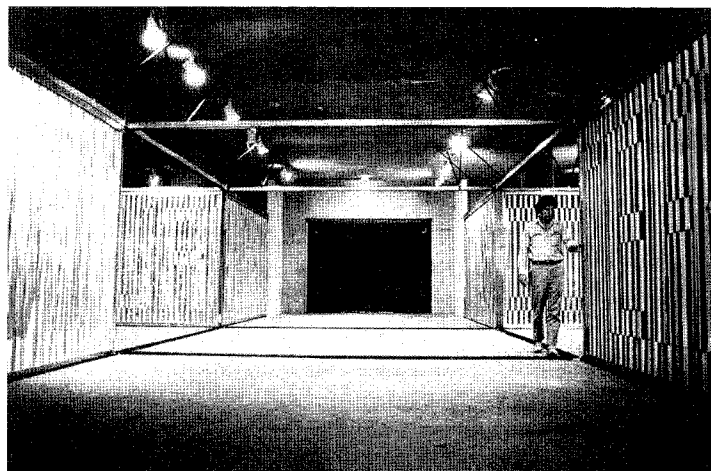
Un coenobium biológico con colonias filiales: el alga-Volvox como ejemplo evolutivo de la transición de colonias de unicelulares en formación al individuo pluricelular, globular y sexualmente diferenciado.

mismos y con el entorno. Los fósiles más antiguos que se han encontrado hasta ahora en la Tierra, de más de tres mil quinientos millones de años, los paleobiólogos los interpretan como restos de bacterias originarias; por su forma y lugar de hallazgo se llaman microsferas-Zwazilandia. Su existencia demuestra que el misterio de la vida no puede separarse del misterio de la forma, más exactamente, de la conformación de espacio interior bajo leyes esféricas. Cuando aparecen los unicelulares comienza la historia de lo orgánico como condensación y encapsulamiento esféricos: bajo membranas en forma de globo se concentra el plus que se llamará vida. En el organismo primitivo el espacio está de camino al sí mismo. La primera característica del sí mismo es la capacidad de adoptar una posición por oposición a lo exterior. La posición aparece, por lo que vemos, por plegamiento sobre sí, o por obstinarse en permanecer en un lugar inesperado. ¿Ya en la vida más primitiva hubo de conducir el misterioso camino hacia dentro?<sup>43</sup>

### Espumas humanas

Por muy impresionante que se presente la conexión entre la morfología de la espuma y la zoogénesis primitiva a la luz de las nuevas ciencias de la vida, para nosotros la aventura de las multiplicidades-espacio comienza sólo con la entrada en contextos antropológicos y teórico-culturales. Mediante el concepto espuma describimos aglomeraciones de burbujas en el sentido de los análisis microsferológicos que hemos presentado con anterioridad<sup>44</sup>. La expresión vale para sistemas o agregados de vecindades esféricas, en los que cada una de las «células» constituye un contexto (dicho en lenguaje usual: un mundo, un lugar) autocomplementante, un espacio-sentido íntimo, tensionado por resonancias diádicas o multipolares, o un «hogar», que bulle en su animación propia, sólo experimentable por él y en él mismo<sup>45</sup>. Cada uno de esos hogares, cada una de esas simbiosis y alianzas es un invernadero de relaciones *sui generis*. Se podrían calificar tales conformaciones como «sociedad de a dos»<sup>46</sup> (si más tarde no intentáramos mostrar que la expresión «sociedad» siempre desorienta cuando se aplica a tales objetos). Cuando se forman lugares de ese tipo, el existir-uno-hacia-otro de los asociados en proximidad actúa en cada caso como el auténtico *agens* de la conformación de espacio; la climatización del espa-





Vito Acconci, distribuidor de espacio. «En su posición originaria las paredes conforman un espacio cerrado en forma de caja en medio de la sala. Si alguien quiere entrar en él puede mover hacia un lado una pared. Pero entonces se encuentra con otra pared en su lugar...»

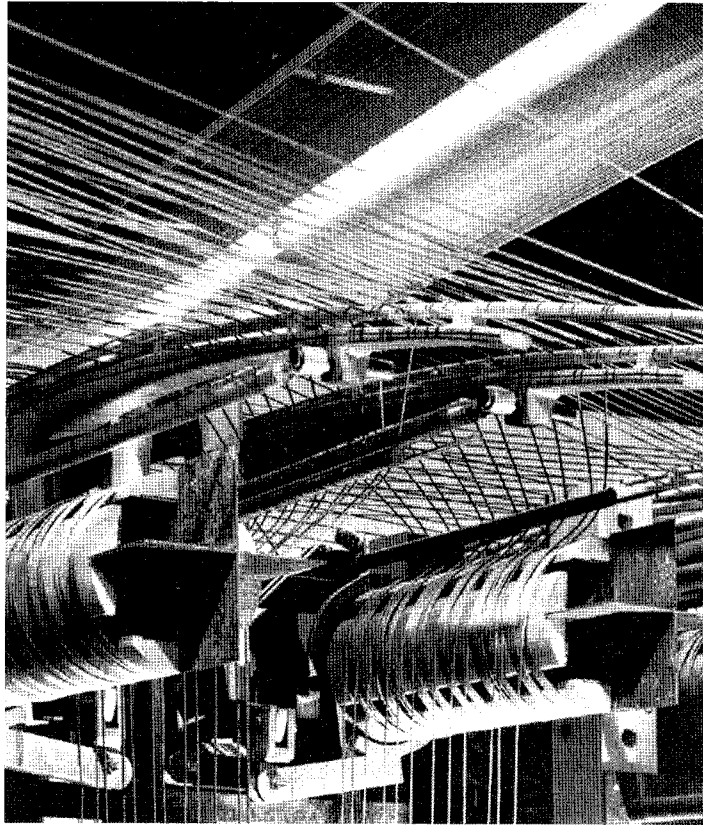
cio interior coexistencial se produce por la extraversion recíproca de los simbioses, que atemperan el interior común como un fogón antes del fogón<sup>47</sup>. Cada una de las microsferas constituye en sí un eje propio de lo íntimo. Habrá que mostrar cómo ese eje se dobla individualmente.

La introversión de cada uno de los hogares no contradice que se aglomeren en alianzas más densas, me refiero a las espumas sociales: el enlace de vecindad y la separación recíproca hay que interpretarlos como dos caras del mismo hecho. En la espuma rige el principio del co-aislamiento, según el cual una y la misma pared de separación sirve de límite en cada caso para dos o más esferas. Tales paredes, que se apropian ambos lados, son las interfaces originarias. Del hecho de que en la espuma físicamente real una burbuja concreta limite con una pluralidad de globos vecinos, que le condicionan la repartición del espacio, puede deducirse una imagen prototípica para la interpretación de asociaciones sociales: también en el campo humano las células concretas se aglutinan unas con otras por inmunizaciones, separaciones y aislamientos recíprocos. Pertenece a las par-

ticularidades de esa región de objetos el hecho de que el co-aislamiento múltiple de los hogares-burbujas en sus diversas vecindades pueda describirse como cierre y como apertura al mundo. Por eso la espuma constituye un interior paradójico, en el que la mayor parte de las co-burbujas circundantes son, a la vez, desde mi emplazamiento, vecinas e inaccesibles, y están, a la vez, unidas y apartadas.

En sentido esferológico, las «sociedades» conforman espumas en el sentido de la palabra que acabamos de delimitar. Esta formulación ha de bloquear tan pronto como sea posible el paso a esa fantasía, con la que grupos tradicionales se procuran una interpretación imaginaria de su ser: la idea según la cual el campo social conforma una totalidad orgánica y está integrado en una hiperesfera omni-mancomunada y omni-inclusiva. No otra cosa ha aducido la propaganda autoplástica de los imperios y de las ficciones-reino-de-Dios desde tiempos inmemoriales<sup>48</sup>. En realidad, las «sociedades» sólo son comprensibles como asociaciones agitadas y asimétricas de multiplicidades-espacios y multiplicidades-procesos, cuyas células no pueden estar ni realmente unidas ni realmente separadas. Las «sociedades» se consideran monosferas unidas desde el origen (o gracias a un estatuto excepcional) sólo mientras se hipnotizan a sí mismas estimándose como unidades homogéneas, algo así como pueblos nacionales, genética o teológicamente substanciales. Se presentan como espacios encantados, que gozan de una inmunidad imaginaria y de una comunidad de esencia y elección, mágicamente generalizada. En ese sentido ha adoptado recientemente Slavoj Žižek nuestro concepto de la «esfera», aplicándolo críticamente a la disposición mental de Estados Unidos antes de los ataques al World Trade Center<sup>49</sup>. ¿Es necesario aclarar por qué el comienzo del saber sobre la actuación en común de seres humanos reside en la decisión de abandonar el círculo mágico de la hipnosis recíproca? Quien pretenda hablar teóricamente de «sociedad» tiene que operar fuera de la obnubilación del «nosotros». Si se consigue eso se puede uno pecar de que las «sociedades» o los pueblos están constituidos más fluida, híbrida, permeable y promiscuamente ellos mismos de lo que sugieren sus nombres homogéneos.

Cuando hablemos de «sociedad» en lo que sigue, la expresión no designa ni (como en el nacionalismo violento) un receptáculo monosférico, que incluye una población enumerable de individuos y familias bajo un nombre político esencial o un fantasma constitutivo, ni (como para algunos teóricos de sistemas) un proceso de comunicación inespacial<sup>50</sup>, que se



Morphosis (Thom Mayne/Michel Rotondi),  
Politix (retail store), Portland, Space modulator, 1990.

diversifica en subsistemas. Entendemos bajo «sociedad» un agregado de microsferas (parejas, hogares, empresas, asociaciones) de formato diferente, que, como las burbujas aisladas en un montón de espuma, limitan unas con otras, se apilan unas sobre y bajo otras, sin ser realmente accesibles unas para otras, ni efectivamente separables unas de otras<sup>51</sup>. Hay, ciertamente, según la formulación evocativa de Ernst Bloch, «muchos aposentos en la casa del mundo», pero no tienen puertas, posiblemente incluso sólo ventanas ciegas, en las que hay pintada una escena exterior. Las burbujas en la espuma, es decir, las parejas y hogares, los equipos y co-



Jennie Pineus, *Cocoon Chair*, 2000.

munidades de supervivencia, son microcontinentes constituidos autorreferencialmente. Por mucho que pretexten estar unidos con el otro y el exterior, en principio sólo se arredondan en cada caso en sí mismos. Las unidades simbióticas son conformadoras de mundo siempre en sí y para sí, junto a grupos-modeladores-de-mundo que hacen lo mismo a su manera y con los que aquéllas están constreñidas bajo el principio del co-aislamiento, formando un ensamblaje interactivo. Parece que sus semejanzas mutuas permiten sacar la conclusión de que estuvieran recíprocamente en intensa comunicación y ampliamente abiertas unas para otras; en realidad, la mayoría de las veces sólo se asemejan unas a otras a causa de su génesis en oleadas comunes de imitación<sup>52</sup> y a causa de análogas dotaciones mediáticas. Operativamente, la mayoría de las veces no tienen prácticamente nada que ver unas con otras. (Piénsese en los ocupantes de vehículos, que viajan en filas unos tras otros: cada grupo de viajeros conforma dentro una



Alfons Schilling, *Sombrero cámara oscura*, 1984.

célula resonante, entre los vehículos sin embargo reina el aislamiento, y así está bien, puesto que comunicación significaría colisión.) Su sintonía no se produce por intercambio directo entre las células, sino por la infiltración mimética de normas, estímulos, mercancías contagiosas y símbolos semejantes. En otros tiempos estas tesis había que demostrarlas, ante todo, con el ejemplo de las familias nucleadas, pues las parejas dispuestas a la reproducción conforman desde siempre (y seguramente también para el futuro) el ejemplo más plausible de diádas capaces de crecimiento. En el presente nuestros diagnósticos pueden ampliarse a parejas sin hijos, incluso a quienes viven solos en sus formas-*cocooning* especiales (como, por ejemplo, la cultura-*takotsubo* japonesa, la escena-autismo-marmita-de-calamar<sup>53</sup>). Subrayamos que la célula en la espuma no consiste en el individuo abstracto, sino en una estructura diádica o multipolar<sup>54</sup>. Es claro que la teoría de la espuma está orientada neo-monadológicamente: sus mónadas, sin embargo, tienen la forma fundamental de diádas o configuraciones espacio-anímicas más complejas, con espíritu de comuna y de equipo.

Desde la perspectiva técnico-mediática la «sociedad» de células de espuma es un *medium* turbio, que posee una cierta conductibilidad para informaciones y una cierta permeabilidad para materiales. Pero no transmite efusiones de verdades inmediatas. Si Einstein viviera en la casa de al lado, no por eso sabría yo más sobre el universo. Si el Hijo de Dios hubiera vivido durante años en mi misma planta, en el mejor de los casos me enteraría sólo posteriormente de quién había sido mi vecino. Desde cada uno de los lugares en la espuma se abren perspectivas a lo colindante, pero no hay a disposición vistas panorámicas generales, en el caso más ambicioso dentro de una burbuja se formulan hipérbolos, que resultan útiles en numerosas burbujas vecinas. Selectivamente pueden transmitirse noticias, pero no hay salidas al todo. Para la teoría, que acepta el ser-en-la-espuma como determinación primaria de la situación, las super-visiones concluyentes del mundo-uno no sólo resultan inaccesibles, sino imposibles, y, si se entiende bien, tampoco deseables.

Quien habla de espumas en ese tono se ha despedido del símbolo central de la metafísica clásica, de la monosfera omnicompreensiva: del uno en forma esférica y de su proyección en construcciones centrales panópticas. Ellas condujeron, lógicamente, al sistema enciclopédico, políticamente, al espacio-*urbi-et-orbi* imperial (de cuyos destinos se informó en los capítulos 3 y 7 de *Esferas II*), policialmente, a la forma del panóptico de vigilancia, militarmente, a una ontología-pentágono paranoide. Innecesario decir que tales centralismos sólo tienen ya interés histórico. Como sistemas de vecindades asimétricas entre invernaderos de intimidad y mundos propios de tamaño mediano, las espumas son medio transparentes, medio opacas. Toda situación en la espuma significa un relativo ensamblaje de visión en derredor y ceguera; todo ser-en-el-mundo, entendido como ser-en-la-espuma, abre un claro en lo impenetrable. El giro a una ontología pluralista ya fue tomado en cuenta provisoriamente en la moderna biología y metabiología, desde que, gracias a la introducción del concepto de entorno, llegó a una nueva visión de su objeto:

Fue un error creer que el mundo humano proporcionara una plataforma común para todos los seres vivos. Todo ser vivo tiene una plataforma especial, que es tan real como la plataforma especial de los seres humanos. [...] Por ese reconocimiento conseguimos una nueva visión del universo. Éste no consiste en una única pompa de jabón, que hubiéramos inflado soplando por encima de nuestro hori-

zonte hasta el infinito, sino en millones y millones de pompas de jabón estrechamente delimitadas que se cruzan e interfieren por todas partes<sup>55</sup>.

La reunión de innumerables «pompas de jabón» endocósmicas, pues, ya no hay que pensarla a la manera del monocosmos de la metafísica, en el que la plétora de los existentes fue convocada bajo un logos común a todo. En lugar de la super-pompa-de-jabón filosófica, de la mónada-todo del mundo-uno –de cuyas formas hemos dado cuenta en los capítulos 4 y 5 de *Esferas II*, sobre todo– aparece una aglomeración policósmica, que puede describirse como agrupación de grupos, como espuma semi-opaca compuesta de estructuras espaciales conformadoras de mundo. Es importante comprender que esa multiplicidad ilimitada de modos de existencia sensible en entornos estructurados con sentido ya está desarrollada en el nivel de la inteligencia animal, y, por lo que sabemos, no existe animal alguno que haga el inventario de todos los demás animales y los refiera a sí mismo. Por su parte, los seres humanos, tras la atenuación del delirio (antropo, etno, ego, logo) centrista, quizá se hagan ideas algo más razonables de su existencia en un medio compuesto de espumas ontológicas. Entonces se entenderá por qué Herder hablaba más bien del pasado que del futuro cuando escribió: «Toda nación tiene *en sí* su *punto medio* de felicidad, como toda esfera su centro de gravedad»<sup>56</sup>. Algunas formulaciones muy adelantadas de teóricos contemporáneos del ciber-espacio ofrecen un primer concepto de modos de ser elásticos de diseños descentrados del mundo. Pierre Lévy escribe en su ensayo sobre la productividad semiótica de la «inteligencia colectiva» entendida emergentemente:

En el espacio del saber se unifica el aliento activo de los implicados, pero no para conseguir una fusión hipotética de los individuos, sino para hacer subir juntas miles de pompas de jabón tornasoladas, que son otros tantos universos provisionales, otros tantos mundos de significado compartido<sup>57</sup>.

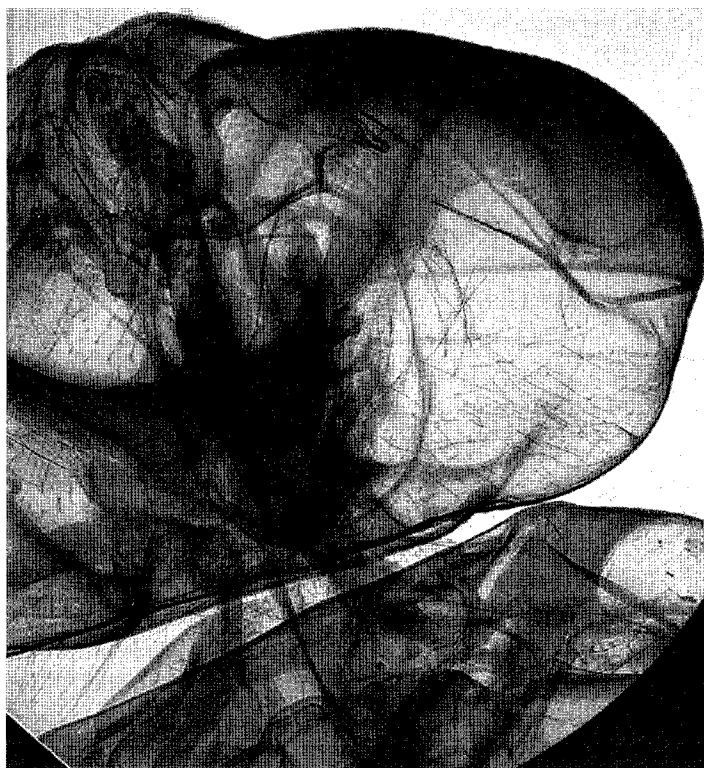
Dado que las conformaciones de mundo siempre se expresan también arquitectónicamente, más exactamente, en la tensión sinérgica entre bienes muebles e inmuebles, hay que tener en consideración los procesos esferopoiéticos, que se materializan bajo forma de espacios habitados, edificios y aglomeraciones arquitectónicas. De acuerdo con una idea de Le Corbusier, se puede comparar un edificio con una pompa de jabón: «La

pompa de jabón es perfectamente armónica cuando el aliento está bien repartido, bien regulado desde dentro. El exterior es el resultado de un interior»<sup>58</sup>.

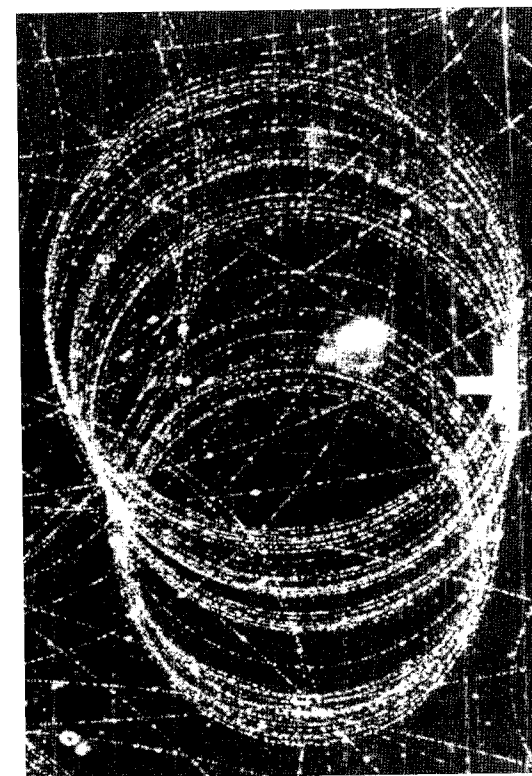
### Las espumas en la época del saber

Las cosas delicadas se convierten tarde en objeto: eso es lo que tienen en común con numerosas obviedades aparentes, que sólo consiguen saltar a la vista cuando se pierden, y, por regla general, se pierden desde el instante en que se introducen en comparaciones en las que se desvanece su facticidad inocente. El aire, que respiramos sin darnos cuenta; las situaciones, impregnadas de estados de ánimo, en las que inconscientemente existimos incluidos-incluyentes; las atmósferas, imperceptibles por evidentes, en las que vivimos, existimos y somos, todas esas cosas representan retrasos en el espacio temático, porque, antes de que se les pudiera prestar atención explícitamente, como naturalezas eternas o bienes de consumo parecían proporcionar un decorado de fondo *a priori* para nuestro ser-aquí y ser-aquí. Constituyen advertencias tardías, que sólo por su manipulabilidad, recientemente demostrada, tanto en sentido constructivo como destructivo, se han convertido en carreras temáticas y técnicas. Consideradas hasta ahora como pre-aportaciones discretas del ser, hubieron de convertirse en objetos de la atención antes de que llegaran a ser objetos de la teoría. Tuvieron que ser vividas como algo frágil, extraviado y destruible antes de que llegaran a convertirse en campos de trabajo laborables para fenomenólogos del aire y del estado de ánimo, para terapeutas de la relación, para ingenieros de atmósferas y arquitectos de interiores; tuvieron que convertirse en irrespirables antes de que los seres humanos aprendieran a comprenderse como guardianes, reconstructores y re-inventores de lo que hasta entonces era sólo algo dado por supuesto.

El trasfondo rompe su silencio sólo cuando hay procesos en el primer plano que superan su capacidad de resistencia. ¿Cuántas catástrofes ecológicas y militares reales se necesitaron antes de que pudiera decirse con precisión cómo se instalan entornos atmosféricos humanamente respirables? ¿Cuánta ignorancia de las premisas atmosféricas de la existencia humana hubo de acumularse en la teoría y la praxis antes de que la atención de un pensamiento radicalizado fuera capaz de sumergirse en la esencia de los estados de ánimo<sup>59</sup>, para trascender después hacia las constituciones del ser-en en ámbitos absolutamente generales y hacia los *modi* de inclu-



Vista del interior de la cabeza de una mosca con ayuda de un microscopio radioscópico.



Electrones hechos visibles en una cámara de Wilson.

sión existencial en relaciones de totalidad<sup>60</sup> (para la que utilizamos recientemente la expresión inmersión)? ¿Cuánto hubo de desviarse la oscilación del péndulo en dirección a incomprensiones individualistas y desolaciones autistas antes de que el valor propio de los fenómenos de resonancia y ensamblaje intersíquico en espacios de animación pudiera manifestarse lingüísticamente sin recortes, aunque sólo fuera a medias? ¿Cuánto descuido progresivamente enmascarado tuvo que devastar las relaciones de proximidad humanas antes de que el significado constitutivo de relaciones de familia y de pareja suficientemente buenas pudiera ser descrito con fundamental respeto?<sup>61</sup>

Todo lo muy explícito se convierte en algo demoníaco. Quien se aven-

tura a explicitar realidades de trasfondo, que antes estaban suspendidas tácitamente en lo consabido, pensado –más bien, incluso, en lo nunca sabido, nunca pensado–, reconoce una situación, en la que la escasez de lo presumible y callable ha avanzado y sigue progresando imparablemente. ¡Ay de aquel que oculta desiertos! Ahora hay que reconstruir artificialmente lo que antes parecía dado como recurso natural. Uno se ve obligado a articular con esmero impertinente y detalle provocativo lo que en otro tiempo seguramente resonaba como una connotación apacible. En ese giro a lo explícito se manifiesta la función moderna de la ciencia de la cultura. Se presenta como la agente de explicaciones civilizatorias en general. Respecto de ella hay que mostrar que a partir de ahora ha de ser

siempre también ciencia de la técnica y práctica administrativa para el trabajo en invernaderos culturales. Después de que las culturas –precisamente ellas– hayan dejado de parecer instaladas, hay que preocuparse de su permanencia y de su regeneración cultivándolas, volviéndolas a describir, filtrándolas, explicándolas, reformándolas: la cultura de las culturas se convertirá en el criterio de civilización en la era de la explicación del trasfondo.

Para ser absolutamente contemporáneo hay que presuponer que apenas hay algo todavía que presuponer. Comencemos en este lugar a articular extraña y pormenorizadamente lo que, de acuerdo con el *state of the art*, podemos decir respecto a nuestro ser-en-el-mundo; describamos (con los fenomenólogos) con amplitud de miras y explicitud en qué relaciones globales o situaciones envolventes nos vemos introducidos; proyectemos y construyamos, finalmente (con los tecnólogos mediáticos, los arquitectos de interiores, los médicos laborales, los diseñadores de atmósferas), las espacialidades, las atmósferas y las situaciones envolventes en las que nos mantendremos según nuestros propios planes y valoraciones: así, en esas actividades constructivas y reconstructivas siguen actuando las enajenaciones que han liquidado las obiedades, sin permitirles el regreso a una nueva vigencia. Si vuelven, es que son productos de explicación u objetos dignos de conservación. Estarán bajo la vigilancia de una preocupación sociopolítica permanente o del nuevo diseño técnico. Lo que era «mundo de la vida» ha de convertirse en técnica climática.

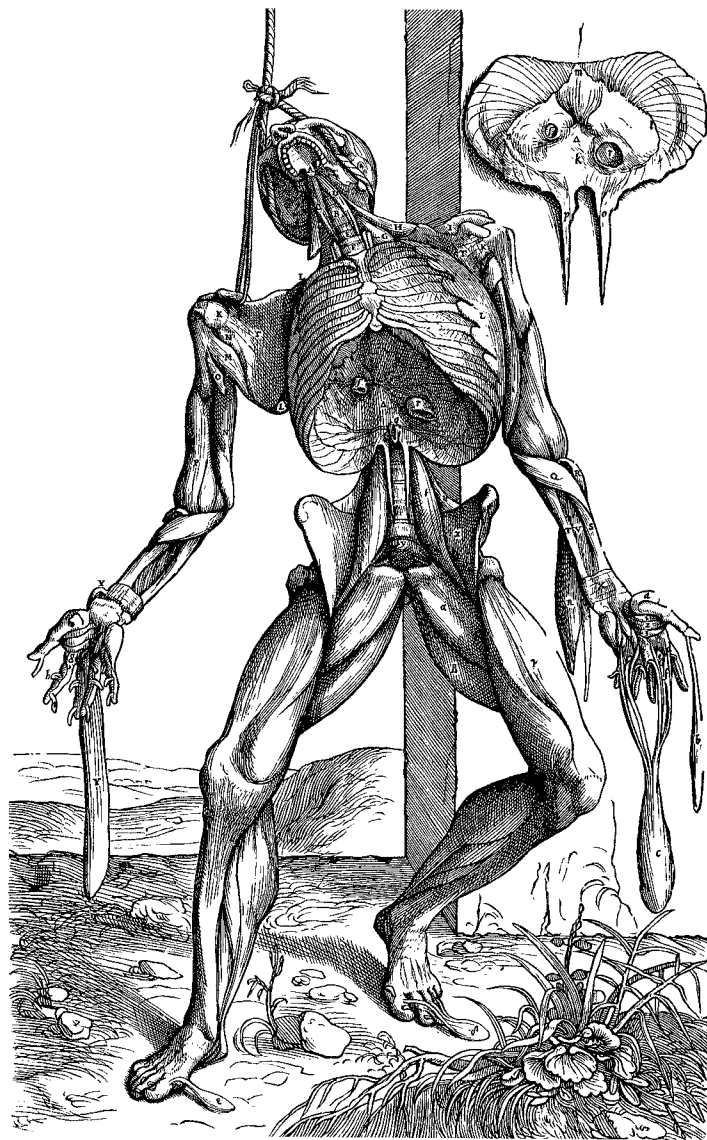
### Revolución, rotación, invasión

El demonismo de lo explícito es el rastro de la historia de la civilización. Crece en la medida en la que la Modernidad efectúa el progreso en la conciencia de la artificialidad. Si lo antes oculto en el trasfondo avanza a primer plano, si lo no mencionado desde tiempos inmemoriales hay que exhibirlo temáticamente desde hace poco, si el pliegue de lo implícito se extiende y se proyecta en la superficie luminosa, en la que todo detalle oculto antes en el interior se presenta fuera, en visualidad igualmente clara y extensión uniforme, entonces esos sucesos son testimonios de un movimiento en el que los sapientes cambian radicalmente su posición frente a los objetos, que ahora se saben así y que antes fueron sabidos de otro mo-

do o no sabidos. En vistas de tal cambio de posición, la gastada metáfora de la *revolución*, como una subversión fundamental de relaciones entre cuerpos y roles, puede acceder por última vez a los honores teórico-cognoscitivos (para luego quedar almacenada definitivamente en el archivo de los conceptos liquidados).

Lo que significa «revolución» como mejor puede explicarse es con la mirada puesta en las innovaciones de los anatomistas del siglo XVI, que emprendieron la tarea de abrir por incisiones el interior del cuerpo humano y darlo a conocer mediante figuras descriptivamente adecuadas. Puede ser que la «revolución» de Vesalio tuviera más consecuencias para la auto-comprensión de los seres humanos occidentales que el desde hace mucho tiempo supercitado y malinterpretado giro copernicano. En tanto que la anatomía tempranomoderna enfrentó a la oscuridad tradicional de la corporalidad propia sus mapas de órganos y dibujos de la arquitectura del mundo maquinario interno –no en vano el *opus magnum* de Vesalio lleva el título *De humani corporis fabrica*–, contemplado con nueva precisión, desplegó el fundamento interior somático, escaso de imágenes, de la auto-adherencia y dio al saber-propio de los sujetos-cuerpos un giro, por el cual ya no podía encontrarse nada de lo de antes en el mismo lugar del ser y del saber. Ahora tengo que mirar los mapas anatómicos y aceptar su mensaje. ¡Eso eres tú! ¡Así apareces por dentro en cuanto los sabios te examinan con su escalpelo! Ninguna *marvaise foi* anti-anatómica puede ayudar a recuperar la ingenuidad del ser-ahí como ser-corporal antes del poder-operar. Los actores de la Época Moderna participan, quieran o no, en un giro *quasi* autoquirúrgico. Incluso quien no tiene que ocuparse por profesión, como especialista en autopsias, con cortes en el tejido orgánico, como participante en la cultura es transferido virtualmente a un punto de saber y de operación, en el que no puede hacer otra cosa que instalarse en el orden del gran viraje frente al antiguo universo-cuerpo interior. Comprender el propio espacio-interior-cuerpo desde la posibilidad de su enajenación anatómica: éste es el resultado cognitivo primario de la «revolución» de la Época Moderna, comparable sólo con la fuerza transformadora de la imagen del mundo de la primera circunnavegación terrestre llevada a cabo por Magallanes y Elcano<sup>62</sup>.

Como hábito cognitivo, es lo mismo dar la vuelta a la Tierra y reflejarlo en mapas, que abrir el cuerpo humano por todas partes y representarlo gráficamente desde todas las perspectivas. Ambas operaciones pertenecen



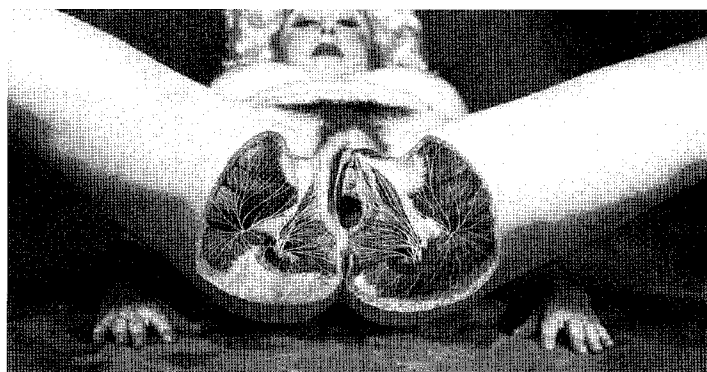
Andrea Vesalio, *De humani corporis fabrica*,  
séptima figura de los músculos.

a la gran rotación que transforma el ángulo (*klima*) del saber de cosas y estados de cosas. *Making It Explicit*, esto significa desde el comienzo de la Edad Moderna: participar en la revolución del mundo corporal a través de la capacidad operativa de los anatomistas y constituirse como autooperador virtual desde un ángulo radicalmente transformado del trato consigo mismo, «un objeto sólo nos resulta claro desde un ángulo de 45 grados»<sup>63</sup>. La época moderna es época de anatomistas, la época de los cortes, de las invasiones, de las penetraciones, de las implantaciones en el continente oscuro, el antiguo Leteo.

En una fase muy posterior, después de que las abstracciones académicas hubieran llegado a desfigurar las relaciones fundamentales operativas del saber moderno, los filósofos pudieron caer en la cuenta de que el explicitar fuera una operación discursiva y concerniera en primera línea a la administración de la cuenta corriente de opinión y convicción de un hablante<sup>64</sup>. ¿Todo ser humano que habla sería, pues, un especulador en la bolsa de las afirmaciones, y la filosofía actuaría como controladora de la bolsa? El auténtico significado de la explicación está en otro campo: la gran característica de las relaciones modernas de saber no la constituye el hecho de que los «sujetos» puedan mirarse al espejo en sí mismos o rendir cuentas ante el público sobre los motivos de sus opiniones, sino que se operen a sí mismos y tengan planos ante sí de la oscuridad propia, en parte aclarada, que les señalen puntos de intervención potencial para la auto-intervención. No hay que dejarse confundir por la repartición del trabajo entre cirujanos y no cirujanos: quien, según Vesalio, es «sujeto», vive, esté de acuerdo o no, en un espacio autooperativamente curvo. Modernamente ya no puedo ser yo mismo auténticamente, es decir en coherencia con el nivel cultural, mientras haga abstracción de mi cirujano potencial. Cuando los seres humanos modernos, yendo más a lo profundo, mienten, lo hacen prácticamente siempre prescindiendo conscientemente de su condición auto-operable<sup>65</sup>. El negarse por principio a la operación en uno mismo, según el propio diagnóstico y estado, es el núcleo del mal romanticismo. Nuestra posible intervención, inevitablemente imperfecta, pero siempre ampliable, en el propio fundamento interior somático y psicosomático constituye el rasgo característico de la situación, que designamos con el terminante predicado de «moderna». Huelga decir por qué apenas tenemos aún algo que tratar de la llamada cosificación a este nivel.



Gustave Courbet, *El origen del mundo*, 1866.



Veronika Bromová, *Vistas*, 1996.



Corrección transvaginal.

### Cuando lo implícito se vuelve explícito: Fenomenología

Que el hogar del saber se convulsiona por la invasión irreprimible de la inteligencia en lo oculto: ese hecho fundamental para toda civilización superior, y sobre todo para la Modernidad, se llama, en su exégesis normal, investigación. Cuando la interpretación de esa inquietud se llena de pretensiones toma el nombre, durante un lapso de tiempo destacado en la historia del espíritu, de Fenomenología: teoría de la salida de «objetos» a la escena del aparecer, y reconocimiento lógico de su existencia junto al resto del contingente del saber. Que a los seres humanos no todo se les revela de una vez, sino que la llegada de los objetos al saber sigue las leyes de una secuencia —un orden tan estricto como difícil de entender, de lo anterior y lo posterior—: en esto consiste la intuición originaria, formulada por primera vez por Jenófanes, que desarrolla el pensamiento evolutivo y fenomenológico en historias del espíritu o novelas educativas filosóficas. El núcleo de esa intuición es la observación de que lo posterior y lo anterior se comportan a menudo recíprocamente como lo explícito y lo implícito. Las explicaciones transforman en conceptos los datos y los presentimientos, y estas transformaciones son tan narrables como fundamentales. Con ello se hace posible la ciencia de procesos espirituales irreversibles, que trata de series ordenadas lógico-inventivamente de ideas consecutivas (por ejemplo, de representaciones de Dios, de conceptos de almas y personas, de concepciones de la sociedad, de formas de construcción y técnicas de escritura). La Fenomenología es la teoría que narra la explicitación de aquello que al comienzo sólo puede estar dado implícitamente. Aquí estar implícito quiere decir: presupuesto en estado no revelado, dejado en reposo cognitivo, exonerado de la presión de desarrollo y mención pormenorizada, dado en el *modus* de proximidad oscura, que no está todavía en la lengua, no interpelable en el instante próximo, no movilizado por el régimen discursivo y no instalado en un procedimiento. Volverse explícito significa, al contrario: ser llevado por la corriente que fluye del trasfondo al primer plano, del Leteo al claro del bosque, del pliegue al despliegue. La flecha del tiempo del pensar tiende a una explicitud superior. Lo que puede ser dicho con un grado superior de articulación más detallada produce la movilidad de los argumentos, suponiendo que el espíritu del tiempo epistémico haya llamado a intervenir. Ciertamente, la implicación es



también una relación entre enunciados; tradicionalmente se la considera como la contención de la proposición menos general en la más general o como inclusión de textos en contextos; y en tanto esto vale, el análisis lógico puede acreditarse como procedimiento explicativo; pero su significado real descansa en el hecho de que lo implícito designa un lugar en el existente, en el que se encuentra el capullo para un despliegue, para una articulación, una explicación<sup>66</sup>. Por eso, la auténtica historia del saber tiene la forma del devenir-fenómeno de lo en otro tiempo no-aparecido, del paso de lo no-iluminado a lo iluminado o de datos-en-la-sombra a temática-en-primer-plano. Saber real: así llamamos a los discursos que han sobrevivido a la larga noche de la implicación y se mueven en el día de lo temáticamente desplegado.

No pocas de las inteligencias más eminentes de la Vieja Europa han pensado sobre el proceso del saber según este esquema, motivo suficiente para ocuparse, tras el colapso de esa coyuntura teórica, de las condiciones de su éxito<sup>67</sup>. Durante cerca de doscientos años, pensadores tan estrictos como edificantes, de diferentes facultades, desarrollaron la convicción de que todo lo que aparece en el saber, por muy heterónimo y nuevo que se presente, en última instancia no puede ser extraño al sí mismo de los sabientes, y, en consecuencia –tras crisis, por profundas que sean–, ha de entrar en nuestra íntima historia de formación (y, en este caso, en la expresión «nuestra historia» sopla un aliento de un sí-mismo-cultura superior, por no remitirse ya directamente al espíritu del mundo). Los fenomenólogos propagan la buena nueva de que no hay un exterior al que no corresponda un interior; sugieren que no se topa uno con nada extraño que no pueda ser asimilado por apropiación en lo nuestro. Su creencia en la apropiación sin límites se fundaría en la presunción de que el saber tardío no desplegaría sino lo que ya estaba dado en las implicaciones más tempranas.

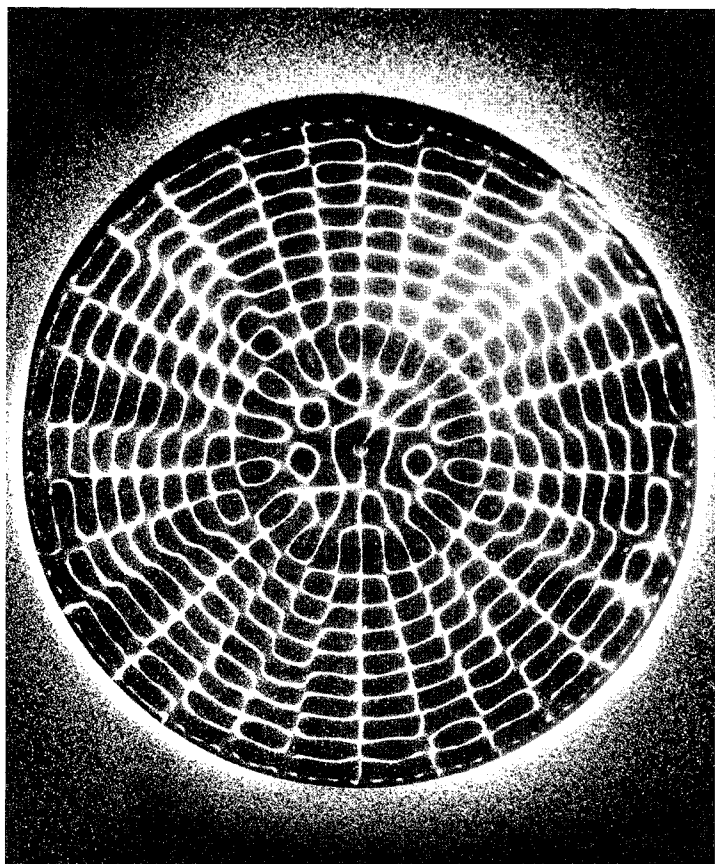
El fundamento ontológico de ese optimismo lo expresó en el siglo XV Nicolás de Cusa, al postular la simetría del ser-implícito máximo (Dios, como concentración en el punto atómico) y del ser-explicito máximo (Dios, como despliegue en la esfera-todo). Bajo presupuestos cusanos, el pensamiento humano sería siempre un acompañamiento cognitivo a la expansión divina en lo explícito, es decir, en lo realizado y creado, en la medida en que pueda conseguirse una consumación así en la finitud. En el capítulo *Deus sive sphaera* de *Esferas II*<sup>68</sup> hemos tratado pormenorizadamente de

la culminación de la teología de la esfera occidental en el tratado, aparentemente frívolo, *de ludo globi*, salido de la pluma del festivo cardenal. Un optimismo cognitivo semejante se encuentra en la ética de Spinoza, que representa una exhortación singular al desarrollo del potencial natural: Aún no sabemos de todo lo que es capaz el cuerpo oscuro; aprended más al respecto y veréis y podréis. En Leibniz, el optimismo cognitivo adopta formas más atenuadas, porque el autor de la *Monadología* poseía un concepto preciso de la insondabilidad de las implicaciones, que llegan hasta el infinito<sup>69</sup>. Y todavía en el constructo de Hegel de un círculo de círculos se mantiene el principio de que lo último sólo es lo primero consumado, llevado a sí epicéntricamente en nuestro conceptuar.

Cuando es el optimismo el que marca el tono, impone la cuestión de cómo, finalmente, lo interno puede volverse externo en su totalidad. Vista a una luz confiada, la praxis humana no es otra cosa que la gran rotación que pone lo oculto en la oscuridad del instante vivido de tal modo ante nosotros que hay que incorporarlo a las reservas humanas como representación precisa. El optimismo consecuente hace que la historia del conocimiento y de la técnica desemboque en una imagen final, en la que la paridad entre interioridad y exterioridad estuviera consumada punto por punto. ¿Pero qué sucedería si pudiera mostrarse que con el devenir explícito de lo implícito se infiltra en el pensar, a veces, algo completamente arbitrario, extraño, de otro tipo, algo nunca pensado, nunca esperado y jamás asimilable? ¿Si la investigación, que avanza hasta zonas límites, da a conocer algo desconocido hasta ahora, de lo que no vale la afirmación de que un sujeto llegaría «a sí» en él? ¿Si hay algo nuevo que se sustrae a la simetría de lo implícito y lo explícito y penetra en los órdenes del saber como algo inmenso, exterior, algo que permanece extraño hasta el final?

### Aparece lo monstruoso

Tras el fin de la coyuntura optimista puede manifestarse desapasionadamente qué significó *de facto* la fenomenología en su habitual aplicación: fue un servicio de salvamento de los fenómenos en una época, en la que la mayoría de las «apariciones» ya no se dirigen al ojo o a los demás sentidos desde sí mismas, sino que más bien son conducidas a la visibilidad por



Ondas sonoras hechas visibles sobre un disco de metal.

la investigación, por explicaciones invasoras y medidas correspondientes (esto es, «observaciones» gracias a máquinas y sensores artificiales). Invitó a sus adeptos a participar en el intento de defender el primado metafísico de la percepción contemplativa frente al medir, calcular y operar<sup>70</sup>. Se dedicó a la tarea de contrarrestar la enajenante inundación de la conciencia por las inasimilables miradas internas y externas de máquinas a las entrañas y cuerpos cortados y abiertos, no para negarse a lo nuevo sino para integrarlo en la acostumbrada percepción de la naturaleza o de las circunstancias, como si no hubiera sucedido nada por el corte de la técnica. Con

razón había enseñado Heidegger que la técnica es un «modo del desocultamiento». Esto quería decir, a la vez, que a lo técnicamente desocultado y hecho público sólo le puede corresponder ya una fenomenalidad derivada, una publicidad híbrida y una quebrantada vinculación con la percepción<sup>71</sup>.

A la monstruosa visualidad de los hechos anatómicos, que nos acompaña desde el siglo XVI (y que ya no consigue integrar un humanismo en el medallón de un ser humano lector), se añaden los panoramas que desde el siglo XVII abren los microscopios y telescopios –las dos máquinas infernales para el ojo–. La ampliación (junto con la cartografía) es la capacidad de primer impacto de la explicación, por la que al mundo invisible hasta ahora se le coloca bajo coacción figurativa<sup>72</sup>. Pensamos también en el devenir-fenómeno de hongos atómicos, de núcleos celulares y vistas interiores de máquinas, en placas de rayos X y tomografías de computer, en fotografías galácticas, en un universo difuso de aspectos más complejos, apenas descifrables, para cuya apariencia no podía estar preparado ningún ojo humano (dicho con más cautela: humano antiguo). (Notemos que la disciplina del diseño –como producción artificial de superficies de percepción y de usuarios sobre funciones invisibles, o sea, como realce estéticamente intencionado de motivos funcionales, si no inadvertidos– se inaugura en una dimensión más moderna que su coetánea, la Fenomenología, en tanto que opera ya al nivel de la segunda perceptibilidad, es decir, de la observación por aparatos y sensores.)

Así pues, se compromete fenomenológicamente quien está decidido a tratar la visualidad, artificialmente producida, de estados de cosas antes ocultos por naturaleza y de funciones o mecanismos latentes, como si la antigua alianza feliz entre ojo y luz valiera también para estos recién llegados al espacio de lo observable. En este sentido, la fenomenología es una restauración positiva de la percepción, tras su sobrepasamiento por la observación mecánica. Elude conscientemente la cuestión de si el ojo humano puede competir con el contador Geiger. Mientras esa maniobra de distracción resulta efectiva, permanece intacta la insinuación de que el saber puede habitar el mundo como el burgués su chalet.

En primera instancia no puede negarse: también las vistas y figuras de lo extraño –que se vuelve visible al hacer incisiones en los cuerpos de los seres humanos y animales desde diferentes ángulos, así como en la descomposición química de la materia, hasta llegar a las epifanías nucleares sobre el desierto americano o a las huellas de átomos en cámaras de Wil-



L. Rogozov, Estación Nowolazarewskaja, Antártida, durante la realización de una autooperación de apendicitis en abril de 1961.

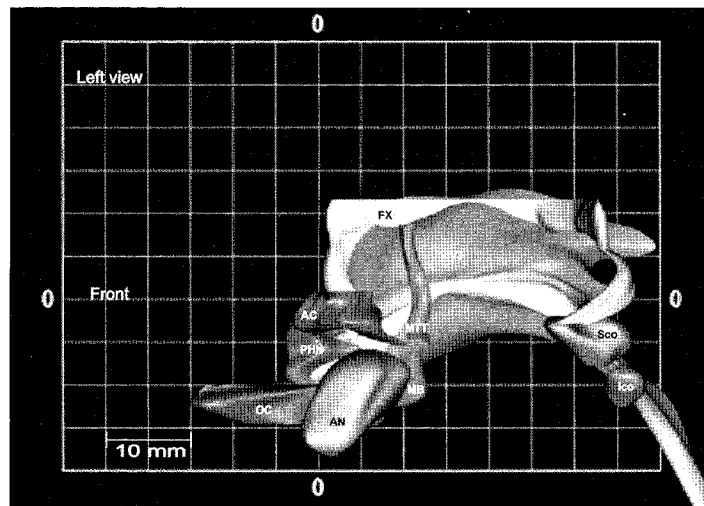
son— penetran en la percepción humana como si esas nuevas visualidades sólo fueran continuación de lo diáfano de la primera naturaleza diurna con medios más actuales. Pero no son eso. Todas esas nuevas visibilidades, esas penetraciones en el trasfondo de los fenómenos, posibilitadas por procedimientos figurativos desarrollados: esos cortes implacablemente explícitos en cuerpos vivos y sin vida, esas vistas externas de órganos naturalmente ocultos, esas vistas artificiales contra-intuitivas del lado nocturno y mecánico de la naturaleza, esas tomas de cerca de la materia al descubierto, generada por un sólido saber operacional y un excentricismo experimentado, todo ello está separado por un foso ontológico de la disposición cognoscitiva natural, cautelosa, tolerante, de las miradas en derredor humanas dentro de circunstancias más o menos familiares, inmanentes al horizonte, para las que se ha introducido desde antiguo la expresión naturaleza. Sólo después del giro auto-operativo el nuevo saber llega a una posición en la que se convierte para él en fenómeno lo que en modo alguno estaba predispuesto para el aparato perceptivo humano, al menos no según su primer diseño. Lo que la investigación lleva a la superficie tuvo que ser extraído «a la luz del día» o «desocultado» en una especie de ex-

plotación minera cognitiva. Para el de-dónde de esas extracciones la Modernidad ofrece nombres diversos: proceden o bien del «inconsciente» o bien de la latencia, del no saber, del ocultamiento en los lados interiores del pliegue de los fenómenos, o de alguna otra versión del todavía-no cognitivo.

Para ningún género de «objeto» vale esto más de lo que vale para los heroicos sujetos de las nuevas «ciencias de la vida», que recientemente han avanzado espectacularmente hacia lo hasta ahora eludido, no-aparente y, por tanto, invisible: como consecuencia de esas invasiones, los cerebros humanos, el genoma humano y los sistemas de inmunidad humanos han sido colocados tan teatralmente en el escenario epistemológico que se mantiene continuamente en vilo tanto a la publicidad formativa como a la sensacionalista mediante su puesta en escena y la carta de naturaleza que se les concede, presentándolos como «investigación» y «desciframiento».

En estos tres campos de objetos puede mostrarse qué absurda sería la idea de que disciplinas de esa orientación fueran expresión y emanación de la reflexión humana sobre la existencia, o incluso manifestaciones de eso que los filósofos idealistas han llamado autorreflexión. El giro del saber hacia los cerebros —en los que, por lo que vemos, se procesa todo saber, también ese agudo saber del saber—, como hacia los genomas y sistemas de inmunidad —que también representan, sin duda, las premisas biológicas actuales para la existencia de esos genetistas e inmunólogos—, no tiene ningún carácter «reflexivo» o reflejante; ejecuta sólo la rotación auto-operativa, a consecuencia de la cual el saber se coloca detrás del espejo o al «dorso» de las subjetividades. A tal efecto resulta necesario forzar el acceso a lo encubierto, porque sólo después de la irrupción en lo oculto y de su inclusión en el espacio iluminado puede devenir perceptible como fenómeno lo que por sí mismo sólo existía y existe latente, a-fenómico y sin relación necesaria con una conciencia cómplice. Para que genes, cerebros y sistemas de inmunidad caigan bajo la presión de la apariencia se necesitan instrumentos y procedimientos neutralizadores del Leteo, los instrumentos efectivos del giro, que lleva lo no-dado a la posición de lo dado<sup>73</sup>.

Hay que subrayar que este hacer que algo se dé no puede mantener para siempre el carácter de una altiva arrogancia sobre los objetos; precisamente las nuevas ciencias de la vida permiten prever cómo la investigación será penetrada cada vez más por la conciencia de la importancia crecien-



Amígdala, fórnix y periventrículos del cerebro, reconstrucción 3D.

te del objeto. Quien plantea la pregunta qué es la vida tiene que comenzar por admitir que la vida depara ella misma la respuesta. Cada vez puede hablarse menos de una apropiación del objeto por el sujeto investigador. Mi cerebro, mi genoma, mi sistema de inmunidad, los buenos pronombres posesivos de siempre suenan en tales contextos como exhibiciones folclórico-gramaticales. Los nuevos bienes nunca pueden pasar a ser propiedad nuestra, porque nada nos resultará tan extraño siempre como la biomecánica «propia» hecha explícita. Que, evidentemente, el largo ataque a lo oculto suceda por necesidad y desde cualquier perspectiva se emprenda con razón: esto, bajo expresiones contundentes como «libertad de la investigación» o «mejora de las condiciones humanas de vida», pertenece a las convicciones primarias de la civilización moderna, convicciones, por su parte, que provienen de fuentes antiguas, como, por ejemplo, de la doctrina aristotélica de que la aspiración al conocimiento es algo natural al ser humano.

No queremos comentar esos postulados a no ser indicando que todo devenir a primer plano de lo que permaneció latente durante mucho tiempo tiene su precio, sobre todo cuando es a los condicionamientos at-

mosféricos y climáticos de las culturas a los que, por su erosión, más aún, por su destrucción intencionada, se apremia a manifestarse. Tras su vulneración quedan ahí, convertidos en objetos, y son ellos los que apremian a una reconstrucción operativa. Esto vale de modo especial para el saber de las culturas, que fue colocado por la gran rotación en una posición externa y técnica<sup>74</sup>. Puede decirse *a posteriori* todo lo malo que se quiera respecto del siglo XX, pero no que no pagara el precio de tales enajenaciones. Ninguna otra época puede exhibir una pericia llevada tan lejos en el arte de aniquilar la existencia a partir de sus propias premisas vitales. En el reverso de los procedimientos de destrucción se hacen visibles las condiciones constructivas de conservación de espacios culturales. Su destino dependerá del saber y poder reconstructivo, que las civilizaciones consiguen por sí mismas.

### Nunca hemos sido revolucionarios

Una vez transcurrido el siglo XX comienza a reconocerse que fue un fallo colocar el concepto de revolución en el centro de su interpretación, igual que fue un camino errado entender los modos extremos de pensar de aquel tiempo como reflejos de acontecimientos «revolucionarios» en la «base» social. Todavía sigue dándose crédito, cómplicemente, a las automitificaciones de los actores de la época. Quien hablaba de revoluciones, políticas o culturales, antes y después de 1917, casi siempre se dejó engañar por una metáfora poco clara de movimiento. En ningún momento la fuerza del siglo se cifró en la revolución. En ninguna parte se cambian los lugares arriba y abajo; nada que estuviera a la cabeza se puso a los pies; en vano se buscaría un comprobante de que los últimos se volvieran en alguna parte los primeros. Nada se revolucionó, nada se dio la vuelta en el círculo. Por el contrario, en todas partes se llevaron a primer plano cosas pertenecientes al trasfondo, en frentes innúmeros se fomentó la manifestación de lo latente. Lo que pudo explorarse, explotarse, investigarse mediante perforaciones de profundidad, intervenciones e hipótesis invasivas, llegó a los depósitos de combustible, al texto impreso, a los balances de negocios. El medio plano se extendió, las funciones representativas se multiplicaron, cambió el reparto de papeles en los tribunales, las administraciones se ampliaron, los puntos de aplicación de acciones, producciones,

publicaciones proliferaron, nuevos departamentos oficiales surgieron de la nada, el número de oportunidades de hacer carrera se multiplicó por mil. Algo de todo ello resuena en la tesis maliciosa de Paul Valéry de que los franceses, y *eo ipso* los modernos, hicieron de la «revolución» una «rutina».

El concepto fundamental auténtico y verdadero de la Modernidad no se llama revolución sino explicación. Explicación es para nuestro tiempo el verdadero nombre del devenir, al que pueden subordinarse o yuxtaponerse los *modi* convencionales del devenir mediante flujo, mediante imitación, mediante catástrofe y recombinación positiva. Deleuze articuló una idea semejante cuando intentó transferir el tipo de acontecimiento «revolución» al nivel molecular, con el fin de eludir las ambivalencias de la actuación en la «masa»; no cuenta la subversión voluminosa, sino el fluir, el discreto ir más allá en la próxima situación, la huida continuada del *status quo*. En el ámbito molecular lo que importa son sólo las pequeñas y mínimas maniobras; todo lo nuevo, que lleva más lejos, es operativo. La visibilidad de la innovación real se debe precisamente al efecto producido por la explicación; lo que entonces se encomia como una «revolución» no es ya, por regla general, más que el ruido que surge cuando el acontecimiento ha pasado. La era presente no subvierte las cosas, las situaciones, los temas: los lamina. Los despliega, los arrastra hacia delante, los disgrega y apisona, los coloca bajo coacción a manifestarse, los deletrea de nuevo analíticamente y los introduce en rutinas sintéticas. De supuestos hace operaciones; proporciona métodos exactos a confusas tensiones expresivas; traduce sueños a instrucciones de uso; arma el resentimiento, deja que el amor toque innumerables instrumentos, a menudo recién inventados. Quiere saber todo sobre las cosas del trasfondo, sobre lo plegado, antes indisponible y sustraído, en cualquier caso, tanto como sea necesario tener a disposición para nuevas acciones en el primer plano, para despliegues y desdoblamientos, intervenciones y transformaciones. Traduce lo monstruoso a lo cotidiano. Inventa procedimientos para introducir lo inaudito en el registro de lo real; crea las teclas que permiten a los usuarios un abordaje fácil a lo imposible hasta ahora. Dice a los suyos: No existe el desmayo; lo que no puedes, puedes aprenderlo. Con razón se la llama la era técnica.

A continuación repetiremos algunos capítulos sacados de la historia de las catástrofes del siglo XX, con el fin de explicar a resultados de qué luchas y qué traumas la estancia humana en *milieus* respirables ha tenido que convertirse en un objeto de cultivo explícito. Una vez realizado esto,

cuesta poco esfuerzo ya explicar por qué todos los tipos de éticas del valor, de la virtud y del discurso resultan huecas mientras no se traduzcan a la ética del clima. ¿Exageró Heráclito cuando dijo que la guerra es el padre de todas las cosas? En cualquier caso, un filósofo contemporáneo no habría exagerado afirmando que el terror es el padre de la ciencia de las culturas.

## Introducción: Aerimotos\*

*Sin aliento por tensa vigilia, sin aliento por sofoco en el resplandor irrespirable de la noche...*

Hermann Broch, *La muerte de Virgilio*<sup>5</sup>

### 1 La guerra de gas o: El modelo atmoterrorista

Si se quisiera decir en una frase y con un mínimo de expresiones lo que el siglo XX, junto a sus logros inconmensurables en las artes, aportó como características inconfundiblemente propias a la historia de la civilización, bastaría con considerar tres criterios. Quien desee comprender la originalidad de esa época ha de tener en cuenta: la praxis del terrorismo, la concepción del diseño del producto y las ideas sobre el medio ambiente. Por lo primero, se establecieron las interacciones entre enemigos sobre fundamentos posmilitares; por lo segundo, el funcionalismo consiguió reincorporarse al mundo de la percepción; por lo tercero, los fenómenos de la vida y del conocimiento se vincularon entre sí a una profundidad no conocida hasta entonces. Esos tres criterios juntos señalan la aceleración de la explicación, de la inclusión reveladora de latencias y datos del trasfondo en operaciones manifiestas.

Si se planteara, además, la tarea de determinar cuándo, desde este pun-

\* Gran parte de esta introducción fue publicada ya por Sloterdijk como librito independiente, *Luftbeben. Aus den Quellen des Terrors*, Suhrkamp, Frankfurt 2002 [*Temblores de aire. En las fuentes del terror*, Pre-Textos, Valencia 2003]. Aquí aparece algo modificada y ampliada con páginas nuevas. Traducimos *Luftbeben* por «aerimotos», primero porque en alemán *Erdbeben* = terremoto(s), *Seebeben* = maremoto(s), y segundo por ciertas resonancias del propio texto (págs. 103-105). Es, además, una insinuación que debo y agradezco a mi colega en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura, el catedrático de filología latina D. Eustaquio Sánchez Salor. (N. del T.)

to de vista, comenzó el siglo XX, la respuesta podría darse con gran exactitud puntual. Con un mismo dato puede ilustrarse cómo las tres características primarias de la época estaban unidas al comienzo en una común escena primordial. El siglo XX se abrió espectacularmente revelador el 22 de abril de 1915 con la primera gran utilización de gases de cloro como medio de combate por un «regimiento de gas» –creado expresamente para ello– de los ejércitos alemanes del Oeste contra posiciones franco-canadienses de infantería en el arco norte de Ieper. Durante las semanas precedentes en ese sector del frente soldados alemanes, sin que el enemigo se diera cuenta, habían instalado en batería al borde de las trincheras alemanas miles de botellas de gas escondidas de tipo desconocido hasta entonces. A las 18 horas en punto pioneros del nuevo regimiento, bajo el mando del coronel Max Peterson, con viento dominante del norte y nordeste, abrieron 1.600 botellas llenas de cloro grandes (40 kg) y 4.130 más pequeñas (20 kg). Mediante ese «escape» de la substancia licuefactada unas 150 toneladas de cloro se desplegaron convertidas en una nube de gas de aproximadamente 6 kilómetros de anchura y 600 a 900 metros de profundidad<sup>76</sup>. Una toma aérea conservó para la memoria el desarrollo de esa primera nube tóxica de guerra sobre el frente de Ieper. El viento favorable impulsó la nube a una velocidad de 2 hasta 3 metros por segundo contra las posiciones francesas; la concentración del gas tóxico se calculó en un 0,5 por ciento aproximadamente: durante un tiempo de exposición prolongado ello produjo daños gravísimos en vías respiratorias y pulmones.

El general francés Jean-Jules Henry Mordacq (1868-1943), que se encontraba entonces a 5 kilómetros del frente, recibió poco después de las 18:20 horas una llamada telefónica de campaña, en la que un oficial del primer regimiento de *tirailleurs* anunciaba la aparición de nubes de humo amarillentas, que llegaban de las trincheras alemanas a las posiciones francesas<sup>77</sup>. A causa de esa alarma, dudosa al comienzo pero confirmada después por nuevas llamadas, Mordacq montó a caballo junto con sus ayudantes para examinar por sí mismo la situación del frente, y tras corto tiempo aparecieron en él mismo y en sus acompañantes trastornos respiratorios, irritación bronquial y fuertes zumbidos en los oídos; después de que los caballos se negaran a continuar, el equipo de Mordacq tuvo que acercarse a pie a la zona gaseada. Pronto les salieron al encuentro tropes de soldados horrorizados, corriendo, con las guerreras abiertas, arrojando las armas, escupiendo sangre, pidiendo agua. Algunos rodaban por



Toma aérea del primer ataque alemán con cloro en Ieper el 22 de abril de 1915.

el suelo, luchando en vano por respirar. Hacia las 19:00 horas había abierta una brecha de 6 kilómetros de anchura en el frente franco-canadiense; entonces avanzaron las tropas alemanas y ocuparon Langemarck<sup>78</sup>. Para su propia protección las unidades atacantes sólo disponían de almohadillas de gas impregnadas con una solución sódica y un líquido que retenía el cloro, acopladas sobre la boca y la nariz. Mordacq sobrevivió al ataque y publicó sus memorias de guerra en el año de la toma del poder por Hitler.

El éxito militar de la operación no fue controvertido en ningún momento; pocos días después de los sucesos de Ieper el emperador Guillermo II ya recibió al director científico del programa alemán de gas de combate, el químico profesor Fritz Haber, director del Instituto Kaiser-Wilhelm para Química física y Electroquímica de Dahlem, en audiencia personal, ascendéndolo a capitán<sup>79</sup>. De todos modos, se extendió la opinión de que las tropas alemanas, ellas mismas sorprendidas por la eficacia del nuevo método, no habrían sabido rentabilizar con energía suficiente su triunfo del 22 de abril. Por el contrario, los datos sobre el número de víctimas difieren mucho, antes como ahora: según fuentes no oficiales francesas sólo habría habido 625 afectados por el gas, de los cuales no más de 3 habrían sucumbido por el envenenamiento, mientras que, según informes alema-

nes iniciales, habría que contar con 15.000 intoxicados y 5.000 muertos, cantidades que, ciertamente, en el transcurso de la investigación se han ido rectificando continuamente a la baja. Es evidente que en esas diferencias se manifiestan controversias interpretativas, que muestran a todas luces diferentes el sentido técnico-militar y moral de las operaciones. En un informe canadiense de la autopsia realizada a una víctima del gas en una de las zonas del frente más afectada se dice: «Al extraer los pulmones se derramaron cantidades considerables de un líquido espumoso amarillo claro, evidentemente con gran contenido de material albuminoso... Las venas de la superficie del cerebro estaban obstruidas en alto grado, todos los pequeños vasos sanguíneos habían aparecido ostensiblemente»<sup>80</sup>.

Mientras que el desdichado siglo XX se dispone hoy a entrar en los libros de historia como la «época de los extremos»<sup>81</sup> y le va consumiendo la inactualidad progresiva de sus líneas de lucha y conceptos movilizados —sus guiones para la historia universal no están menos amarillentos que las proclamas de los teólogos medievales para la liberación del Santo Sepulcro—, se manifiesta con creciente nitidez uno de los modelos técnicos del siglo pasado. Se le podía llamar la introducción del medio ambiente en la lucha de los adversarios.

Desde que hay artillerías pertenece al oficio de los defensores y señores de la guerra el dirigirse al enemigo y sus escudos protectores con tiros inmediatos. Quien pretende eliminar a un contrario según las reglas del arte militar de dar muerte a distancia tiene que establecer, mediante el cañón de una pieza de artillería, una *intentio directa* a su cuerpo e inmovilizar el objeto puesto en el punto de mira por un impacto suficientemente certero. Desde la Edad Media tardía hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial la definición del soldado la constituía el hecho de que consiguiera establecer y «mantener» esa intencionalidad. Durante esa época la virilidad iba codificada, entre otras cosas, por la capacidad y disposición a dar muerte directa y causalmente a un enemigo con la propia mano y el arma propia. El apuntar al adversario es, por decirlo así, la continuación de la lucha a dos con medios balísticos. Por eso el gesto de matar un hombre a otro queda tan ligado a la idea preburguesa de valor personal y posible heroísmo que siguió actuando, por muy anacrónico que fuera, incluso bajo condiciones de combate a distancia y batalla anónima con material técnico. Si los miembros de los ejércitos del siglo XX pudieron ser de la opinión de que ejercían todavía un oficio «varonil» y, bajo premisas béli-



Instalación de botellas de cloro en las trincheras alemanas de primera línea.

cas, «honrado», fue apelando al riesgo del inmediato encuentro a muerte. Su manifestación técnico-armamentística es el fusil con bayoneta calada: si por algún motivo fallaba la eliminación (burguesa) del enemigo por disparos a distancia, el fusil siempre ofrecía la posibilidad de regresar al (noble y arcaico) horadamiento directo desde cerca.

Se recordará el siglo XX como la época cuya idea decisiva consistió en apuntar no ya al cuerpo de un enemigo sino a su medio ambiente. Ésta es la idea fundamental del terror en un sentido más explícito y más acomodado a los tiempos. Su principio lo puso Shakespeare proféticamente en boca de Shylock: «Me quitáis mi vida si me quitáis los medios por los que vivo»<sup>82</sup>. Entre esos medios, hoy han pasado a ser el centro de atención, junto a las económicas, también las condiciones ecológicas y psicosociales de la existencia humana. En los nuevos procedimientos para gestionar desde el medio ambiente o entorno del enemigo la sustracción de sus condiciones de vida aparecen los perfiles de un concepto específicamente moderno, post-hegeliano, del horror<sup>83</sup>.

El horror del siglo XX es esencialmente más que el puedo-porque-quiero, con el que la autoconciencia jacobina pasó por encima de los cadáveres de quienes se interpusieron en su carrera a la libertad; a pesar de se-



mejanzas formales, se diferencia también fundamentalmente de los atentados con bombas de los anarquistas y nihilistas en el último tercio del siglo XIX, que intentaban una desestabilización pre-revolucionaria del orden burgués-tardoaristocrático de la sociedad; entre ellos florecía no pocas veces una cómoda y oronda «filosofía de la bomba», que proporcionaba expresión a las fantasías de poder de pequeñoburgueses amigos de la destrucción<sup>84</sup>. Además, ni metódicamente ni por sus objetivos puede confundírsele con la técnica fobocrática de dictaduras permanentes o emergentes para doblegar a su propia población mediante una mezcla calculada de «ceremonia y terror»<sup>85</sup>. Finalmente, hay que mantener alejados de su concepto preciso los innumerables episodios en los que desesperados concretos, por motivos de venganza, paranoides o erostrasianos, se apropian de modernos medios de destrucción para escenificar ocasos puntuales del mundo.

El horror de nuestra época es una forma fenoménica del saber de exterminio, teórico-medioambientalmente modernizado, gracias al cual el terrorista comprende mejor a sus víctimas de lo que ellas mismas se comprenden. Cuando el cuerpo del enemigo ya no se consigue liquidar por impactos directos, al atacante se le presenta la posibilidad de hacerle imposible la existencia sumergiéndolo durante el tiempo suficiente en un medio sin condiciones de vida.

De esa conclusión surge la moderna «guerra química», como ataque a las funciones vitales del enemigo que dependen del medio ambiente, a saber, respiración, regulaciones nervioso-centrales y condiciones de temperatura y radiación aptas para la vida. De hecho, aquí se produce el paso de la guerra clásica al terrorismo, en tanto que éste tiene como presupuesto la renuncia al antiguo cruce de aceros entre adversarios de la misma alcurnia. El terror actual opera más allá del intercambio ingenuo de golpes armados entre tropas regulares. Lo que le importa es la sustitución de las formas clásicas de lucha por atentados a las condiciones medioambientales de vida del enemigo. Un cambio así se insinúa cuando se enfrentan adversarios muy desiguales, como se percibe en la coyuntura actual de las guerras no-estatales y de los roces entre ejércitos estatales y combatientes no-estatales. Sin embargo, es completamente falsa la afirmación de que el terror sea el arma de los débiles. Cualquier mirada a la historia del terror en el siglo XX muestra que fueron los Estados, y entre ellos los fuertes, los primeros que dieron la mano a métodos y medios terroristas.



El descubrimiento del «medio ambiente».

Como se reconoce retrospectivamente, la curiosidad histórico-militar de la guerra de gas de 1915 a 1918 consiste en que en ella, a ambos lados del frente, se habían integrado formas patrocinadas oficialmente del terror medioambiental en el ejercicio regular de la guerra de ejércitos reclutados legalmente, bajo desacato consciente del artículo 23a de la Convención de Guerra de La Haya de 1907, en el que estaba excluida expresamente la utilización de tóxicos y de armas, de cualquier tipo, que acrecentaran el sufrimiento, en acciones contra el enemigo y, ante todo, contra la población no combatiente<sup>86</sup>. Parece que en 1918 los alemanes contaban con más de 9 batallones de gas con cerca de 7.000 hombres, los aliados con más de 13 ba-

tallones de «tropas químicas» y más de 12.000 hombres. No sin razón había expertos que hablaban de una «guerra dentro de la guerra». La fórmula anuncia la liberación del exterminismo de la moderación de la violencia bélica. Numerosas manifestaciones de soldados de la Primera Guerra Mundial, sobre todo de oficiales de profesión de procedencia noble, atestiguan que consideraban que la lucha con gas era una degeneración, deshonrosa para todos los participantes, del modo de llevar una guerra. Sin embargo, apenas se ha transmitido algún caso en el que un integrante del ejército se opusiera abiertamente a la nueva «ley de la guerra»<sup>87</sup>.

El descubrimiento del «medio ambiente» tuvo lugar en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, en las que los soldados de ambos lados se habían hecho tan inalcanzables para la munición de armas o explosivos pensada para ellos que el problema de la guerra-de-atmósferas hubo de plantearse acuciantemente. Lo que después se llamó guerra de gas (más tarde aún, guerra aérea de bombas) se ofrecía como su solución técnica: su principio consistía en envolver al enemigo el tiempo suficiente –lo que en la práctica significaba al menos unos minutos– en una nube de materiales contaminantes, de oportuna «concentración táctica», hasta que cayera víctima de su propia necesidad natural de respirar. (La producción de nubes psicológicas de material contaminante sobre la propia población es asunto, por regla general, de los medios de masas de los grupos beligerantes: éstos transforman su imperativo de informar en una complicidad involuntaria con los terroristas, dado que, con gesto honrado, generalizan los horrores locales supranacionalmente.) Esas nubes tóxicas no se componían prácticamente nunca de gases en sentido físico, sino de partículas finísimas de polvo, liberadas por la descarga de los explosivos. Con ello apareció el fenómeno de una segunda artillería, que ya no apuntaba directamente a los soldados enemigos y sus posiciones, sino más bien al entorno de aire de los cuerpos del enemigo. En consecuencia, el concepto de «blanco» se movilizó siguiendo una lógica borrosa: lo que estaba suficientemente cerca del objeto podía valer desde ahora como suficientemente exacto y, por ello, operativamente dominado<sup>88</sup>. En una fase posterior los proyectiles altamente explosivos de la artillería clásica se recombinaron con los proyectiles generadores de niebla de la nueva artillería de gas. Una investigación febril se ocupó entonces de la cuestión de cómo enfrentarse a la rápida dilución de las nubes tóxicas sobre el campo de batalla, cosa que, por regla general, se consiguió a través de aditivos químicos que mo-

dificaron en el sentido deseado el comportamiento altamente volátil de las partículas de polvo de combate. A consecuencia de los acontecimientos de Ieper surgió rápidamente de la nada una especie de climatología militar, de la que no se dice demasiado poco si se la reconoce como el fenómeno directriz del terrorismo.

El saber de nubes tóxicas es la primera ciencia con la que el siglo XX muestra su documento de identidad<sup>89</sup>. Antes del 22 de abril de 1915 esa afirmación habría sido patafísica; posteriormente ha de valer como el núcleo de una ontología de la actualidad. Explicita el fenómeno del espacio irrespirable, que iba implícito tradicionalmente en la idea de miasma. El estatuto poco claro hasta hoy día del saber de nubes tóxicas o de la teoría de espacios invivibles dentro de la climatología sólo deja claro que la teoría del clima no se ha emancipado todavía de su obnubilación científico-natural. Como mostraremos, fue, verdaderamente, la más temprana de las nuevas ciencias humanas que surgieron del saber de la guerra mundial<sup>90</sup>.

El desarrollo fulminante de aparatos militares protectores de la respiración (popularmente, máscaras de gas de tropas regulares) delata la acomodación de las tropas a una situación en la que la respiración humana estaba en vías de asumir un papel directo en los acontecimientos bélicos. Fritz Haber pudo pronto hacerse festejar como el padre de la máscara de gas. Cuando se llega a saber por la literatura histórico-militar que, entre febrero y junio de 1916, sólo entre las tropas alemanas en Verdún fueron repartidas por el depósito correspondiente de la zona de retaguardia cerca de 5 millones y medio de máscaras de gas, así como 4.300 aparatos de protección de oxígeno (la mayoría de las veces tomados de la explotación minera) dotados con 2 millones de litros de oxígeno<sup>91</sup>, se hace evidente en cifras en qué medida ya en ese momento la guerra «ecologizada», transferida a un entorno atmosférico, se había convertido en una lucha alrededor de los potenciales respiratorios de las partes enemigas. La lucha incluyó entonces los puntos débiles biológicos de las partes en conflicto. La imagen de la máscara de gas, que se hizo rápidamente popular, manifiesta que el atacado intentó liberarse de su dependencia del entorno inmediato de aire respirable, escondiéndose tras un filtro de aire –un primer paso al principio de aire acondicionado, que se basa en el desacoplamiento de un volumen definido de aire del aire del entorno–. A ello corresponde, por el lado atacante, una escalada del ataque a la atmósfera mediante la utilización de materiales tóxicos que penetraran por los aparatos

protectores de la respiración enemigos; desde el verano de 1917, químicos y oficiales alemanes comenzaron a utilizar como material bélico el sulfuro de etilo diclorado, conocido como «cruz azul» o «clark I», que, en forma de finísimas partículas de material en suspensión, era capaz de superar los filtros protectores de la respiración enemigos, un efecto del que los afectados dejaron constancia con la expresión «rompedor de máscaras». Al mismo tiempo, la artillería de gas alemana introdujo en el frente occidental contra las tropas británicas el nuevo gas de combate cruz amarilla o *lost*<sup>92</sup>, que, incluso en cantidades mínimas, al contacto con la piel o roce con las mucosas de los ojos y vías respiratorias provocaba estragos en el organismo, sobre todo pérdidas de la vista y disfunciones nerviosas catastróficas. Entre las víctimas más conocidas del *lost* o *iperita* en el frente occidental se contaba el cabo Adolf Hitler, que la noche del 13 al 14 de octubre de 1918 en una colina cerca de Wervick (La Montagne), al sur de Ieper, se vio implicado en uno de los últimos ataques con gas de la Primera Guerra Mundial, llevado a cabo por los británicos. En sus memorias declaraba que la mañana del 14 sus ojos se habían convertido en algo así como carbones incandescentes; que, además, tras los sucesos del 9 de noviembre en Alemania, que él vivió simplemente de oídas en el hospital militar Pasewalk de Pomerania, había sufrido una recaída en la pérdida de la visión que le causó el *lost*, durante la cual habría tomado la decisión de «hacerse político». En la primavera de 1944 Hitler manifestó a Speer, en vistas de la derrota que se acercaba, que albergaba el temor de perder otra vez la vista, como entonces. El trauma del gas estuvo presente en él hasta el final, como rastro nervioso. Parece que entre los determinantes técnico-militares de la Segunda Guerra Mundial desempeñó un papel el hecho de que, a causa de esos sucesos, Hitler introdujera una comprensión idiosincrásica del gas en su concepción personal de la guerra, por una parte, y de la praxis del genocidio, por otra<sup>93</sup>.

En su primera aparición la guerra de gas reunió en estrecho consorcio los criterios operativos del siglo XX: terrorismo, conciencia del *design* y planteamiento medioambiental. El concepto exacto de terror presupone, como se ha mostrado, un concepto explícito de medio ambiente, porque el terror representa el desplazamiento de la acción destructiva desde el «sistema» (aquí, desde el cuerpo enemigo físicamente concreto) a su «medio ambiente» (en este caso, al entorno atmosférico en el que se mueven

los cuerpos enemigos, obligados a respirar). De ahí que la acción terrorista ya posea siempre, por sí misma, un carácter atentatorio, pues a la definición de atentado (en latín: *attentatum*, intento, tentativa de asesinato) no sólo pertenece un golpe sorpresivo desde la emboscadura, sino también el aprovechamiento maligno de los hábitos de vida de las víctimas. En la guerra de gas se incluyen estratos profundísimos de la condición biológica de los seres humanos en los ataques a ellos mismos: el hábito ineludible de respirar se vuelve contra los respirantes de tal modo que éstos se convierten en cómplices involuntarios de su destrucción, suponiendo que el terrorista de gas consiga acorralar a las víctimas en el entorno tóxico el tiempo necesario hasta que éstas, por inhalaciones inevitables, se entreguen al medio ambiente irrespirable. No sólo es la desesperación, según observaba Jean-Paul Sartre, es un atentado del ser humano contra sí mismo; el atentado al aire del terrorista de gas produce en los atacados la desesperación de verse obligados a cooperar en la extinción de su propia vida, debido a que no pueden dejar de respirar.

Con el fenómeno guerra de gas se alcanza un nuevo plano explicativo para premisas climáticas y atmosféricas de existencia humana. En él la inmersión de los vivientes en un medio respirable se lleva a una elaboración formal. Desde el comienzo el principio *design* se incluye en este envite explicativo, ya que la manipulación operativa de ambientes gaseados en terrenos abiertos obliga a una serie de innovaciones atmotécnicas. Por su causa, las nubes tóxicas de combate se convirtieron en una tarea de diseño productivo. Los combatientes movilizados como soldados normales en los frentes de gas, tanto en el oeste como en el este, se vieron enfrentados al problema de desarrollar rutinas para el diseño regional de atmósferas. La instalación o producción artificial de nubes de polvo de combate exigía una coordinación eficiente de los factores generadores de nubes bajo criterios de concentración, difusión, sedimentación, coherencia, masa, expansión y movimiento. Con ello se anunciaba una meteorología nueva, dedicada a «precipitaciones» de un tipo muy especial.

Un baluarte de este saber especial se encontraba en el Instituto Kaiser-Wilhelm para Química física y Electroquímica, dirigido por Fritz Haber, en Berlín-Dahlem, una de las direcciones teóricas más ominosas del siglo XX; en correspondencia, también del lado francés y británico existían institutos análogos. La mayoría de las veces había que mezclar con estabilizadores los materiales de combate para conseguir las concentraciones con-

venientes, que resultaran efectivas en campo abierto. Ante el principio definitivo de la producción selectiva de nubes tóxicas sobre un terreno definido, necesariamente delimitado con vaguedad bajo condiciones *outdoors*, sólo representaba una diferencia tecnológica relativamente insignificante que esas precipitaciones tóxicas se consiguieran sometiendo a secciones del frente a un fuego continuado de granadas de gas o «vaciando» a favor del viento botellas de gas dispuestas en línea. En un ataque de la artillería de gas alemana con gas cruz-verde-difosgeno cerca de Fleury, en el Maas, durante la noche del 22 al 23 de junio de 1916, se partió de una consistencia de nube, necesaria para provocar la muerte en terrenos abiertos, que garantizaría, al menos, 50 disparos de obús o 100 de cañón por hectárea y minuto, valores que no se alcanzaron del todo, puesto que a la mañana siguiente los franceses «únicamente» hubieron de lamentar 1.600 intoxicados y 90 muertos sobre el campo<sup>94</sup>.

Lo decisivo fue que la técnica, por medio del terrorismo de gas, apareció en el horizonte de un diseño de lo inobjetivo, y por ello temas latentes como calidad física del aire, aditivos artificiales de la atmósfera y demás factores conformadores de clima en espacios de residencia humanos cayeron bajo presión explicativa. Por la explicación progresiva el humanismo y el terrorismo se encadenan uno a otro. El premio Nobel Fritz Haber se declaró durante toda su vida humanista y patriota ardiente. Como afirmó solemnemente en su, por decirlo así, trágico escrito de despedida, dirigido a su Instituto el 1 de octubre de 1933, estaba orgulloso de haber trabajado por la patria, en la guerra, por la humanidad, en la paz.

El terrorismo diluye la diferencia entre violencia contra personas y violencia contra cosas desde el flanco del medio ambiente: es violencia contra aquellas «cosas»-humano-circundantes, sin las cuales las personas no pueden seguir siendo personas. La violencia contra el aire respirable de grupos transforma la inmediata envoltura atmosférica de seres humanos en algo de cuya vulnerabilidad o invulnerabilidad puede disponerse en el futuro. Sólo reaccionando a la privación terrorista, el aire y la atmósfera –medios de vida primarios tanto en sentido físico como metafórico– pudieron convertirse en objeto de previsión explícita y de atención aerotécnica, médica, jurídica, política, estética y teórico-cultural. En ese sentido, la teoría del aire y la técnica del clima no son meros sedimentos del saber de la guerra y la posguerra, ni, *eo ipso*, objetos primeros de una ciencia de la paz, que sólo

lo pudo surgir a la sombra del estrés<sup>95</sup> de guerra, sino, ante todo, son formas de saber primarias post-terroristas. Llamarlas así significa ya explicar por qué tal saber sólo ha sido mantenido hasta ahora en contextos lábiles, incoherentes y escasos de autoridad; quizá la idea de que pueda haber algo así como auténticos expertos en el terror sea, como tal, híbrida.

Analíticos y combatientes profesionales del terror muestran un interés notable en ignorar su naturaleza a alto nivel, un fenómeno para el que proporcionó evidencia clara el desvalimiento elaborado de la avalancha de declaraciones de expertos tras el atentado al World Trade Center de Nueva York y al Pentágono de Washington el 11 de septiembre de 2001. El tenor de casi todas las manifestaciones sobre el atentado a los símbolos prominentes de Estados Unidos era el de que uno se sentía sorprendido, como el resto del mundo, por lo ocurrido, pero confirmado, sin embargo, en la tesis de que hay cosas frente a las cuales uno no puede protegerse nunca lo suficiente. En la campaña *War-on-Terror* de las televisiones de Estados Unidos, que se habían puesto en cortocircuito con los comunicados del Pentágono para regular su lenguaje, reorientado, casi sin excepción, a la propaganda, no se habló ni siquiera una vez de una noción elemental como la de que el terrorismo no es un enemigo, sino un *modus operandi*, un método de lucha, que por regla general se reparte entre ambos lados de un conflicto, razón por la cual «guerra contra el terrorismo» es una formulación carente de sentido<sup>96</sup>. Eleva una alegoría a la condición de enemigo político. En cuanto se pone entre paréntesis la exigencia de tomar partido y se sigue el principio de los procesos de paz, también el de escuchar al enemigo, resulta evidente que un acto terrorista aislado nunca constituye un comienzo absoluto. No hay ningún *acte gratuit* terrorista, ningún «hágase» originario del horror. Todo atentado terrorista se entiende como contraataque dentro de una serie, que en cada caso se considera iniciada por el adversario. Así pues, el terrorismo se concibe a sí mismo anti-terroristamente; esto vale incluso para la «escena originaria» del frente de Ieper en 1915, no sólo porque de ella se siguió inmediatamente la secuencia acostumbrada de contraataques y contra-contraataques, sino porque del lado alemán se pudo apelar verídicamente al hecho de que los franceses y británicos ya habían utilizado antes munición de gas<sup>97</sup>. El comienzo del terror no es el atentado concreto llevado a cabo desde uno de los lados, sino más bien la voluntad y la disposición de los *partners* en conflicto a operar en un campo de batalla ampliado. Por la ampliación de la zona

de lucha se hace perceptible el principio explicación en el proceder bélico: el enemigo se explicita como un objeto en el medio ambiente, cuya eliminación equivale a una condición de supervivencia del sistema. El terrorismo es la explicación del otro bajo el punto de vista de su exterminabilidad<sup>98</sup>. Si la guerra significa desde siempre un comportamiento frente al enemigo, sólo el terrorismo desvela su «esencia». En cuanto desaparece la moderación de las desavenencias, conforme al derecho de los pueblos, toma el mando la relación técnica con el enemigo: en tanto que estimula la explicitud de procedimientos, la técnica pone en claro la esencia de la enemistad: que no es otra que la voluntad de extinción de lo que está enfrente. La enemistad hecha explícita técnicamente se llama exterminismo. Esto explica por qué el estilo maduro de guerra del siglo XX estaba orientado a la aniquilación.

La estabilización de un saber sólido sobre el terror no sólo depende, pues, del recuerdo preciso de sus prácticas; exige la formulación de los principios a los que está sujeta la práctica del terror en su explicitud técnica y explicación progresiva desde 1915. Sólo se entiende el terrorismo cuando se le concibe como una forma de investigación del medio ambiente bajo el punto de vista de su destructibilidad. Se aprovecha de la circunstancia de que los simples habitantes tienen una relación de usuario con su entorno y, por principio, lo consumen de modo natural exclusivamente como condición muda de su existencia. Pero, en este caso, el destruir es más analítico que el utilizar: el terror puntual saca provecho de la diferencia de nivel de inocuidad que hay entre el ataque y el objeto indefenso, mientras que el terror sistematizado crea un clima de angustia incesante, en el que la defensa se adapta a los ataques permanentes, sin poder atajarlos. Así las cosas, la lucha terrorista agudizada se convierte cada vez más en una competición en torno a ventajas explicativas respecto a puntos débiles del medio ambiente rival. Nuevas armas de terror son aquellas por las cuales se hacen más explícitas condiciones de vida; nuevas categorías de atentados ponen en evidencia –al modo de una sorpresa maligna– nuevas superficies de vulnerabilidad. Es terrorista quien consigue una ventaja explicativa respecto a las condiciones de vida implícitas del contrario y las utiliza para la acción. Ésta es la razón por la cual, tras grandes y violentas cesuras históricas producidas por el terrorismo, se pueda tener la sensación de que lo sucedido remite al futuro. Tiene futuro lo que destapa lo implícito y transforma aparentes inocuidades en zonas de lucha.



Fumigación de efectos en un camión de mudanzas en torno a 1930.

Según su principio de actuación, todo terrorismo está concebido atomoterrorísticamente. Tiene la forma del golpe atentatorio contra las condiciones medioambientales de vida del enemigo, comenzando con el ataque tóxico al recurso más inmediato del entorno de un organismo humano, el aire que respira<sup>99</sup>. Con ello se admite que lo que desde 1793, y más aún desde 1915, llamamos *terreur* o terror pudo ser anticipado en cualquier modo posible de utilización de la violencia contra condiciones medioambientales de existencia humana: piénsese en envenenamientos de agua potable, de los que ya ofrece ejemplos la Antigüedad, en ataques infestantes medievales a fortalezas defendidas, así como en el incendio y ahumación de ciudades y cuevas de refugio por tropas de asedio, o en la propagación de rumores horripilantes y noticias desmoralizadoras. Pero tales comparaciones fallan en lo esencial. Por lo que importa al caso, queda por identificar el terrorismo como un hijo de la Modernidad, dado que no pudo ir madurando a una definición exacta hasta que no llegó a expli-

citarse suficientemente el principio del ataque al medio ambiente y a la defensa inmunológica de un organismo o de una forma de vida. Esto sucedió por primera vez, como se ha explicado, en los acontecimientos del 2 de abril de 1915, cuando la nube de gas de cloro, producida por el vaciado de 5.700 botellas de gas, fue llevada por un viento suave desde las posiciones alemanas a las trincheras francesas entre Bixschoote y Langemarck. Al atardecer de aquel día, entre las 18 y las 19 horas, la manecilla del reloj epocal saltó de la fase vitalista-tardorromántica de la Modernidad al objetivismo atmoterrorista. Nunca ha habido, desde entonces, una cesura de igual profundidad en ese campo. Los grandes desastres del siglo XX y del incipiente XXI pertenecen, sin excepción, como ha de mostrarse, a la historia de la explicación que se inauguró aquella tarde de abril en el frente occidental, cuando las sorprendidas unidades franco-canadienses retrocedieron, espantadas de pánico, bajo el efecto de la nube de gas blanquecino-amarillenta, que se deslizaba desde el nordeste hacia ellas.

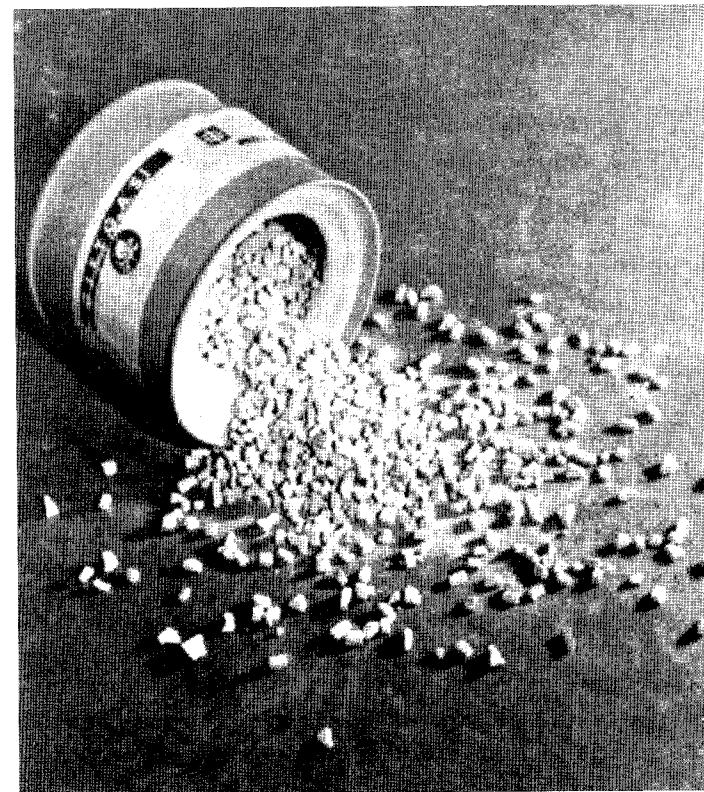
La explicación técnica subsiguiente de este saber procedimental de lucha climatológica, conseguido en la guerra, tomó, de modo natural, como muy tarde desde noviembre de 1918, el camino de rodeo de su «aprovechamiento pacífico». Ante el inminente fin de la guerra, las chinches, las típulas cantoras comunes, las polillas harineras y, sobre todo, los piojos de los vestidos entran en el punto de mira de los químicos berlineses. Es evidente que la prohibición del Tratado de Versalles de toda producción de sustancias bélicas en territorio alemán no les hizo perder su fascinación profesional. El profesor Ferdinand Flury, uno de los más estrechos colaboradores en el Instituto de Dahlem, pronunció en septiembre de 1918, en Múnich, en un congreso de la Sociedad Alemana para Entomología Aplicada, una conferencia programática sobre el tema: «Las actividades del Instituto Kaiser-Wilhelm para Química física y Electroquímica en Berlín-Dahlem al servicio de la lucha antiparasitaria». Durante la discusión Fritz Haber tomó la palabra e informó sobre la actividad de un «Comité Técnico para la Lucha Antiparasitaria» (Tasch: «Technischer Ausschuss für Schädlingsbekämpfung»), que se ocupaba, ante todo, de la introducción del gas de ácido cianhídrico (HCN) en la defensa contra los insectos de los agricultores alemanes. Observó al respecto: «La mayor idea de base, tras la paz restaurada, es hacer aprovechables para el fomento de la agricultura por la lucha antiparasitaria, además del ácido cianhídrico, otras

substancias de combate que produjo la guerra»<sup>100</sup>. Flury ponía en consideración en su informe «que en la acción de gases sobre insectos o ácaros se plantean circunstancias completamente diferentes que en el caso de la inhalación de gases y vapores a través de los pulmones de los mamíferos, aunque exista un paralelismo con la toxicidad en animales superiores»<sup>101</sup>. Ya en el año 1920 una revista especializada de la Sociedad Alemana para la Lucha Antiparasitaria S. L. [Deutsche Gesellschaft für Schädlingsbekämpfung GmbH (Degesch)], fundada poco antes del final de la guerra, pudo dar a conocer que desde 1917 habían sido gaseados cerca de 20 millones de metros cúbicos de «espacio edificado, en molinos, barcos, cuarteles, hospitales de campaña, escuelas, almacenes de grano y semilla», y lugares semejantes, siguiendo los criterios de la técnica avanzada del ácido cianhídrico –según el llamado procedimiento de la cuba–. A ello hay que añadir, desde 1920, un producto gaseoso, desarrollado por Fleury y otros, que conservaba las ventajas del ácido cianhídrico, su extrema toxicidad, sin asumir sus inconvenientes: la peligrosa no perceptibilidad del gas mediante el olfato, gusto o demás sentidos por el ser humano (con mayor exactitud: por un grupo de seres humanos, ya que parece que la capacidad de percepción o no percepción del olor del gas cianhídrico viene determinada genéticamente). Lo esencial del nuevo invento consistía en añadir al gas cianhídrico, de efectos tóxicos, un 10 por ciento (después menos) de un gas irritante (por ejemplo «Chlorkohlensäuremethylester»), muy perceptible. El nuevo producto salió al mercado con el nombre de ciclón A y se recomendaba para la «desinfección de estancias infestadas de insectos». Lo interesante del ciclón A era que se trataba de un gas de diseño, en el que puede observarse ejemplarmente una tarea específica del diseño: la reintroducción en la percepción del usuario de funciones del producto no perceptibles o amortiguadas. Dado que el componente fundamental de la mezcla, el gas cianhídrico, que se evapora a unos 27 grados centígrados, a menudo no es inmediatamente perceptible para los seres humanos, a los creadores de ese material les pareció oportuno pertrechar su producto con un componente provocador, muy llamativo, que por su fuerte efecto aversivo advirtiera de la presencia de la substancia (desde el punto de vista filosófico se hablaría de una refenomenalización de lo no aparente)<sup>102</sup>. Notemos que la primera «desinsectación de grandes espacios» fue llevada a cabo casi exactamente el mismo día en que había sucedido, dos años antes, el ataque de Ieper, con ocasión de la fumigación de

un molino en Heidingsfeld, cerca de Würzburg, el 21 de abril de 1917. Entre la muerte de Goethe y la introducción de la expresión «desinsectación de grandes espacios» en la lengua alemana sólo habían pasado ochenta y cinco años; también las expresiones «desapolillar» y «desratizar» enriquecieron desde entonces el léxico de los alemanes. El propietario del molino declaró que su establecimiento permaneció completamente «libre de polillas» incluso durante mucho tiempo después de la fumigación.

La producción civil de nubes de ácido cianhídrico se redujo casi exclusivamente a espacios cerrados reconstruidos (excepciones fueron árboles frutales al aire libre, que se cubrían con toldos herméticos y a continuación se fumigaban). En estos casos se podía trabajar con concentraciones que permitieran a los ofertantes de tales servicios asegurar el exterminio total de poblaciones locales de insectos, incluidos sus huevos y liendres, no en último término por la propiedad del gas cianhídrico de introducirse hasta en los últimos rincones y rendijas. En la primera fase de esas prácticas la relación entre la zona de aire especial, esto es, el volumen espacial a fumigar, y el aire general, la atmósfera pública, no se consideró problemática. La consecuencia de esto fue que la finalización de las fumigaciones consistía normalmente en la simple ventilación, es decir, en la distribución del gas tóxico en el aire libre del entorno hasta recuperar «valores inofensivos» dentro. A nadie le preocupaba entonces que la «ventilación» de los recintos primeros conllevara una carga para los segundos. Parecía resultar indiscutible *a priori* y para siempre la insignificancia de la relación de los espacios interiores fumigados con el aire exterior no-fumigado. La bibliografía especializada del ramo da fe, no sin orgullo, en los primeros años cuarenta, de que se habían «desinsectado» entretanto 142 millones de metros cúbicos, utilizando —nosotros añadiríamos: introduciendo desconsideradamente en la atmósfera— para ello millón y medio de kilos de ácido cianhídrico. Con el desarrollo progresivo del problema medioambiental se invirtió el sentido de la relación entre el aire del entorno y la zona de aire especial, puesto que ahora la zona acomodada artificialmente —nosotros decimos mientras tanto: la climatizada— ofrece condiciones privilegiadas de aire, mientras que al entorno se le carga con un riesgo respiratorio creciente, que puede llegar a la irrespirabilidad aguda y a la inhabilitación crónica.

Durante los años veinte una serie de empresas desinsectadoras y desratizadoras del norte de Alemania ofrecían fumigaciones rutinarias con ci-



Lata de ciclón encontrada en Auschwitz.

clón para barcos, almacenes, albergues de masas, barracones, vagones de ferrocarril y espacios semejantes. Entre ellas, a partir de 1924, la recién fundada firma de Hamburgo Tesch & Stabenow (Testa), cuyo principal producto, patentado en 1926, había de alcanzar popularidad bajo el nombre de ciclón B<sup>103</sup>. El hecho de que uno de los fundadores de la firma, el Dr. Bruno Tesch, nacido en 1890, condenado a muerte tras ser procesado ante un tribunal militar británico en la Curio-Haus de Hamburgo en 1946 y ejecutado en la prisión de Hameln, trabajara desde 1915 a 1920 en el instituto químico-bélico de Fritz Haber y se ocupara desde el inicio del desarrollo del gas de guerra, es un caso concreto que confirma la, por lo demás, ampliamente extendida continuidad personal y objetiva de las nuevas

prácticas antisépticas más allá de guerra y paz. La ventaja del ciclón B, inventado o desarrollado por el Dr. Walter Heerdt, consistía en que el ácido cianhídrico, muy volátil, era reabsorbido por sustancias portadoras, secas y porosas, como la harina fósil, por lo que las condiciones de transporte y almacenamiento mejoraban decisivamente frente a las que ofrecía su forma líquida anterior. Apareció en el mercado en latas de 200 gr, 500 gr, 1 kg y 5 kg. Ya en los años treinta el ciclón B, que en principio se producía exclusivamente en Dessau (después también en Kolin) y se comercializaba, en cooperación, por la firma Testa y la Sociedad Alemana para la Lucha Antiparasitaria, había alcanzado una situación de cuasi-monopolio en el mercado mundial de los medios de lucha antiparasitaria, una posición que sólo hubo de soportar –en el campo de las fumigaciones de barcos– la competencia de un procedimiento más antiguo con gas de sulfuro<sup>104</sup>. En ese tiempo ya se había introducido la práctica antiséptica en «cámaras de desinsectación» o desapolillamiento, fijas o móviles, en las que se introducía el material a tratar, por regla general alfombras, uniformes y textiles de todo tipo, incluso muebles tapizados, y luego se ventilaba.

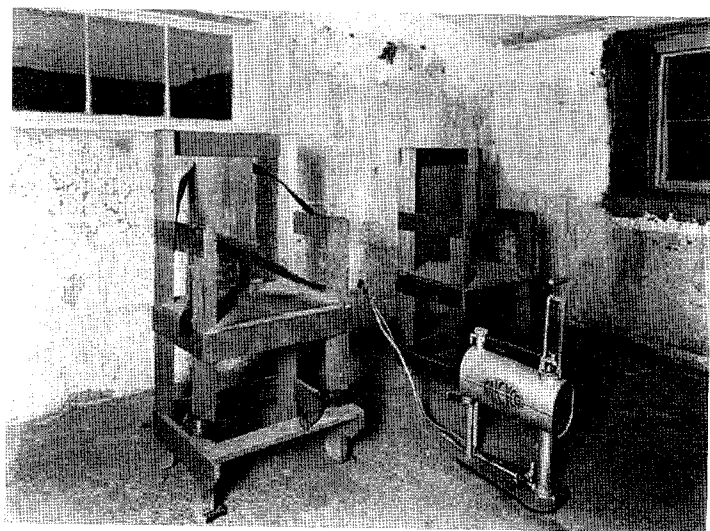
Después del comienzo de la guerra, en el otoño de 1939, la firma Testa impartió en el este cursillos de desinfectores a miembros del ejército y a civiles. En ellos también iban incluidas demostraciones en cámaras de gas. Entonces como antes, el despiojamiento tanto de la tropa como de los prisioneros de guerra constituía una de las tareas más urgentes de que habían de ocuparse los luchadores antiparasitarios. En el cambio de año de 1941 a 1942 la firma Tesch & Stabenow editó para sus clientes, entre los que destacaban, entre otros, el ejército del este y las unidades SS, un folleto con el título de *El pequeño abecedario-Testa sobre el ciclón*, en el que se podían encontrar expresiones sintomáticas de una militarización de los «procedimientos de desinsectación», quizá incluso de una posible reaplicación del ácido cianhídrico a entornos humanos. Allí se dice, por ejemplo, que la desinsectación «¡no sólo responde a un imperativo de sensatez, sino que además representa un acto de legítima defensa!»<sup>105</sup>. En contexto médico esto puede interpretarse como alusión a la epidemia de tifus que se había declarado en 1941 en el ejército alemán del este, en la que casi murió más del 10 por ciento de los infectados; en comparación con la tasa normal de mortalidad del 30 por ciento, todo un éxito de la higiene alemana, puesto que el agente provocador del tifus exantemático, *Rickettsia prowazcki*, se transmite por los piojos de los vestidos. A la luz de los acontecimientos pos-

teriores se entiende cómo con el *terminus technicus* «legítima defensa» se consideraba de antemano, a nivel semántico, el reacercamiento potencial de la técnica de la fumigación al ámbito de objetos humanos. Sólo pocos meses después se puso de manifiesto cómo la forma atmotécnica de la exterminación de organismos habría de descubrir aplicaciones a un contenido humano. Cuando en 1941 y 1942 algunos artículos de historiadores de la química de la propia firma celebraron el 25 aniversario de la primera utilización del ácido cianhídrico en la lucha antiparasitaria como un acontecimiento relevante para todo el mundo cultural, sus autores no sabían aún en qué medida sus hipérboles oportunistas resultarían significativas para la determinación diagnóstica del contexto civilizatorio en general.

El año 1924 desempeña un papel eminente en el drama de la explicación atmosférica no sólo por la fundación de la firma del ciclón B, la Tesch & Stabenow de Hamburgo; es también el año en el que se introdujo en el derecho penal de un Estado democrático el motivo atmoterrorista de la exterminación de organismos por destrucción de su medio ambiente. El Estado norteamericano de Nevada puso en funcionamiento el 8 de febrero de 1924 la primera cámara de gas «civil» para la realización de ejecuciones humanas supuestamente eficaces, con efecto ejemplar en otros 11 Estados norteamericanos, entre ellos el de California, que se hizo famoso por su cámara de gas octogonal de dos plazas, semejante a una cripta, en la cárcel estatal de San Quintín, y tristemente célebre por el posible asesinato legal en ella de Cheryl Chessman el 2 de mayo de 1960. El primer ajusticiado según el nuevo método fue Gee Jon, de 29 años, nacido en China, que (sobre el trasfondo de una guerra de bandas en California a comienzos de los años veinte) había sido hallado culpable del asesinato del chino Tom Quong Kee. En las cámaras de gas norteamericanas los delincuentes morían por la inhalación de vapores de ácido cianhídrico, que se producían tras la entrada de los componentes tóxicos en un recipiente. Como la investigación químico-bélica había reconocido en el laboratorio y comprobado en el campo de batalla, el gas detiene el transporte de oxígeno en la sangre y produce asfixia interna.

La *community* internacional de expertos en gas tóxico y diseño de atmósferas fue desde los últimos años de la Primera Guerra Mundial suficientemente permeable como para reaccionar dentro del mínimo espacio de tiempo, tanto cisatlántica como transatlánticamente, a las innovaciones





Cámara de gas de la State Prison de Nevada en Carson City, 1926.

de la técnica así como a las fluctuaciones en el clima de la moral de aplicación. Desde la construcción del Edgewood Arsenal cerca de Baltimore, una instalación gigantesca dedicada a la investigación bélica, que tras la entrada en la guerra en 1917 fue promovida enérgicamente con grandes medios, Estados Unidos disponía de un complejo industrial-militar-académico que permitía cooperaciones mucho más estrechas entre las diversas facultades de desarrollo armamentístico de las que conocían las correspondientes instituciones europeas. Edgewood fue uno de los lugares de nacimiento del *teamwork*, superado, en todo caso, por el *dream team* de Los Alamos National Laboratory, que desde 1943, como en un campo de meditación del exterminio, trabajaba para conseguir el arma atómica. Debido al aminoramiento de la coyuntura bélica tras 1918, lo que importó ya a los equipos-Edgewood, compuestos de científicos, oficiales y empresarios, fue encontrar formas civiles de supervivencia. El creador de la cámara de gas de la State Prison de Nevada, en Carson City, D. A. Turner, había servido durante la guerra como comandante del Cuerpo Médico de la US-Army; su contribución consistió en transferir las experiencias de la utilización militar del ácido cianhídrico a las condiciones de una ejecución civil.

Frente a la utilización de gas tóxico al aire libre, su uso en una cámara ofrecía la ventaja de eliminar el problema de la concentración mortal inestable en campo abierto. Con ello, frente al diseño de la cámara y del aparato de gas, el diseño de nubes tóxicas pasó a un segundo plano. Pero que la relación entre cámara y nube puede resultar problemática lo muestran no sólo los percances ocurridos en las ejecuciones en la cámara de gas en Estados Unidos; también el muy diferente desarrollo de los atentados-Sarin en varias líneas del metro de Tokyo, el 20 de marzo de 1995, demuestra que las condiciones ideales de una relación controlada entre gas tóxico y volumen espacial no son fáciles de establecer empíricamente<sup>106</sup>. Esto valdría incluso para autores de atentados que procedieran con mayor profesionalidad que los miembros de la secta Aum Shinrikyo, que depositaron sus bolsas de plástico de Sarin preparadas, envueltas en papel de periódico, en el suelo del vagón, para, poco antes de llegar a la estación en que se apearon, perforarlas con las puntas de metal afiladas de sus paraguas, mientras los viajeros que continuaban su viaje inhalaban el veneno que de ellas emanaba<sup>107</sup>.

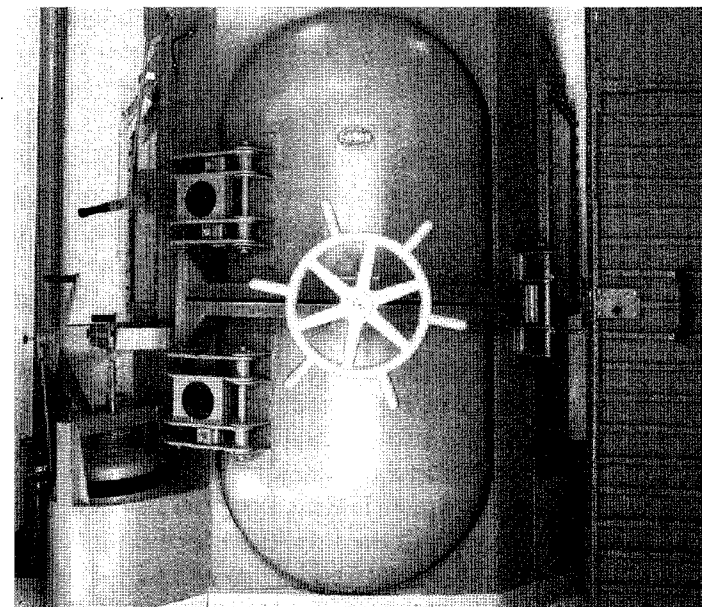
Lo que asegura a la justicia de Nevada un puesto en la historia de la explicación de la dependencia humana de la atmósfera es su sensibilidad, serena y adelantada a la vez, para las modernas cualidades de la muerte por gas. En este campo puede valer como moderno lo que promete unir humanidad y alta eficiencia; en el caso dado, la presunta reducción del sufrimiento en los delincuentes por la rápida acción del veneno. El comandante Turner había recomendado expresamente su cámara como alternativa más suave a la ya entonces tristemente célebre silla eléctrica, en la que fuertes impulsos de corriente podían machacar el cerebro de los delincuentes bajo un casquete de goma humedecido y muy ajustado. En la idea de la ejecución por gas se manifiesta el hecho de que no sólo la guerra actúa como explicitador de las cosas; el mismo efecto se sigue tan a menudo de ese humanismo sin recovecos, que constituye desde mitad del siglo XIX la filosofía espontánea americana y que se convierte en pragmatismo en su versión académica. En su voluntad de unir lo efectivo con lo indoloro ese modo de pensar no se deja desconcertar por protocolos de ejecución, que hablan de tormentos sin par de muchos delincuentes en cámaras de gas, descripciones tan drásticas que llevan a pensar que en Estados Unidos se ha producido durante el siglo XX, bajo pretextos humanitarios, un retroceso a las torturas de las ejecuciones medievales. Para la



Lucinda Devlin, *The Omega Suites*:  
Witness Room, Broad River Correctional  
Facility Columbia, South Carolina, 1991.

percepción oficial de las cosas la muerte por gas había de valer hasta nuevo aviso como un procedimiento tan práctico como humano; desde ese punto de vista, la cámara de gas de Nevada fue un lugar de culto del humanismo pragmático. Su instalación fue dictada por esa ley sentimental de la Modernidad, que prescribe mantener libre el espacio público de actos de manifiesta crueldad. Nadie ha expresado con tanta pregnancia como Elias Canetti esa compulsión de los modernos a ocultar los rasgos crueles del propio obrar: «La suma total de la sensibilidad en el mundo de la cultura se ha hecho muy grande. [...] hoy sería más difícil condenar públicamente a la hoguera a un único ser humano que desencadenar una guerra mundial»<sup>108</sup>.

La idea, técnico-penalmente innovadora, de la ejecución en una cámara de gas presupone el pleno control de la diferencia entre el clima interior mortal de la cámara y el clima exterior, un motivo que se concreta en la instalación de cristalerías en las celdas de ejecución, por las que a testigos invitados de las ejecuciones se les había de permitir convencerse de la eficacia de las condiciones atmosféricas en el interior de las cámaras. Se



Lucinda Devlin, *The Omega Suites*:  
cámara de gas, State Prison de Arizona,  
Florence, Arizona, 1992.

instala, así, especialmente una especie de diferencia ontológica: clima mortal en el interior de la celda claramente definida, meticulosamente hermetizada, clima convivial en la zona mundano-vital de los ejecutores y observadores; ser y poder-ser fuera, ente y no-poder-ser dentro. En el contexto dado, ser observador significa tanto como ser observador de una agonía, dotado del privilegio de seguir –viéndolo desde fuera– el derrumbe de un «sistema» orgánico por haber hecho de su «medio ambiente» un entorno en el que resulta imposible vivir. También las puertas de las cámaras de gas en los campos de exterminio alemanes estaban dotadas en parte de miras de cristal, que permitían a los ejecutores hacer valer su privilegio de observadores.

Si se trata de considerar la administración de la muerte como una producción en sentido estricto y, por consiguiente, como explicitación de los procesos que resultan de la presencia de cuerpos muertos, la cámara de gas de Nevada representa una de las piedras miliarenses en el exterminismo

racional del siglo XX, aunque su uso y su imitación en numerosos otros Estados USA haya sido esporádica (la cámara de Carson City se utilizó 32 veces entre 1924 y 1979). Cuando Heidegger, en 1927, en *Ser y tiempo*, hablaba con prolijidad ontológica del rasgo existencial del ser-para-la-muerte, magistrados y médicos de ejecución norteamericanos ya habían puesto en funcionamiento un aparato que hacía del respirar-para-la-muerte un proceso ópticamente controlado. No se trata ya de «avanzar» hacia la muerte propia; ahora se trata de mantener fijo al candidato en la trampa-aire letal.

Lo que importa aquí no es reproducir en detalle cómo se fusionan una en otra las dos ideas de cámara de gas coexistentes desde los años treinta. Baste con retener que el escenario o procesador de esa fusión fue una cierta inteligencia SS, que, por una parte, recibía asesoramiento de la industria alemana de la lucha antiparasitaria, y, por otra, podía estar segura de la orden recibida, procedente de la Cancillería del Reich de Berlín, de elegir «medios inusuales», sobre todo después de la decisión, actualizada entonces por Hitler, de la «solución final de la cuestión judía», decisión que, mediante mandato secreto transmitido oralmente, desde el verano de 1941 se instauró en el orden del día de unidades SS escogidas. Pertrechados con ese encargo, que dejaba amplio margen a su propia iniciativa, los ayudantes más fieles de Hitler iniciaron su carrera homicida del cumplimiento del deber. Las matanzas sistemáticas de prisioneros de guerra con ayuda de gases de escape de motor (en campos como Belzec, Chelmo y otras partes), así como las matanzas extensivas de enfermos en psiquiátricos alemanes por medio de duchas de gas en cámaras montadas en camiones, actuaron como catalizadores de la unión de la idea de lucha antiparasitaria y de la de ejecución de seres humanos mediante gas de ácido cianhídrico.

El factor-Hitler entra en juego, como momento de escalada, en este punto relativamente tardío de la explicación de realidades atmosféricas del trasfondo mediante terrorismo técnicamente apoyado. Apenas puede quedar duda alguna de que el agudizamiento extremadamente exterminista de la «política de judíos» alemana fue mediado por el metaforismo de los parásitos, que había constituido desde los primeros años veinte un componente esencial de la retórica del partido nacional-socialista, acuñada por Hitler, y que desde 1933 se elevó, por decirlo así, a la categoría de regulación idiomática oficial en un medio público alemán uniformizado.

El efecto seudonormalizante del modo de hablar de «parásitos del pueblo» (que cubría un amplio campo semántico, incluyendo derrotismo, comercio negro, chistes sobre el Führer, crítica al sistema y convicciones internacionistas) fue corresponsable de que los apuntadores del movimiento nacional consiguieran, si no popularizar su forma idiosincrásica de antisemitismo excesivo como una acuñación específicamente alemana de pretendida higiene, sí, al menos, hacerla soportable o imitable en una amplia base. El metaforismo de insectos y parásitos pertenecía también, al mismo tiempo, a la munición retórica del estalinismo, que produjo la política más amplia del terror de los campos, sin alcanzar los extremos de la praxis de «desparasitación» de las SS.

En el núcleo de la factoría de cámaras de gas y crematorios de Auschwitz y de otros campos estaba inequívocamente la metáfora real de la «lucha antiparasitaria». La expresión «tratamiento especial» significaba, ante todo, la aplicación terminante de procedimientos de exterminación de insectos a poblaciones humanas. La transformación práctica de esa operación metafórica llegó hasta el empleo del medio de «desparasitación» más usual, el ciclón B, así como a la puesta en práctica, fanáticamente análoga, del procedimiento de la cámara, introducido en muchas partes. En el extremo pragmatismo de los ejecutores confluyeron uno en otro, sin apenas roce alguno, la realización psicótica de una metáfora y el cumplimiento, oficialmente impasible, de las disposiciones.

La investigación del holocausto ha reconocido, con razón, en la fusión de locura homicida y rutina la marca de fábrica de Auschwitz. El hecho de que el ciclón B, al parecer, fuera llevado la mayoría de las veces a los campos en vehículos de la Cruz Roja corresponde, asimismo, a la tendencia higienizante y medicalizadora de las disposiciones, así como a la necesidad de encubrimiento de los responsables de ejecutarlas. En la revista especializada *Der praktische Desinfektor* [*El desinfectador práctico*] un médico militar hablaba en 1941 de los judíos casi como de los únicos «portadores de epidemias», lo que en un contexto temporal más amplio suponía casi una afirmación convencional, pero que en el trasfondo de aquel momento preciso expresaba una amenaza apenas codificada. Una anotación aforística del diario del ministro de propaganda del Reich, Goebbels, del 2 de noviembre del mismo año, confirma la estable asociación entre el ámbito entomológico y político de representación: «Los judíos son los piojos de la humanidad civilizada»<sup>109</sup>. Ese apunte muestra que Goebbels se comunicaba

como mismo como un agitador frente a una multitud. También el mal, como la idiotez, es autohipnótico.

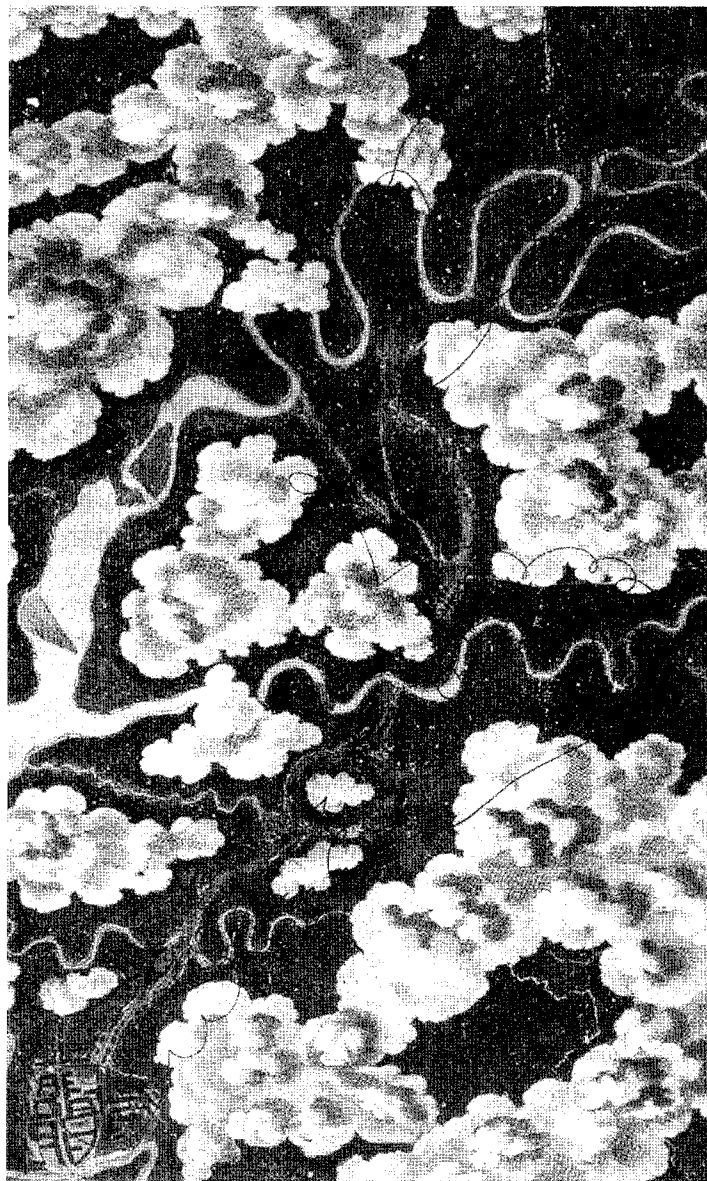
En enero de 1942, en una casa de campesinos reformada (llamada Bunker I), dentro del recinto del campo Auschwitz-Birkenau, se instalaron y «pusieron en funcionamiento» dos cámaras de gas. Pronto estuvo claro que era necesario ampliar su capacidad; se añadieron nuevas instalaciones en sucesión rápida. En la noche del 13 al 14 de marzo de 1943 fueron gaseados en el sótano-depósito de cadáveres I del crematorio II de Auschwitz 1.492 judíos, «incapacitados para el trabajo», del gueto de Cracovia; utilizando 6 kilos de ciclón B se produjo una concentración de aproximadamente 20 gramos de ácido cianhídrico por metro cúbico de aire, que era la aconsejada por Degesch para despiojamientos. En el verano se proveyó el sótano del crematorio III con una puerta hermética al gas y catorce simulacros de ducha. A comienzos del verano de 1944 hizo su entrada en Auschwitz el progreso técnico con la instalación de un dispositivo eléctrico de despiojamiento por onda corta de ropa de trabajo y uniformes, desarrollado por Siemens. El comandante supremo de las SS, Himmler, ordenó en noviembre de ese año el cese de las matanzas por gas tóxico. Según los cálculos serios más bajos, hasta ese momento habían sido sacrificados 750.000 seres humanos mediante esos tratamientos; las cifras reales podían ser más altas. Durante el invierno de 1944-1945 tropas del campo y prisioneros se ocuparon de destruir las huellas de las instalaciones gas-terroristas, antes de la llegada de las tropas aliadas. En las firmas Degesch (Frankfurt), Tesch & Stabenow (Hamburgo) y Heerd-Linger (Frankfurt), que habían suministrado su producto a los campos conociendo su uso previsto, se entendió que era necesario eliminar documentos comerciales.

## 2 Explicitud creciente

Desde las referencias a los procedimientos atmoterroristas de la guerra de gas (1915-1918) y del exterminismo genocida de gas (1941-1945) aparecen los contornos de una climatología especial. Y, con ella, la manipulación del aire respirable se convierte en asunto cultural, aunque en principio sólo en la dimensión más destructiva. Lleva desde el comienzo los rasgos de una intervención diseñadora, por la que se proyectan y producen, *lege artis*, los microclimas, más o menos exactamente delimitables, donde seres hu-

manos dan muerte a seres humanos. Desde ese «air conditioning negativo» pueden sacarse conclusiones sobre el proceso de la Modernidad como explicación de atmósferas. El atmoterrorismo proporciona el empuje modernizante decisivo a aquellos recintos humanos de residencia en condiciones de «mundo de la vida» que habían conseguido resistirse durante más tiempo a dar el paso hacia concepciones modernas, desde la relación natural con la atmósfera y desde la tranquilidad de quienes viven y viajan en un medio de aire incuestionablemente dado y despreocupadamente previsible. El ser-en-el-mundo humano medio –también éste un nombre explicativo moderno para la «situación» ontológica tras la pérdida de la vieja certeza universal europea– había sido hasta entonces un ser-en-el-aire, o más exactamente un ser-en-lo-respirable, en una medida tan indudable y natural que no podía emerger una tematización pormenorizada de las condiciones de aire y atmósfera, en todo caso en formas poéticas o en contextos físicos y médicos<sup>10</sup>, pero nunca en las autorrelaciones diarias de los participantes en la cultura, no digamos ya en las definiciones de su forma de vida en general, excepción hecha, quizá, de las intuiciones muy avanzadas del precoz teórico de la cultura Johann Gottfried Herder, que ya en 1784, en sus inagotables *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit [Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad]*, postuló una nueva ciencia de la «aerología», así como un saber general de la atmósfera, como investigación del «globo de aire» que cobija la vida: «pues el ser humano, como todo lo demás, es un pupilo del aire». Si dispusiéramos, por fin, proclamaba Herder, de una academia que enseñara tales disciplinas, se abriría una nueva luz sobre la conexión del ser cultural humano con la naturaleza y conseguiríamos «ver cómo ese *gran invernadero* de la naturaleza actúa en mil transformaciones según leyes fundamentales uniformes»<sup>11</sup>.

Estas frases recuerdan que Herder apadrinó en ese siglo una antropología de gran formato; no pretendemos aquí reivindicarlo otra vez como creador de la precaria doctrina de la naturaleza imperfecta del ser humano<sup>12</sup>, sino como el iniciador de una teoría de las culturas humanas en tanto formas de organización de la existencia en invernaderos. No obstante, sus anticipaciones filantrópicas, eutónicamente suspendidas sobre la contraposición de naturaleza y cultura, no pueden todavía concebir la conexión dialéctica o tematógena de terrorismo y explicación del trasfondo. También la conocida hipersensibilidad nietzscheana frente a todo lo que tenía que ver con condiciones climáticas de existencia, como presión del aire, hume-



Thomas Baldwin, *Airopaidia*, 1786, detalle,  
vista desde el globo por encima de las nubes.

dad, viento, nubes y tensiones cuasi-inmateriales, pertenece aún a los últimos albores de una confianza de la antigua Europa en la naturaleza y en la atmósfera, aunque ya en forma distorsionada. En un arrebatado humorístico, Nietzsche, por su condición anormalmente sensible a la atmósfera, se ofrecía a sí mismo como posible objeto de muestra en la exposición de la electricidad en París, en 1881, como un instrumento, digamos, patafísico de medida de la tensión<sup>118</sup>. Pero lo que significan aire, clima, medio respiratorio y atmósfera, tanto en sentido micro como macroclimatológico y, sobre todo, desde el punto de vista teórico-cultural y teórico-mediático, sólo puede experimentarse tras el recorrido por los modos y niveles de las prácticas exterminadoras atmoterroristas durante el siglo XX, y ahora ya puede reconocerse que el siglo XXI avanza hacia nuevas manifestaciones al respecto.

Aerimotos: con la explicitación de las condiciones de aire, clima y atmósfera se atenta contra la ventaja originaria de los existentes en un medio primario de existencia, y su juicio a favor de él se pasa a considerarlo ingenuidad. Como se comprende retrospectivamente, cuando los seres humanos en su historia precedente podían situarse bajo cualquier región del cielo al aire libre o bajo techo, confiados en la suposición incuestionable de que la atmósfera circundante —exceptuadas las zonas de miasmas— les permitiría respirar, hacían uso de un privilegio de ingenuidad, que se ha perdido para siempre tras el corte del siglo XX. Quien vive después de esta cesura histórica y se mueve en una zona cultural sincronizada con la Modernidad está condenado expresamente al diseño de atmósferas y a la preocupación por el clima, bien sea en formas rudimentarias o elaboradas. Tiene que confesar su disposición a participar en la Modernidad, dejándose capturar por su fuerza explicitante de lo antes calladamente sub-«yacente» o medioambientalmente envolvente-circundante.

Antes de que pudiera estabilizarse en la conciencia de las generaciones posteriores la nueva obligación de preocuparse de lo atmosférico y climático, el atmoterrorismo tenía que dar algunos pasos explicativos más. Aquí hay oportunidad de hablar con expresiones filosóficas del desarrollo de la *Luftwaffe*<sup>\*</sup> moderna, cuyo nombre da fe de su competencia para intervenciones en hechos atmosféricos. En nuestro contexto hay que aclarar que las armas aéreas representan *per se* un fenómeno central del atmoterroris-

\* «Fuerza aérea» (alemana), que significa literalmente «arma aérea». Se juega con ambos significados. (N. del T.)



Comienzo de la guerra de bombas  
por lanzamiento manual desde el aire, 1914.

mo desde su lado estatal. Como más tarde la artillería de misiles, los aviones militares funcionan en primera línea como armas de acceso; suprimen el efecto inmunizador de la distancia espacial entre grupos de ejército; consiguen el acceso a objetos, que en el suelo apenas serían alcanzables o sólo con gran número de bajas. Hacen que pierda importancia la cuestión de si los combatientes son vecinos naturales o no. Sin la explosión de gran alcance, conseguida a través de armas aéreas, resultaría incomprensible la globalización de la guerra mediante sistemas teledestructivos. Por su utilización, grandes partes del exterminismo específico del siglo XX han de imputarse a una meteorología negra. En esta teoría de las precipitaciones especiales causadas por seres humanos hablamos de la colonización del espacio aéreo mediante máquinas voladoras y de su puesta en servicio para tareas atmoterroristas y para-artilleras.

Mientras que el atmoterrorismo, en sus formas manifiestas entre 1915 y 1945, operaba siempre en el suelo (excepto en la guerra del Rif en el

Marruecos español, 1922-1927, que fue la primera que se condujo como guerra aeroquímica<sup>14</sup>), los ataques terroristas a mundos de vida enemigos, que utilizan el calor y la radiación, dependen prácticamente siempre, por motivos técnicos y tácticos, de operaciones Air-Force; siguen siendo paradigmáticas al respecto (tras los escandalosos ataques de aviones alemanes a Guernica el 26 de abril de 1937, y a Coventry la noche del 14 al 15 de noviembre de 1940), ante todo, la destrucción de Dresde por flotas de bombarderos británicos el 13 y 14 de febrero de 1945, y la liquidación de Hiroshima y Nagasaki, el 6 y 9 de agosto de 1945, por el lanzamiento de dos únicas bombas nucleares desde aviones de combate norteamericanos. Por mucho que ocuparan el imaginario con escenas cabaleresco-románticas de torneos en el aire, históricamente los combates entre unidades de aviaadores equivalentes tuvieron más bien importancia marginal; la tristemente célebre «batalla de Inglaterra» fue una excepción desde el punto de vista histórico-militar. Por el contrario, en el ámbito de la «lucha aérea» se ha impuesto *de facto* la praxis de los ataques aéreos unilaterales, irreplicables, en los que o bien aparatos aislados realizan ataques de precisión contra objetivos definidos, o bien se utilizan flotas aéreas mayores para bombardeos de superficie, esto último en consonancia con el principio lógico-difuso de la artillería de gas: suficientemente cerca significa operativamente lo mismo que exacto. Lo que siempre hay que presuponer es el planteamiento exterminista moderno, según el cual vencer significa aniquilar; fuerza aérea, artillería y asepsia se despliegan a este respecto por caminos análogos. La metáfora de la alfombra de bombas, que se introduce desde los años cuarenta del siglo pasado, resume el proceso en una imagen plástica sugestiva: escuadras aéreas atacantes recubren grandes segmentos de terreno construido y habitado con un enmoquetado mortal. Los ataques aéreos de la OTAN contra Serbia en el conflicto de Kosovo, entre el 24 de marzo y el 10 de junio de 1999, muestran que también bombardeos puntuales pueden producir efectos de destrucción de superficie en casos de proximidad suficiente de los objetivos.

Por mucho que las armas aéreas sean susceptibles de una interpretación romántico-militar de sus funciones y se presenten discretamente como una variedad neo-aristocrática de armas —en cierta medida como continuación de la artillería como variedad real en un medio más libre—, por su tendencia práctica constituyen el órgano resolutorio preferido del atmoterrorismo estatalmente instituido<sup>15</sup>. Con ello se confirma que la esta-

talidad de las armas, lejos de constituir el antídoto frente a prácticas terroristas, produce su sistematización. Ya no puede haber simetría alguna entre ataque y defensa, dado que el principio terror es algo inherente al arma como tal; la exterminación del atacado, se trate de personas o de cosas, es algo propuesto *a priori* (pero, dado que el exterminismo no puede aparecer en la autodescripción de estructuras políticas occidentales y sólo puede servir para la caracterización de sentimientos antagónicos, desde la operación *Desert Storm* en 1990-1991 para la liberación de Kuwait no se permite ya ninguna información gráfica de los efectos causados por los ataques aéreos norteamericanos). El hecho de que desde la Segunda Guerra Mundial las fuerzas aéreas hayan accedido a los sistemas armamentísticos de primer orden, sobre todo en las numerosas guerras intervencionistas de Estados Unidos desde 1945, habla sólo a favor de la normalización del hábito estatal-terrorista y de la ecologización del modo de llevar la guerra<sup>116</sup>. Allí donde marca el tono el terrorismo estatal basado en armas aéreas hay que contar con la aniquilación masiva de vidas civiles; el supuesto efecto colateral (*collateral damage*) se manifiesta no pocas veces como el resultado principal. Desde este punto de vista, las manifestaciones de civiles serbios, que, decorados ellos mismos como blanco, se colocaron durante los ataques aéreos de la OTAN en la primavera de 1999 en el puente Branko sobre el Save, ofrecen un comentario adecuado a la realidad de la guerra aérea de los siglos XX y XXI.

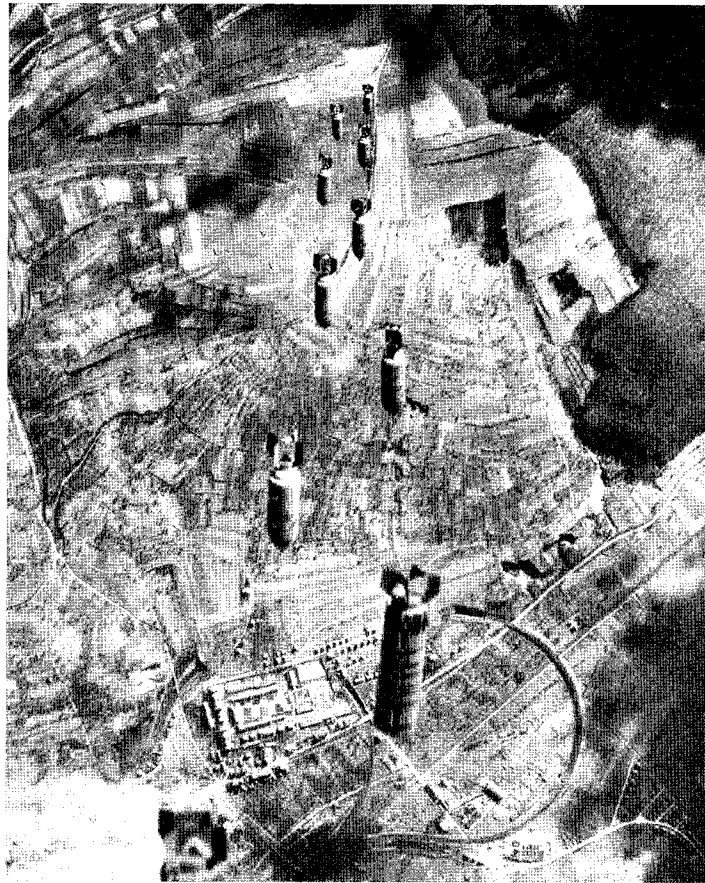
Como han demostrado no sólo las experiencias de la Segunda Guerra Mundial tanto en Europa como en el Lejano Oriente, en el modo de llevar la guerra de las fuerzas aéreas estatales se llega a la utilización general del hábito atentatorio, ya que los ataques aéreos, por su propio *modus operandi*, poseen siempre ya carácter de asalto imprevisto. Implican siempre, además, incluso cuando se producen como ataques de precisión contra «instalaciones», el detrimento de los mundos de vida del enemigo y *eo ipso* el riesgo de matar a civiles; en caso de ataques de superficie esto se convierte en la intención primaria. Es sabido que el «terror de las bombas», generalizado desde 1940 a 1945 en el territorio del Reich alemán, no tenía sólo como objetivo estructuras militares, sino, más bien, la infraestructura mental de la nación; por eso, a causa de su efecto supuestamente desmoralizante –se hablaba de *moral bombing*–, hubo de ser defendido entre los aliados frente a una crítica interna, no sólo motivada pacifistamente. Hubieron de pasar dos generaciones completas hasta que la historiografía militar osara proclamar



Civiles en el puente Branko sobre el Save, Belgrado.

el carácter sistemático de la voluntad de aniquilación, que estaba en la base de la guerra aérea británica y americana contra ciudades alemanas<sup>117</sup>.

El bombardeo de Dresde la noche del 13 al 14 de febrero de 1945 por dos flotas aéreas de Lancaster de la Royal Air Force se realizó según un plan pirotécnico, de acuerdo con el cual el núcleo antiguo combustible de la ciudad fue rodeado y densamente sembrado, en un sector en forma de cuadrante circular, por un espeso anillo de bombas explosivas e incendiarias. De este modo, toda la zona había de incluirse en un efecto de alto horno; lo que importaba a los atacantes era hacer que la multiplicidad de incendios creciera hasta convertirse en un incendio total, de cuya posible fuerza destructora habían convencido las primeras pruebas hechas ya en otras ciudades antiguas fácilmente combustibles, a saber, en Hamburgo en julio de 1943 (en la operación «Gomorra») y en Kassel en octubre del mismo año. Por la alta concentración de las bombas incendiarias, en forma de bastón, se intentaba crear un vacío central que desencadenara un torbellino de aspiración semejante a un huracán. Este proceder para el desencadenamiento sistemático de la tormenta de fuego –correspondiente al «principio del espacio de destrucción cerrado»<sup>118</sup>– fue declarado por el mariscal del aire británico, Arthur Harris, como un medio posiblemente



«De camino a la meta. Bombas incendiarias y explosivas caen hacia la tierra sobre el nudo ferroviario nazi en Bruchsal el 1 de marzo de 1945.»

decisivo de la guerra. El efecto deseado se preparó en Dresde con el primer bombardeo entre las 22:03 y las 22:28 horas y se aseguró con la segunda oleada de ataques entre la 1:30 y la 1:55 horas, que avivó la tempestad de fuego y la extendió a otras zonas de la ciudad, sobre todo a la del entorno de la estación, llena de fugitivos. La tercera oleada de ataques por unidades aéreas americanas encontró una ciudad ya asolada. En los dos

primeros ataques se lanzaron 650.000 bombas, de ellas unas 1.500 toneladas eran bombas de minas y bombas explosivas frente a unas 1.200 toneladas de bombas incendiarias, que fueron arrojadas en pequeña dispersión, a modo de lluvia<sup>19</sup>. La elevada cuota de bombas incendiarias revela que la intención primordial era la destrucción de zonas de vivienda y la extinción de vidas de civiles. Los atacantes conocían las circunstancias, según las cuales una metódica realización de su plan, en una ciudad como Dresde, sobrecargada por los fugitivos procedentes del este, tenía que producir un gran número de víctimas civiles. Churchill, de todos modos, estaba dispuesto a calificarse a sí mismo como terrorista.

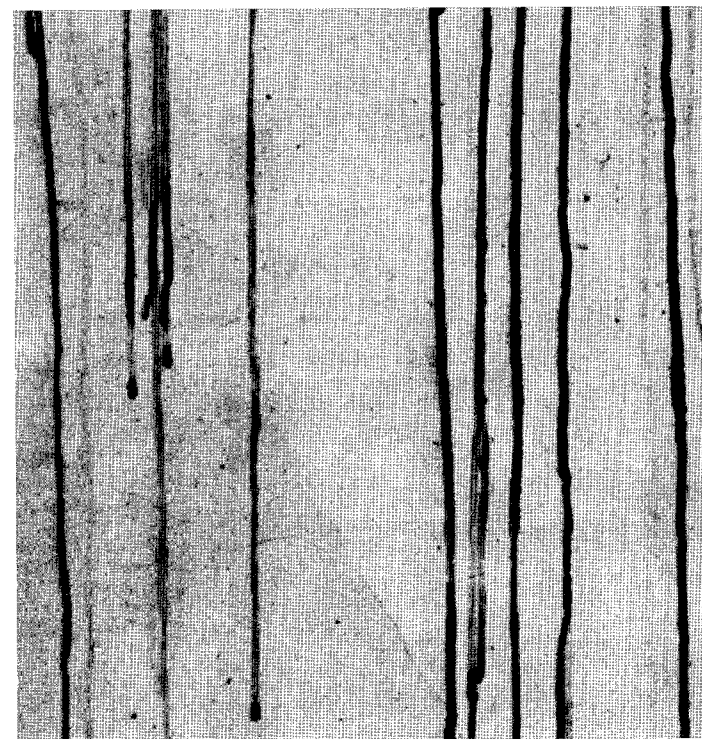
El éxito del proyecto se manifestó, entre otras cosas, en que dentro de la olla de fuego se encontraron numerosas personas, que habían quedado encerradas en ella, deshidratadas, encogidas y momificadas sin haber entrado directamente en contacto con las llamas. A causa del efecto chimenea, muchos refugios se convirtieron en hornos de aire caliente, cuyos ocupantes fueron tostados vivos; para más de 12.000 personas los sótanos se convirtieron en trampas de gases de humo. En la historia del horror aplicado, antes del 6 de agosto de 1945 apenas existe un ejemplo así de cómo en un «mundo de la vida» de la extensión del casco histórico de una ciudad antigua pueden crearse situaciones cuyas características correspondan a una cámara de combustión activada en alto grado; en ella se dieron temperaturas de más de 1.000 grados centígrados. Que en esa atmósfera especial durante una única noche, según los cálculos más bajos, pudieran ser quemados, carbonizados, resecaados y asfixiados 35.000 seres humanos (aunque probablemente más de 40.000), significaba una innovación en el ámbito de las matanzas rápidas de masas<sup>20</sup>. Aunque pueda entenderse como culminación de una serie de singularidades condicionadas por la guerra, la noche del incendio de Dresde trajo al mundo el nuevo arquetipo del terroterrorismo extensivo. Lo que allí sucedió fue un gran atentado, pensado hasta el final, contra las condiciones límites térmicas de vida. Que llevó a cabo la negación más explícita de la más implícita de todas las esperanzas: que el ser-en-el-mundo de seres humanos no puede significar en ninguna circunstancia un ser-en-el-fuego.

Pertenece a las sorpresas, no sorprendentes ya, del siglo XX que este máximo se mostrara superable. La explicación de la atmósfera por el terror no se paró en la transformación de «mundos de vida» en cámaras de



gas y cámaras de fuego. Para superar los horrores del alto horno de Churchill se necesitó nada menos que una «revolución de la imagen del mundo» o, con mayor exactitud –desde que comprendemos la falsedad del discurso de la revolución–, un mayor despliegue aún de lo que sostiene al mundo en su latencia física y biosférica. No es necesario en este punto hacer una recapitulación de la historia conjunta de la física nuclear y del arma nuclear. En nuestro contexto es importante que la explicación físico-nuclear de la materia radiactiva y su demostración popular mediante hongos atómicos sobre áridos terrenos experimentales y ciudades habitadas, al mismo tiempo, pusiera de manifiesto un nuevo escalón de profundidad en la explicación de lo atmosférico humanamente relevante. Con ello dio lugar a una nueva orientación «revolucionaria» de la conciencia del «medio ambiente» en dirección al medio invisible de ondas y radiaciones. Frente a ello ya no puede conseguirse nada con el recurso al clásico claro [*Lichtung*] en el que «vivimos, tejemos y somos», se entienda teológica o fenomenológicamente. El comentario (post)-fenomenológico a los relámpagos atómicos sobre el desierto de Nevada y las dos ciudades japonesas reza: *Making radioactivity explicit*.

Con los lanzamientos de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki se consumó no sólo una superación cuantitativa de los sucesos de Alemania, la extinción simultánea de (según los cálculos más precavidos) más de 100.000 vidas humanas, en un caso, y más de 40.000, en otro<sup>121</sup>, supone la culminación, por ahora, del proceso atmoterrorista de explicación; las explosiones nucleares del 6 y del 9 de agosto de 1945 impulsaron, a la vez, una escalada desde el punto de vista cualitativo, en tanto que, más allá de la dimensión termoterrorista, abrieron el paso a la radioterrorista. Las víctimas de la radiación de Hiroshima y Nagasaki, que se reunieron poco tiempo después con las víctimas del calor de los primeros minutos y segundos –en casos innúmeros también con una demora de años o decenios–, hicieron expreso el conocimiento de que la existencia humana está incluida continuamente en una compleja atmósfera de ondas y radiaciones, de cuya realidad sólo pueden darnos testimonio, en tal caso, ciertos efectos indirectos, pero nunca percepción inmediata alguna. La entrega directa de una dosis, aguda o retardadamente mortal para los seres humanos, de radiactividad, liberada «tras» el efecto primario térmico y cinético de las bombas, abre una dimensión de latencia completamente nueva en el saber de los afectados y de los testigos.



Lluvia negra, altamente radiactiva, que cayó sobre Nagasaki. Foto: Yuichiro Sasaki.

A lo antes oculto, desconocido, inconsciente, nunca sabido, nunca observado, nunca observable se le obligó de repente a aparecer en el plano de la manifestación; mediatamente se volvió llamativo en forma de desprendimientos de piel y llagas, como si un fuego invisible produjera quemaduras visibles. En los rostros de los supervivientes se reflejaba una nueva forma de apatía: las «máscaras de Hiroshima» miraban atónitas a los restos de un mundo, del que se había privado a los seres humanos en una tormenta de luz. Que les fue devuelto como desierto irradiado. Esas caras comentan el abuso ontológico en su oscuro valor límite. Tras la lluvia negra sobre Japón se manifestó durante decenios el mal sin nombre en forma de pólipos cancerosos de todo tipo y de trastornos psíquicos de lo más

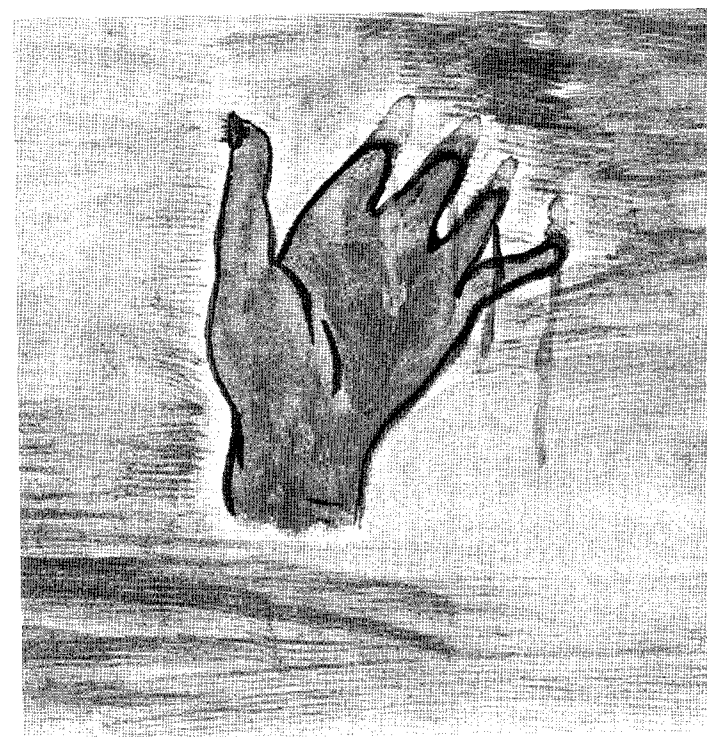


«Máscara-Hiroshima».  
Una joven busca a su familia en Hiroshima.

profundo. Hasta 1952, por la censura de Estados Unidos, estuvo prohibida en Japón toda alusión pública a ambos actos de terror<sup>122</sup>.

En esos sucesos hay que ver un crecimiento dimensional de la acción del terror: el atentado nuclear al mundo de vida del enemigo también incluye desde entonces la explotación de la latencia como tal. La no perceptibilidad de las armas radiactivas se convierte en una parte esencial del efecto mismo de esas armas. Sólo tras su irradiación comprende el enemigo que existe no sólo en una atmósfera de aire, sino también en una de ondas y radiaciones. El extremismo nuclear es, más aún que el químico, que utiliza gas y fuego, el momento crítico de la explicación atmosférica.

Con el paso explicativo nuclear la catástrofe fenoménica se convierte en una catástrofe de lo fenoménico. La irrupción de los físicos, y de los militares informados por ellos, en el nivel radiactivo de influencia en el medio ambiente ha dejado claro que puede haber algo en el aire, que no consiguen notar en absoluto las criaturas mundanas de la era prenuclear —que respiran despreocupadas, ingenuamente sensibles al entorno—, los ancestrales «pupilos del aire» humanos. Desde ese momento de cesura históri-



Dibujo de un superviviente del lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima: alguien, tendido de espaldas en la calle, murió inmediatamente después del lanzamiento de la bomba. Su mano se dirigía al cielo, los dedos ardían en medio de llamas azules. Un líquido oscuro goteaba de la mano a la tierra.

ca están sujetos a la coacción de contar con lo imperceptible, como si se tratara de una nueva ley. En el futuro habrá que desconfiar de la percepción propia para sobrevivir en entornos tóxicos. El modo de pensar y de sentir de los paranoides se convierte en una parte de la educación general, *Only the Paranoid Survive*<sup>123</sup>; quien es consciente de los hechos se siente en vilo por la probabilidad de que deseos de hacer daño de enemigos lejanos se materialicen invisiblemente.

En la latencia redefinida también los bioterroristas (como sus simuladores y parásitos) operan sobre un trasfondo estatal y no-estatal. En su cálculo de ataque tienen en cuenta la dimensión de lo imperceptiblemente pequeño y amenazan el entorno del enemigo con atacantes invisibles. Los avances más explícitos en la dimensión del terrorismo bio-atmosférico los llevaron a cabo investigadores militares soviéticos en los años sesenta y setenta. A sus escenas primeras pertenecen los ensayos realizados en 1982 y 1983 con el agente provocador de la turalemia, para los que, en una isla del lago Aral, inaccesible a la opinión pública, se ataron a postes cientos de monos importados expresamente para ello de África. El lanzamiento de bombas de turalemia, recién desarrolladas, sobre ellos llevó al resultado, satisfactorio para los investigadores, de que casi todos los animales de experimentación, a pesar de estar vacunados, perecieron en poco tiempo por inhalación del agente provocador<sup>124</sup>.

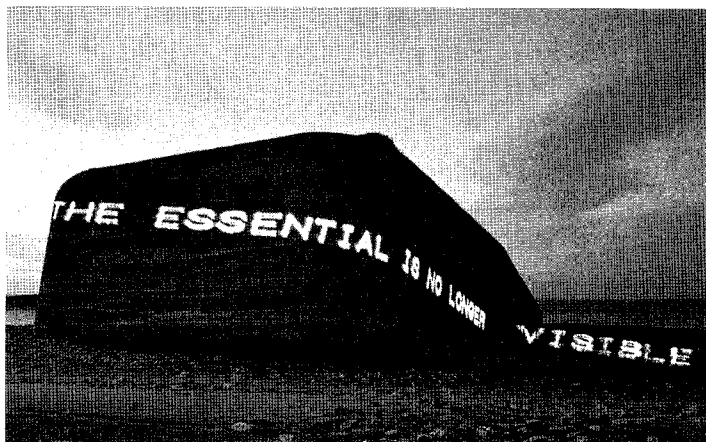
Cuando Martin Heidegger, en sus artículos a partir de 1945, la mayoría de las veces utilizaba la «falta de patria» como contraseña existencial del ser humano en la época-del-entramado-técnico [*Ge-stell-Zeitalter*], esa expresión no sólo se refería a la ingenuidad perdida de la estancia en casas de campo y al paso a una existencia en máquinas urbanas habitables. A un nivel más profundo, el término «apátrida» significa la desnaturalización del ser humano de la envoltura natural de aire y su mudanza a espacios climatizados; en una lectura aún más radicalizada, el discurso de la falta de patria simboliza el éxodo de todos los posibles nichos de cobijo en la latencia. Tras el psicoanálisis ni siquiera lo inconsciente es utilizable como patria, tras el arte moderno tampoco la «tradición», tras la biología moderna apenas todavía la «vida», por no hablar ya del «medio ambiente». Al espectro de esas aperturas a la existencia apátrida pertenece, tras Hiroshima, la revelación forzosa de las dimensiones radiofísicas y electromagnéticas de la atmósfera. En lugar del habitar aparece la estancia en áreas radiotécnicamente vigiladas. El físico Carl Friedrich von Weizsäcker, familiarizado con la obra de Heidegger, levantó un monumento conmemorativo a esta situación, cuando, en el momento culminante de la carrera armamentística nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética, en los años setenta, hizo construir demostrativamente en el jardín de su casa de Starnberg un búnker de protección radiactiva.

Es lícito dudar de que el discurso evocativo de Heidegger sobre el «ha-



*Búnker de protección atómica, instalación de Guillaume Bijl, 1985, Place St. Lambert, Lieja.*

bitar» del ser humano en una «región» posibilitante de sí y remitida a sí pueda quedar como la última palabra en cuestiones de una existencia atrapada en la coacción explicativa y de su tarea de autodiseño. Cuando el filósofo alababa el prudente mantenerse en la «región» saltaba, adelantándose un tanto precipitadamente, al ideal de un espacio que rehace la totalidad, que implica lo antiguo y lo nuevo<sup>125</sup>. «Región» [*Gegend*] significa para él el nombre de un lugar en el que todavía podía florecer una existencia auténtica. No se podría decir muy bien cómo se llega hasta él si no se estuviera ya en él. Tendría que ser un lugar más allá de toda explicación, como si ésta sólo valiera en otra parte; un lugar efectivamente azotado por el frío viento del exterior, por el riesgo de emplazamiento de la modernización, pero que, a pesar de todo, siguiera siendo la patria. Sus habitantes sabrían que el desierto crece, pero podrían sentirse comprometidos, precisamente allí donde están, con una «extensión de terreno y



Magdalena Jetelová, *Atlantic Wall*, 1994-1995.

un receso temporal»<sup>126</sup> maravillosamente inmunizadores. Aquí se puede hablar de alto bucolismo. A la palabra «región» no se le puede negar, con todo, a pesar de toda su provisionalidad y de sus connotaciones provinciales, una fuerza remisora a la dimensión terapéutica en el arte de la conformación de espacio<sup>127</sup>. ¿Qué es terapéutica sino el saber procedimental y el arte del saber sobre la nueva organización de una escala de medida conforme a los derechos humanos tras la irrupción de lo desmesurado; sino una arquitectura para espacios de vida después de que se haya mostrado lo invivible? Lo que nos hace divergir de Heidegger es la convicción históricamente crecida y teóricamente estabilizada de que en la era de la explicación del trasfondo tampoco las relaciones «regionales» y patrias, allí donde florecen todavía localmente, pueden ser tomadas simplemente como dones del ser, sino que dependen de un gran despliegue de diseño formal, de producción técnica, de asesoramiento jurídico y estructuración política.

En estas referencias al desarrollo (puesto en marcha por la guerra de gas y reforzado por el smog industrial) de la pregunta por las condiciones de respirabilidad del aire, después a las exacerbaciones gasterroristas y termoterroristas de la Segunda Guerra Mundial y, finalmente, a la puesta en evidencia de las dimensiones radiológicas del trasfondo del ser-en-el-mun-

do humano, que desde los acontecimientos de Hiroshima y Nagasaki hay que retener temático-duraderamente, describiremos ahora un arco histórico de expresividad creciente en la problematización de la estancia humana en medios de gas y radiaciones. No se puede asociar con una consideración retrospectiva como la intentada aquí la suposición de que la historia de la explicación de la atmósfera mediante el perfeccionamiento de las armas atómicas haya llegado a un final con el término de la guerra fría. Desde la desaparición de la Unión Soviética, la última potencia mundial que ha quedado ha conseguido el monopolio para desarrollar el *continuum* del atmoterrorismo, elaborado desde 1915 a 1990, en dimensiones aún más explícitas y monstruosas. Puede que el final de la guerra fría haya traído consigo un decrecimiento de la intimidación nuclear; pero, por lo que respecta a la inclusión de las hasta entonces no desarrolladas dimensiones climáticas, radiofísicas y neurofisiológicas del trasfondo de la existencia humana en proyectos militares de la potencia mundial, el umbral de los años noventa significa un nuevo comienzo. A partir de ese momento, e inadvertido por la opinión pública, se da el salto a un nivel imprevisible de escalada en las oportunidades de ataque atmoterrorista.

En un escrito del *Department of Defense*, presentado el 17 de junio de 1996 y cuya entrega a la opinión pública se autorizó sin tener en cuenta su temática sensible, siete oficiales de un departamento de investigación científica del Pentágono explicaban los rasgos generales de un futuro modo de hacer la guerra en la ionosfera. El papel del proyecto, presentado bajo el título: «El tiempo como un multiplicador de la fuerza de combate: dominio del tiempo en el año 2025» (*Weather as a Force Multiplier: Owning the Weather in 2025*), se redactó por encargo del Estado Mayor de la Air Force con la instrucción de aportar condiciones, bajo las que Estados Unidos pudiera reafirmar en el año 2025 su papel como potencia armamentística absolutamente dominante en el aire y el espacio. Los autores del escrito parten del hecho de que en treinta años de desarrollo se logrará, de modo relevante para la guerra, hacer dominable la ionosfera como uno de los componentes, invisibles para la percepción humana, de las cubiertas terrestres físicas exteriores, sobre todo por la supresión y producción arbitrarias de condiciones meteorológicas tormentosas, que garanticen el control del campo de batalla (*battlefield dominance*) al poseedor de las armas ionosféricas. Según anticipaciones actuales, el arma meteorológica abarca, entre otras cosas: la conservación o enturbiamiento de la visión en el espacio aé-

reo; la subida o bajada del *comfort levels* (de la moral) de las tropas; intensificación y modificación de las tormentas; supresión de lluvias sobre territorios enemigos y producción artificial de sequía; interceptación e impedimento de comunicación enemiga y obstaculización de actividades meteorológicas análogas del enemigo.

Con la explicitación de estos nuevos parámetros para intervenciones operativas de militares en el *battlespace environment* ya se tiene en cuenta hoy la posible condición futura del diseño del campo de batalla (*battlefield shaping*) y de su percepción (*battlefield awareness*). En la recapitulación final del escrito se dice al respecto:

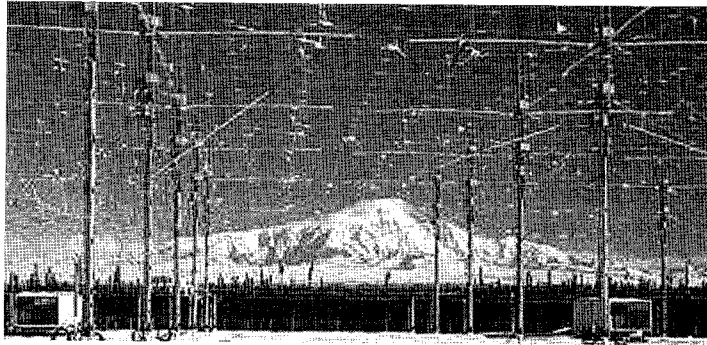
Como un esfuerzo de alto riesgo y altas recompensas, la modificación del tiempo nos coloca ante un dilema semejante a la fisión nuclear. Mientras algunos sectores sociales sigan oponiéndose constantemente a analizar temas polémicos como la modificación del tiempo, se ignorarán, de manera peligrosa para nosotros mismos, las enormes (*tremendous*) posibilidades militares que pueden surgir en ese campo.

Con ello, los autores del escrito sobre la guerra meteorológica, no sólo dan a entender que recomiendan el desarrollo de tales armas incluso contra la opinión pública; se colocan, además, en un entorno cultural que sólo es capaz ya de anticipar un único tipo de guerra: el conflicto militar de Estados Unidos con Estados «canallas», es decir, con Estados que toleran o apoyan las acciones militares o terroristas contra el complejo civilizatorio del «Oeste». Únicamente en este contexto es compatible la propaganda en favor de una futura arma meteorológica y de la entrada en una escalada de prácticas atmoterroristas con una situación cultural altamente legaliformizada y caracterizada por una sensibilidad extrema para obligaciones de fundamentación. A las premisas de la investigación sobre armas meteorológicas le es inherente una asimetría moral estable entre el modo de hacer la guerra de Estados Unidos y cualquier posible modo de hacer la guerra de quien no sea Estados Unidos: bajo ninguna otra circunstancia podría justificarse la inversión de medios públicos en la construcción de un arma tecnológicamente asimétrica de evidente calidad terrorista. Para legitimar democráticamente el atmoterrorismo en su forma más avanzada hay que presuponer la imagen de un enemigo que haga plausible la utilización de medios apropiados para su tratamiento especial ionosférico. En

el *american way of war* el hostigamiento del enemigo entraña su castigo, dado que ya sólo pueden imaginarse criminales manifiestos como responsables de groserías armadas contra Estados Unidos. Este estándar vale, por lo demás, desde la guerra fría, durante la cual Moscú fue calificada obstinadamente como la «base mundial del terrorismo». Por eso, la declaración de guerra se sustituye fácticamente por una orden de captura, o bien una orden ejecutoria, contra el enemigo. Quien posee la soberanía interpretativa de declarar como terroristas a los luchadores por una causa extraña, desplaza sistemáticamente la percepción del terror del plano de los métodos al ánimo del grupo adversario, y con ello se retira él mismo de la escena. Desde ese momento el modo de hacer la guerra y el proceso por ley marcial resultan indistinguibles. La justicia anticipada del vencedor no sólo se cumple en el modo de llevar una guerra declarada como medida disciplinaria; se realiza también como investigación armamentística contra el enemigo de mañana y pasado mañana.

Más allá del declarado interés por el arma meteorológica, Estados Unidos trabaja desde 1993 en un programa afín, aunque en este caso mantenido en secreto, para la investigación de la aurora, el *High-frequency Active Auroral Research Programme*, HAARP, del que podrían seguirse las premisas científicas y tecnológicas de una posible arma de super-ondas. Cuando no consiguen evitar la opinión pública, los patrocinadores del proyecto presumen de su carácter civil, más o menos de su posible aptitud para recrear la capa de ozono defectuosa y para prevenir ciclones, mientras que sus –no numerosos– críticos ven en tales declaraciones el típico camuflaje de proyectos militares absolutamente secretos<sup>128</sup>. El proyecto HAARP se asienta en un complejo de investigación en Gakona, South Central Alaska, aproximadamente 300 kilómetros al noroeste de Anchorage, compuesto de un gran número de antenas que crean campos electromagnéticos de alta energía y los irradian a la ionosfera. Su efecto de reflexión y resonancia parece que se utiliza para focalizar campos de energía sobre puntos discretos de la superficie terrestre. De emisiones de radiación de este tipo podría resultar una artillería energética de efectos casi ilimitados. Las premisas técnicas de esa instalación proceden de ideas del inventor Nicola Tesla (1856-1943), que ya en torno a 1940 había advertido al gobierno estadounidense sobre las posibilidades militares de un arma de tele-energía.

Si un sistema de ese tipo fuera implantable sería capaz de provocar poderosos efectos físicos, hasta llegar al desencadenamiento de catástrofes



Antenas del Proyecto Haarp.

climáticas y terremotos en zonas puntuales elegidas. Algunos observadores relacionan con los tests de la instalación de Alaska nieblas y tempestades de nieve aparecidas erráticamente en Arizona y otros fenómenos atmosféricos no aclarados en diferentes partes del mundo. Pero, dado que las ondas ELF (*Extremely Low Frequencies*), u ondas infrasonido, no sólo influyen en la materia anorgánica sino también en organismos vivos, especialmente en el cerebro humano, que trabaja en ámbitos profundos de frecuencia, el HAARP depara perspectivas de producción de un arma neurotelepática que podría desestabilizar poblaciones humanas mediante ataques a distancia a sus funciones cerebrales<sup>129</sup>. Un arma de ese tipo sólo puede ser concebida, incluso en forma especulativa, si el desnivel moral entre los cerebros que la desarrollan y los cerebros que han de ser atacados con ondas ELF aparece completamente claro en el presente y puede ser mantenido estable en el futuro. Aunque se tratara de un arma no letal, únicamente podría utilizarse contra lo absolutamente extraño o contra el mal absoluto en sus encarnaciones humanas. Pero no puede excluirse que el efecto colateral de tales empresas de investigación conlleve *per se* complicaciones morales, desastrosas para la determinación de un desnivel de ese tipo. Cuando no está clara la diferenciación entre cerebros de canallas y cerebros de no-canallas, la producción de un arma de ondas así contra un lado de esa diferencia –como ya sucedió con las armas atómicas– podría resultar funesta, por autorreferencia, también para el otro lado.

Puede que se considere surrealista la mención de tales perspectivas; pero no es más surrealista de lo que lo hubieran sido anuncios de un arma de

gas antes de 1915 y de un arma atómica antes de 1945. Antes de la demostración por los acontecimientos, la mayoría de los intelectuales del hemisferio occidental habrían despachado el desarrollo de las armas nucleares como una especie de ocultismo científico-naturalmente camuflado y le habrían negado toda plausibilidad. El efecto de surrealidad de lo real antes de la publicación pertenece a los efectos colaterales de la explicación puntera, que desde su comienzo divide las sociedades en un pequeño grupo de personas, que participan en la irrupción de lo explícito como pensadores, operadores y víctimas, y en otro, mucho más grande, que, desde el punto de vista de lo lícito existencialmente, persiste *ante eventum* en lo implícito y, en todo caso, reacciona posterior y puntualmente a las explicaciones. La histeria pública es la respuesta democrática a lo explícito, tras devenir innegable.

La permanencia diaria en la latencia es presa cada vez más de la intranquilidad. Aparecen dos tipos de durmientes: los durmientes en lo implícito, que siguen buscando cobijo en la ignorancia, y los durmientes en lo explícito, que saben lo que se planea en el frente, pero esperan la orden de actuar. La explicación atmoterrorista distancia tanto las conciencias en una y la misma población cultural (hace ya tiempo que resulta indiferente llamarla pueblo o población) que *de facto* ya no viven en el mismo mundo y sólo constituyen una sociedad simultánea formalmente, a causa de la condición ciudadana estatal. A unos los convierte en colaboradores de la explicación y con ello –en secciones de frente que cambian incesantemente– en agentes de un terror estructural –aunque sólo pocas veces concreto y real– ejercido contra las condiciones de trasfondo de naturaleza y cultura, mientras que los otros –transformados en regionalistas, aborígenes domésticos, en protectores voluntarios del propio anacronismo– cultivan en reservas libres de hechos la ventaja de poder seguir afeerrados a imágenes de mundo y condiciones de inmunidad simbólicas de la época de la latencia.

### 3 Air/Condition

Entre las campañas ofensivas de la Modernidad, la del surrealismo ha aguzado especialmente la idea de que el interés fundamental de la actualidad tiene que dirigirse a la explicación de la cultura. Entendemos por cultura –siguiendo las insinuaciones de Bazon Brock, Heiner Mühlmann,

Eugen Rosenstock-Huessy, Ludwig Wittgenstein, Dieter Claessens y otros—el conjunto de reglas y cometidos de acción que se transmiten y van variando en los procesos generacionales.

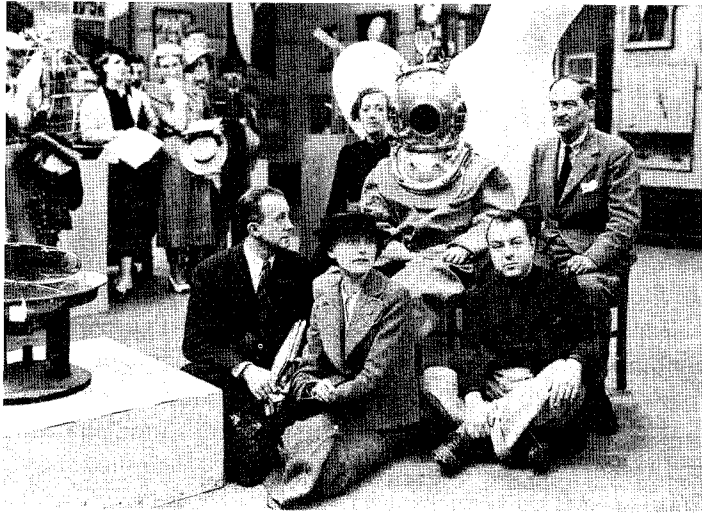
El surrealismo obedece al imperativo de ocupar las dimensiones simbólicas en la campaña de modernización. Su objetivo declarado o no declarado es hacer explícitos procesos creativos y aclarar técnicamente los dominios de sus fuentes. Para ello acudió sin más al fetiche de la época, al concepto omnilegitimante de «revolución». Pero, como ya sucedía en el espacio político (donde, *de facto*, no se trató nunca de un «giro» real, en el sentido de una inversión de arriba y abajo, sino de la proliferación de posiciones punteras y de su nueva ocupación por representantes de estratos sociales medios agresivos, cosa que en realidad no pudo conseguirse sin que los mecanismos de poder se transparentaran parcialmente, o sea, sin democratización, y pocas veces sin una fase inicial de abierta violencia desde abajo), también en el campo cultural resulta evidente la calificación errónea de los acontecimientos; pues aquí nunca se trató tampoco de «revolución», más bien, y exclusivamente, de un nuevo reparto de la hegemonía simbólica; y eso necesitaba una cierta puesta en evidencia de los procedimientos artísticos; por ello tuvo que haber una fase de barbarismos y tempestades de imágenes. Por lo que respecta a la cultura, «revolución» es una expresión encubierta de violencia «legítima» contra la latencia. Pone en escena la ruptura de los nuevos operadores, seguros de sus procedimientos, con los holismos y comodidades de las situaciones artísticas burguesas.

El recuerdo de una de las escenas más conocidas de la ofensiva surrealista puede aclarar el paralelismo entre las explicaciones atmoterroristas del clima y los golpes «revolucionario»-culturales contra la mentalidad de un público burgués de arte. El 1 de julio de 1936, Salvador Dalí, quien al comienzo de su carrera pasaba como embajador autoproclamado del reino de lo superreal, dio una conferencia-performance en las New Burlington Galleries de Londres, con ocasión de la International Surrealist Exhibition, en la que, en relación con su propia obra expuesta, se proponía explicar los principios del «método crítico-paranoico» desarrollado por él mismo. Para dejar claro al público ya con su propia presentación que él hablaba en nombre del otro y como representante de un en-otra-parte radical, Dalí había decidido ponerse un traje de buzo para su discurso; según el informe del *Star* londinense del 2 de julio, sobre el casco se había colo-

cado un radiador de coche; el artista llevaba, además, un taco de billar en las manos y se hacía acompañar por dos grandes perros<sup>130</sup>. En su autopresentación *Comment on devient Dalí* el artista cuenta una versión del incidente que provocó esa idea.

Con motivo de la exposición, había decidido pronunciar unas palabras para ofrecer un símbolo del subconsciente. Se me introdujo, pues, en mi armadura e incluso me colocaron suelas de plomo, con las que me resultaba imposible mover las piernas. Hubo que transportarme al estrado. Después se me colocó y atornilló el casco. Comencé mi discurso tras el cristal del casco, y ante un micrófono, que, obviamente, no podía captar nada. Pero mi mímica fascinó al público. Pronto comencé a abrir la boca, sin embargo, en busca de aire, mi cara se puso primero roja y luego azul, y mis ojos en blanco. Evidentemente se habían olvidado [*sic*] de conectarme a un sistema de abastecimiento de aire y estaba a punto de asfixiarme. El especialista que me había equipado había desaparecido. Por gestos di a entender a mis amigos que mi situación se volvía crítica. Uno cogió unas tijeras e intentó en vano perforar el traje, otro quería desatornillar el casco. Como no lo conseguía comenzó a golpear con un martillo los tornillos... Dos hombres intentaron arrancarme el casco, un tercero daba tantos golpes al metal que casi perdí el sentido. En el estrado sólo reinaba ya una lucha salvaje a brazo partido, de la que yo emergía de vez en cuando como un pelele con miembros dislocados, y mi casco de cobre sonaba como un gong. El público aplaudía ese mimodrama daliniano conseguido, que a sus ojos representaba, sin duda, cómo el consciente intenta apoderarse del inconsciente. Pero yo por poco habría sucumbido ante ese triunfo. Cuando por fin se me arrancó el casco estaba tan pálido como Jesús cuando volvió del desierto tras cuarenta días de ayuno<sup>131</sup>.

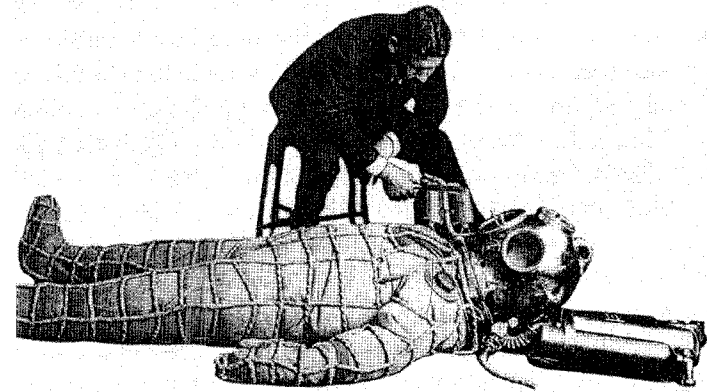
La escena deja claras dos cosas: que el surrealismo es un diletantismo cuando no utiliza objetos técnicos de acuerdo con sus propias características, sino simbólicamente; y que, a la vez, es una parte del movimiento más explicitista de la Modernidad, en tanto que se presenta inequívocamente como procedimiento rompedor de la latencia y disolutor del trasfondo. El intento de destruir el consenso entre el lado productivo y receptivo en asuntos de arte, con el fin de liberar la radicalidad del valor propio de las exhibiciones-acontecimientos, constituye un importante aspecto de la disolución del trasfondo en el campo cultural. Explicita tanto el carácter absoluto de la producción como la arbitrariedad de la recepción.



Dalí en traje de buzo durante su discurso el 1 de julio de 1936 en Londres.

Tales intervenciones poseen valor combativo en tanto ilustraciones anti-provincianas y anti-cultural-narcisistas. No en vano los surrealistas, en la fase temprana de su embate agresivo, desarrollaron el arte de escandalizar al burgués como una forma de acción *sui generis*, por una parte porque esto ayudó a los innovadores a distinguir *ingroup* de *outgroup*, por otra, porque la protesta de la opinión pública podía considerarse como signo de éxito en la descomposición del sistema tradicional. Quien escandaliza a los ciudadanos hace profesión de iconoclastia progresiva. Instauro el terror contra símbolos con el fin de hacer que exploten posiciones latentes mistificadas y que aparezcan ayudadas de técnicas más explícitas. La premisa legítima de la agresión simbólica radica en el supuesto de que las culturas tienen demasiados cadáveres en el armario y que ya es hora de hacer saltar las conexiones, protegidas latentemente, entre armadura y edificación.

Pero si las primeras vanguardias sucumbieron ante un razonamiento engañoso, fue porque la burguesía que se iba a intimidar siempre aprendió su lección con mayor rapidez de lo que había previsto cualquiera de los terroristas estéticos. Tras pocos intercambios en la partida entre los provocadores y los provocados hubo de aparecer una situación en la que



Traje de presión Dräger, de 1915, para el tratamiento de enfermedades de descompresión.

la burguesía relajada masivo-culturalmente toma la iniciativa en la explicación de arte, cultura y sentido mediante marketing, diseño y autohipnosis. Los artistas continuaron aterrizando esforzadamente, sin darse cuenta de que el momento de ese medio ya había pasado. (El terrorismo semántico se vuelve ineficaz en cuanto el público comprende su juego; lo mismo sucedería también, a propósito, con el terror criminal y militar si la prensa renunciara a su papel de cómplice.) Otros sucumbieron a un giro neorromántico y pactaron de nuevo con la profundidad. Pronto hubo muchos que parece que olvidaron el principio de la filosofía moderna instaurado por Hegel: que la profundidad de un pensamiento sólo puede medirse por su fuerza de detalle; de otro modo, la reivindicación de profundidad queda sólo como un símbolo vacío de latencia no dominada.

Estos diagnósticos pueden comprobarse en la performance fracasada y, precisamente por ello, informativa de Dalí: ella demuestra, por una parte, que la destrucción del consenso entre el artista y el público no se consigue en cuanto el último entiende la regla, según la cual la ampliación de la obra al entorno de la obra misma hay que entenderla, a su vez, como forma de la obra. El aplauso entusiasta con que fue obsequiado Dalí en las



New Burlington Galleries demuestra con cuánta coherencia el público informado se atuvo a los nuevos pactos de percepción del arte. Por otra, la escena mostraba al artista como un rompedor de latencia, que transmite al pueblo profano un mensaje procedente del reino de lo otro. La función de Dalí en ese juego se distinguía por una ambigüedad que manifiesta algo esencial sobre su fluctuación entre romanticismo y objetividad: por una parte, se presentaba como frío tecnólogo de lo otro, dado que en el texto de su alocución, no transmitido pero fácilmente imaginable por el título: *Auténticas fantasías paranoicas*, tenía previsto tratar de un método preciso de acceso al «subconsciente»: aquel método crítico-paranoico, con el que Dalí formuló instrucciones para la «conquista de lo irracional»<sup>132</sup>. Se confesaba partidario de una especie de fotorrealismo en relación con imágenes irracionales, que había de objetivar con exactitud proverbial lo que se presentara en sueños, delirios y visiones internas. El artista surrealista es, en cierto modo, el secretario de un más allá privado, bajo cuyo dictado elabora sus apuntes tan mecánica y precisamente como es posible; en consecuencia, la obra representa un archivo de las visiones. Como Picasso, Dalí no busca, encuentra, y encontrar significa aquí tanto como archivar la forma que surge del inconsciente.

Como Breton y otros antes que él, en esa época Dalí entendía su trabajo como una acción paralela al llamado «descubrimiento del inconsciente por el psicoanálisis»: ese mito científico que en los años veinte y treinta fue recibido de maneras diversas tanto por las vanguardias artísticas como por el público culto (y que Lacan, un admirador y rival de Dalí, volvió a dar prestigio entre los años cincuenta y setenta, al reanimar el lema surrealista de «vuelta a Freud»). Desde esa perspectiva, el surrealismo se incorpora a las manifestaciones de la «revolución» operativista que sostiene la modernización continuada. Por otra parte, Dalí se mantuvo decididamente anticrítico en la concepción romántica del artista-embajador, que deambula entre los no iluminados como delegado de un más allá preñado de sentido. En esa actitud se revela como un *amateur* altivo, que se abandona a la ilusión de la posibilidad de introducir un pretencioso instrumental técnico para la articulación de acciones-*kitsch* metafísicas. A este respecto es típica la actitud del usuario, que deja cándidamente el lado técnico de la performance en manos de «especialistas», de cuya competencia uno no está convencido. El hecho de que la escena no se hubiera ensayado delata, asimismo, la mala relación literaria del artista con estructuras técnicas.

La elección de Dalí de su atuendo muestra un aspecto lúcido, no obstante. Su accidente es profético, y no sólo por lo que se refiere a las reacciones de los espectadores, que anunciaban ya el aplauso de lo no entendido como nuevo hábito cultural. Que el artista escogiera para su salida a escena como embajador de la profundidad un traje de buzo diseñado para un abastecimiento artificial de aire, le pone certeramente en conexión con el desarrollo de la conciencia de la atmósfera, que, como intentamos mostrar aquí, está en el centro de la autoexplicación de la cultura en el siglo XX. Aunque el surrealista sólo llegue a una explicación técnica a medias del trasfondo del mundo y de la cultura como «mar del subconsciente», reclama la competencia de navegar en ese espacio con procedimientos profesionales. Su performance demuestra que una existencia consciente ha de ser vivida como una inmersión explícita en el contexto. Quien en la sociedad-multi-media se aventura a salir del propio acantonamiento ha de estar seguro de su «equipo de inmersión», es decir, de su sistema de inmunidad tanto físico como mental, o bien, de su cápsula espacial social. (Marshall McLuhan escribió a comienzos de los años sesenta que el ser humano moderno se ha convertido en un «hombre rana cósmico»: una expresión que puede interpretarse como comentario tanto del surfing cultural como del viaje espacial<sup>133</sup>.) El accidente no sólo hay que achacarlo al diletantismo, también pone en evidencia los riesgos sistémicos de la explicación técnica de atmósferas y de la conquista técnica del acceso a otro elemento, del mismo modo que el riesgo de intoxicación de las propias tropas en la guerra de gas fue inseparable ya de las acciones del atmoterrorismo militar. Si el relato que hace Dalí del incidente no es exagerado, no faltó mucho para que hubiera entrado en la historia de la cultura de la Modernidad como mártir de las inmersiones en lo simbólico.

En las condiciones dadas, el accidente demostró su eficacia como forma de producción. Liberó en el artista el pánico que desde siempre era inherente, como estímulo, a su trabajo. En el intento fracasado de presentar el «subconsciente» como zona navegable, se abrió brecha hasta el primer plano el miedo a la destrucción, para cuyo dominio y represión se pone en marcha el proceso explicativo. Por hablar generalizando: el experimento contrafóbico de la modernización nunca puede emanciparse de su trasfondo de angustia, porque éste sólo sería capaz de aflorar cuando fuera lícito admitir la angustia misma en la existencia; cosa que, dada la naturaleza de las cosas, representa la hipótesis excluida. La Modernidad

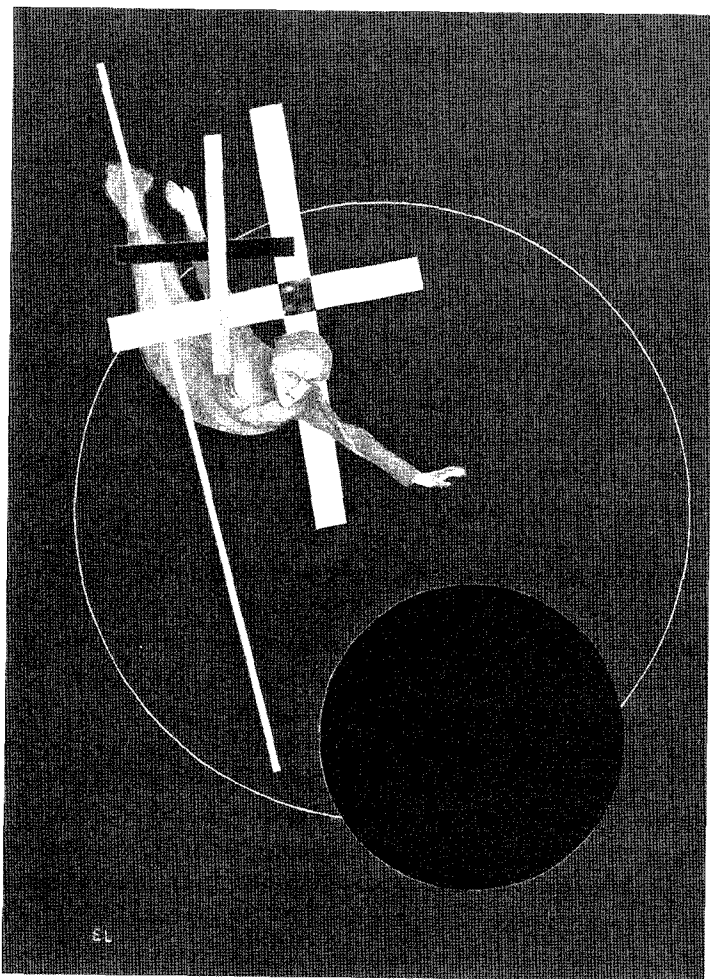
como explicación del trasfondo queda encerrada en un círculo fóbico; en tanto aspira a superar la angustia mediante una técnica generadora de angustia, ha de errar su blanco una y otra vez. Tanto la angustia primaria como la secundaria proporcionan el empuje incesante para la continuación de este proceso inútil; su apremio justifica en cualquier etapa de la modernización el uso de nueva violencia, rompedora de latencia y controladora del trasfondo; o, según las reglas lingüísticas dominantes: exige investigación de los fundamentos e innovación permanente.

La Modernidad estética es un procedimiento de uso de la violencia, no contra personas ni contra cosas, sino contra circunstancias culturales poco claras. Organiza una ola de ataques contra actitudes globales del tipo de la creencia, el amor, la probidad, y contra categorías seudoevidentes como forma, contenido, imagen, obra y arte. Su *modus operandi* es el experimento en vivo con los usuarios de tales conceptos. Consecuentemente, el modernismo agresivo rompe con la reverencia por los clásicos, en la que –como hace notar con gran aversión– se manifiesta la mayoría de las veces un vago holismo, unido a una propensión a seguir apoyándose en un *totum* abandonado a su falta de claridad y de despliegue. Por su agudizada voluntad de explicitud el surrealismo declara la guerra a la medianía: reconoce en ella el escondrijo oportuno de inercias antimodernas, que se oponen al despliegue operativo y a la puesta en evidencia reconstructiva de modelos replegados. Dado que en esta guerra de mentalidades la normalidad se considera un crimen, el arte, como medio de lucha contra el crimen, puede apoyarse en órdenes de entrada en acción inusuales. Cuando Isaac Babel declaraba: «la banalidad es la contrarrevolución», expresaba con ello, mediatamente, el principio de la revolución modernista: la utilización del horror como violencia contra la normalidad hace estallar tanto la latencia estética como la social, y que afloren a la superficie leyes según las cuales se han de construir las sociedades y las obras de arte. El horror ayuda a la consumación del giro antinaturalista, que hace valer por todas partes el primado de lo artificial. La «revolución» permanente quiere el horror permanente, puesto que postula una sociedad que se manifiesta siempre de nuevo como aterradorizable, revisable. En el *Segundo manifiesto del surrealismo*, de 1930, escribe André Breton:

La acción surrealista más simple consiste en salir a la calle empuñando revólveres y disparar a ciegas a la multitud tantas veces como sea posible<sup>134</sup>.

El nuevo arte está imbuido de la excitación por lo más nuevo, dado que se presenta mimético al terror y análogo a la guerra, a menudo sin poder decir, incluso, si declara la guerra a la guerra de las sociedades o si hace la guerra en causa propia. El artista se encuentra siempre ante la decisión de presentarse ante la opinión pública bien como salvador de las diferencias o como señor de la guerra de las innovaciones. También tiene que aclararse sobre si está de acuerdo con la ley de la imitación de lo superior, sobre la que se basa toda la cultura hasta ahora, o se asocia al hábito neo-bárbaro de la Modernidad de convertir en regla la imitación de lo inferior<sup>135</sup>. A la vista de estas ambivalencias, la llamada posmodernidad no estaba tan equivocada al articularse como reacción contra-explicita, contra-extremista y parcialmente anti-bárbara al terrorismo estético y analítico de la Modernidad.

Como cualquier terrorismo, también el estético la emprende con el trasfondo imperceptible sobre el que se articulan las obras de arte, y hace que aparezca en el proscenio como fenómeno con valor propio. El prototipo de pintura moderna de esa tendencia, el *Cuadrado negro* de Kasimir Malévich, de 1913, debe su interpretabilidad inagotable a la decisión del autor de evacuar el espacio de imagen en favor de la pura superficie oscura. Así, su ser-cuadrado mismo se convierte en la figura, a la que está supeditada, como soporte, en otras situaciones figurativas. El escándalo de la obra de arte consiste, entre otras cosas, en que se afirma como pintura por derecho propio y que en absoluto presenta el lienzo vacío como una cosa digna de verse, como sería imaginable en el contexto de acciones dadaístas de mofa del arte. Es posible que la imagen pueda ser considerada como un icono platónico del cuadrángulo equilátero, un icono mínimamente irregular, que paga tributo por ello a la sensibilidad; pero es a la vez el icono de lo an-icónico, del trasfondo de la imagen, normalmente invisible. Por eso el cuadrado negro aparece ante un fondo blanco, que le rodea casi como un marco; en el *Cuadrado blanco*, de 1914, casi desaparecerá también esta diferencia. El gesto fundamental de tales representaciones formales es una elevación de lo no temático a la categoría de lo temático. No se rebajan los posibles y diversos contenidos figurativos, que podrían aparecer en el primer plano, colocándolos sobre uno y el mismo trasfon-



El Lissitzky, *Esferas negras*, 1921-1922.

do siempre; más bien se extrae con cuidado el trasfondo como tal y se le hace explícito como figura de lo que soporta las figuras. El terror de la purificación en el deseo de «supremacía de la sensación pura» es inequívoco. La obra exige la capitulación sin condiciones de la percepción del observador ante su presencia real.

Por muy claro que se dé a conocer el suprematismo, junto con su antinaturalismo y antifenomenalismo, como un movimiento a la ofensiva en el flanco estético de la explicación, queda obligado al supuesto idealista de que el explicitar significa la remisión de lo sensiblemente presente a lo espiritualmente no presente. Está anclado en modelos de la vieja Europa, en tanto que explica las cosas hacia arriba y simplifica las formas empíricas, haciendo de ellas simples formas primarias. En este punto procede de otro modo el surrealismo, que se solidarizó, más bien, hacia abajo con la explicitación materialista, sin ir tan lejos como para hacerse llamar *sous-realismo*. Mientras que la tendencia materialista se quedó en coquetería para el movimiento surrealista, su alianza con las psicologías profundas, sobre todo con la orientación psicoanalítica, reveló un rasgo esencial propio. La recepción surrealista del psicoanálisis vienés es uno de los numerosos casos que confirman que el freudismo consiguió sus primeros éxitos entre artistas y ciudadanos cultos, no como método terapéutico, sino como una estrategia de interpretación de signos y de manipulación del trasfondo, que ponía a disposición de cada interesado un modo de utilización acorde con sus propias necesidades. ¿No es el análisis que no se ha hecho el que más seduce siempre?

El planteamiento de Freud llevó al despliegue de un ámbito de latencia de tipo especial, que fue bautizado con una expresión, «el inconsciente», tomada de la filosofía idealista, sobre todo de Schelling, Schubert, Carus, y de las filosofías de la vida del siglo XIX, particularmente de Schopenhauer y Hartmann. Circunscribió una dimensión subjetiva de no-revelación, en tanto que verbalizó latencias interiores y condiciones, replegadas invisiblemente, de estados individuales. Tras la redacción freudiana, el sentido de la expresión llegó a estrecharse mucho, y a especializarse tanto que se hizo apto para su aplicación al operacionalismo clínico; ahora ya no significaba la reserva de oscuras fuerzas integradoras en una naturaleza antepuesta a la conciencia, terapéutica y creadora de imágenes, tampoco el subsuelo, compuesto de corrientes volitivas ciegamente autoafirmantes, bajo el «sujeto»: circunscribía un pequeño *container* interior, lleno de represiones y colocado bajo presión creadora de neurosis por el impulso de lo reprimido<sup>136</sup>. El entusiasmo de los surrealistas por el psicoanálisis se fundaba en su confusión del concepto freudiano de inconsciente con el de la metafísica romántica. De una lectura falsa creativa surgieron declaraciones como la de Dalí, en 1939, *Declaración de independencia de la fantasía y decla-*

riación de los derechos del ser humano a su locura, en la que se encuentran frases como ésta:

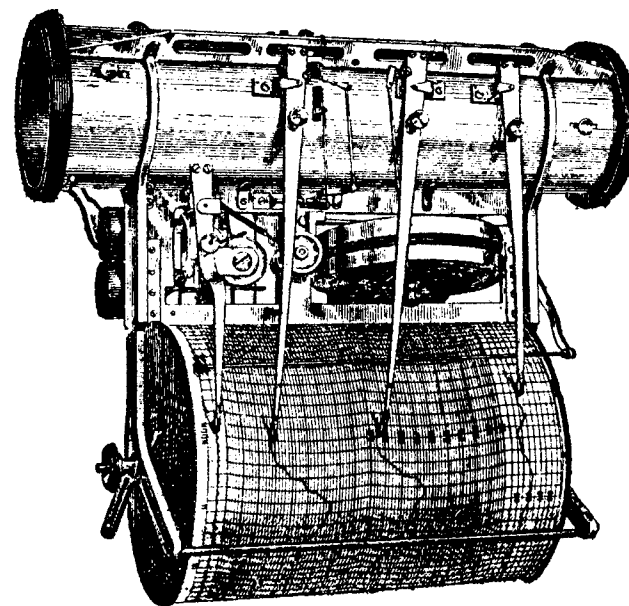
Un hombre tiene derecho a amar a mujeres con extáticas cabezas de pez. Un hombre tiene derecho a que le resulten asquerosos los teléfonos tibios y a exigir teléfonos fríos, verdes y afrodisíacos como el sueño alucinado de las cantáridas<sup>137</sup>.

La referencia surrealista al derecho de estar loco advierte a los individuos frente a su inclinación al sometimiento ante terapias normalizantes; quiere hacer de pacientes normalmente infelices monarcas que vuelven del exilio neurótico-racional al reino del delirio personal.

Si la performance de Dalí en julio de 1936 acabó con que sus ayudantes le posibilitaron, arrancándole el casco de buzo, el regreso a la atmósfera de aire común de la galería londinense, esta solución, oportuna en caso concreto, resulta inutilizable para la situación civilizatoria en su conjunto, dado que el proceso de la explicación de atmósferas no permite vuelta alguna a lo implícitamente previsible hasta ahora. Las relaciones de civilización técnica no consienten ya que, como en el caso del experimento de Dalí, se olvide lo esencial: seres humanos, que se encuentren momentánea o habitualmente en típicas situaciones-*indoors*, tienen que ser conectados a un «sistema de abastecimiento de aire» auxiliar. La explicación avanzada de atmósferas obliga a una continua atención a la respirabilidad del aire: primero, en sentido físico, pero, después, también, y progresivamente, en relación con las dimensiones metafóricas de la respiración en espacios culturales de motivación e inquietud.

Finalizado el siglo XX, la teoría del *homo sapiens* como pupilo del aire adquiere perfiles pragmáticos. Se comienza a comprender que el ser humano no sólo es lo que es, sino lo que respira y aquello en que se sumerge. Las culturas son estados colectivos de inmersión en aire sonoro y sistemas de signos.

El tema de las ciencias de la cultura en el tránsito del siglo XX al XXI reza, pues: *Making the air conditions explicit*. Ellas se dedican a la neumatología desde el punto de vista empírico: la ciencia de la respiración de seres vivos, dependientes de sentido, a través de medios informantes e imperativos. Por el momento, este programa sólo puede ser elaborado reconstructiva y compilatoriamente, dado que la «cosa misma», el universo de los



El meteorógrafo Marvin para el Weather Bureau estadounidense en los años noventa del siglo XIX.

climas influidos, de las atmósferas configuradas, de los aires modificados y de los entornos acotados, medidos, legalizados, tras los empujes explicativos de gran alcance llevados a cabo en el espacio científico-natural, técnico, militar, jurídico-legislativo, arquitectónico y plástico, ha tomado una ventaja, difícilmente salvable, a la formación teórico-cultural de conceptos. Por eso parece lo más razonable que en una primera fase de autocercioramiento se oriente a las formas más ampliamente desarrolladas de descripción científica de atmósferas, a la meteorología y climatología, para dedicarse, en un segundo paso, a fenómenos de aire y clima más cercanos a las personas y más relevantes culturalmente.

Por su forma periodística más exitosa, el llamado *informe meteorológico* (*Wetterbericht*, *informations météorologiques*, *weather news*), la meteorología moderna (derivada en el siglo XVII de la palabra griega *metéoros*: «suspendido en el aire») –la ciencia de las «precipitaciones» y de todos los demás cuerpos relucientes en el cielo o suspendidos en la altura– ha impuesto a las

poblaciones de modernos Estados nacionales y de comunidades políticas mediáticas una forma de conversación históricamente nueva, que como mejor puede caracterizarse es como «debate climatológico sobre la situación». Las sociedades modernas son «comunidades que discuten sobre el tiempo, en la medida en que un organismo oficial de información sobre el clima pone en boca de los ciudadanos los temas para su autoentendimiento sobre las circunstancias meteorológicas dominantes. Por comunicación meteorológica apoyada en los medios, grandes comunas modernas, que cuentan con muchos millones de miembros, se transforman en vecindades semejantes a aldeas, en las que se debate sobre sí para la época del año en que se está haciendo demasiado calor, demasiado frío, cae demasiada lluvia o demasiado poca. (Marshall McLuhan afirmaba, incluso, que el medio «tiempo» constituye el «punto más importante del programa de esa radio, que recrea nuestro oído y crea el espacio sonoro o espacio vital»<sup>138</sup>.) La moderna información meteorológica moldea poblaciones nacionales como espectadores de un teatro climático, estimulando a los receptores a comparar la percepción personal con el informe de la situación y a hacerse una opinión propia sobre los acontecimientos en curso. En tanto que describen el tiempo como una representación escénica de la naturaleza ante la sociedad, los meteorólogos reúnen a los seres humanos convirtiéndolos en un público de expertos bajo un cielo común; hacen de cada individuo un crítico climatológico, que valora la representación actual de la naturaleza según su propio gusto. Hay críticos climáticos más estrictos, que en períodos de mal tiempo vuelan masivamente a regiones, en las que con suficiente probabilidad pueda esperarse una representación más agradable: por eso las islas Mauricio y Marruecos se inundan de disidentes meteorológicos de Europa entre Nochebuena y Reyes.

Mientras la meteorología salga a escena como ciencia natural, y nada más, puede permitirse obviar la pregunta por un creador del tiempo. Concebido en un contexto natural, el clima es algo que se hace exclusivamente a sí mismo y que procesa incesantemente de un estado al siguiente. Basta, pues, describir los «factores» climáticos más importantes en su acción dinámica: atmósfera (cubierta gaseosa), hidrosfera (mundo acuático), biosfera (mundo de animales y plantas), criosfera (región de hielo), pedosfera (tierra firme) desarrollan bajo el influjo de la radiación solar modelos de intercambio de energía extremadamente complejos, que se pueden representar en disposición puramente científico-natural, sin recurrir a una

inteligencia originariamente planificadora o interventora *a posteriori*<sup>139</sup>. Un análisis adecuado de estos procesos se muestra tan complejo que fuerza un nuevo tipo de física que sea capaz de habérselas con turbulencias y corrientes impredecibles. También esta física meteorológica, teórico-caótica, se arregla sin el recurso de una inteligencia transcendente; para interpretar sus datos no necesita ni un Hacedor del tiempo universal, de procedencia animista, ni al Relojero universal del deísmo. Está en la tradición del racionalismo occidental, que desde comienzos de la Modernidad retira a cualquier dios todavía posible la competencia en fenómenos meteorológicos y lo eleva a zonas supraclimáticas. Puede que Zeus y Júpiter lanzaran rayos, el dios de los europeos modernos es un *deus otiosus* y, *eo ipso*, climáticamente inactivo. Por eso, el informe meteorológico moderno puede presentarse como una disciplina ontológico-regional, en la que se hable de causas, pero no de causantes. Habla de aquello que, previo a toda consideración de intereses humanos, sucede como sucede, por sí mismo y según condiciones propias; de aquello que, en todo caso, se «refleja» en un medio subjetivo como dato de rango objetivo.

No obstante, la meteorología moderna viene unida a una progresiva subjetivización del tiempo; además, en múltiples sentidos: por una parte, porque relaciona cada vez más los «datos» climáticos con las opiniones, cálculos y reacciones de las poblaciones, para las que el entorno atmosférico se vuelve cada vez menos indiferente en vistas a sus propios proyectos; por otra, porque el clima objetivo, tanto regional como global, ha de ser descrito de modo creciente como efecto de las formas de vida socio-industriales. Ambos aspectos de este ajuste del tiempo al ser humano moderno, como cliente y co-causante meteorológico, se implican objetivamente uno en otro. Ciertamente, desde el punto de vista de la tradición más antigua, la información meteorológica, tal como la conocemos, tendría que aparecer ya como una forma de tentación a la blasfemia; puesto que incita inequívocamente a los seres humanos a la desvergüenza de tener una opinión sobre algo frente a lo cual, según la ortodoxia metafísica, sólo cabría resignarse en muda sumisión. Para los antiguos valía: como el nacimiento y la muerte, el tiempo procede sólo de Dios. Sumisión a Dios y sumisión al tiempo son en la tradición indicios análogos del esfuerzo del sujeto razonable por minimizar sus diferencias, cargadas de *hybris*, frente al destino.

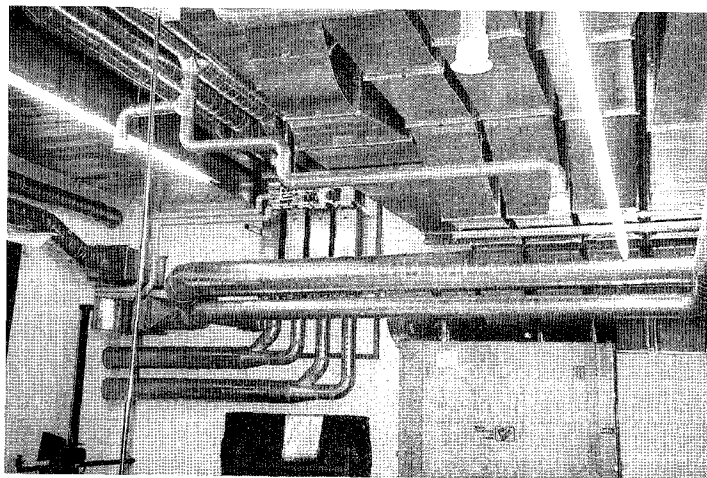
Con todo, la tendencia moderna a formarse una «opinión» sobre el cli-

ma no es un mero antojo del sujeto que se aparte de una norma ontológica válida y fuera mejor que no se diera; refleja el hecho de que las culturas europeas y európidas, politécnicamente activas, desde el temprano siglo XVIII se han convertido ellas mismas en potencias climáticas. Los seres humanos encuentran en el tiempo desde entonces, como indirectamente siempre, convertidos en algo atmosféricamente objetivo, los detritos de sus propias actividades técnico-químico-industriales, militares, locomotoras y turísticas. En su conjunto, a través de muchos miles de millones de emisiones, no sólo modifican el balance energético de la atmósfera, sino también la composición y el «afinado» de la capa de aire a gran escala. Por eso, el apremio a tener una opinión sobre el clima no es tanto un indicio de la toma arbitraria del poder por parte del ser humano sobre todo lo que es el caso en el entorno. Prepara el cambio de actitud fundamental, por el que los seres humanos, los supuestos «dueños y señores» de la naturaleza, se transforman en diseñadores de atmósferas y guardianes del clima (que no habría que confundir, por cierto, con pastores del ser heideggerianos).

El desafío de la capacidad de juicio climático de los modernos proviene ante todo, en el macro-ámbito, de un fenómeno que en el debate público ha llegado a conocerse como efecto antropogénico de invernadero. Por él entendemos los efectos acumulados de las emisiones modificadoras del clima, procedentes de actividades humanas culturales y técnicas, como el funcionamiento de centrales de energía eléctrica, complejos industriales, calefacciones privadas, automóviles, aviones y otras innumerables introducciones de gases de escape y emanaciones en el aire del entorno. Este efecto invernadero secundario, del que hace apenas doscientos años que tenemos noticia de modo difuso, y tres decenios escasos en formulación explícita, es un hecho histórico en el que se condensa el estilo de consumo de energía de la «era industrial»: es la huella climática de un proyecto civilizatorio, que se basa en el acceso a grandes cantidades de combustibles fósiles facilitado por la minería de carbón y la extracción de petróleo<sup>140</sup>. El recurso a la energía fósil es el soporte objetivo de la frivolidad, sin la que no habría sociedad global de consumo, ni automovilismo, ni mercado mundial de carne y moda<sup>141</sup>. Debido al desarrollo de la demanda masiva de carbonos ricos en energía, el «bosque subterráneo» de la Antigüedad de la Tierra se sube en forma líquida a la superficie terrestre y se transforma mediante máquinas motrices térmicas<sup>142</sup>. A consecuencia de ello, el producto de combustión anhídrido carbónico (junto al me-

tano, monóxido de carbono, hidrocarburo fluorado, diversos óxidos nítricos, etc.) desempeña el papel cuantitativamente más importante en el enriquecimiento de la atmósfera con factores de invernadero de segundo orden. Ellos refuerzan –de una manera catastrófica con toda probabilidad– el efecto invernadero primario, respecto al que la ciencia del clima nunca podrá subrayar suficientemente el hecho de que sin él no habría sido posible vida alguna en nuestro planeta. Si la Tierra, como parásito del Sol, se convirtió en el lugar de nacimiento de la vida –no atrae sobre sí ni una milmillonésima parte de la energía irradiada por el Sol– fue porque el vapor de agua y los gases de invernadero de la atmósfera terrestre impiden la reverberación de la energía de onda corta absorbida por el Sol en forma de rayos infrarrojos de onda larga, por lo que pudo resultar un calentamiento de la superficie terrestre compatible con la vida, de una temperatura media de más de 15 grados centígrados. Si desapareciera esa trampa para capturar calor, por la que se retiene la energía solar en la atmósfera, la temperatura de la superficie de la Tierra no llegaría más, por término medio, que hasta –18 grados: «Sin efecto invernadero la tierra sería una extensión desértica de hielo»<sup>143</sup>. Lo que conocemos como vida viene condicionado, entre otras cosas, por el hecho de que la superficie terrestre, gracias a su filtro atmosférico, vive 31 grados por encima de sus posibilidades. Si los seres humanos, por citar de nuevo a Herder, son pupilos del aire, las nubes fueron sus tutores. La vida es un efecto colateral del mimo climático. El signo característico de la era de la energía fósil lo constituye el hecho de que los mimados se volvieron suficientemente irresponsables como para poner en juego su mimo, corriendo el riesgo de un sobrecalentamiento antropogénico (según cálculos diferentes de otras prognosis, el de un período interglacial)<sup>144</sup>.

Mucho antes de que puntos de vista macroclimatológicos de este alcance adquirieran forma científica y resonancia pública, la capacidad de juicio climática de modernos participantes en la cultura fue reclamada más bien por fenómenos locales y de ámbito reducido: por la climatización de las casas y viviendas, que sólo por los focos de fuego artificiales se convirtieron en islas de calor convivenciales; por el efecto refrigerante de las bodegas, que permitían el almacenamiento de alimentos y bebidas; por la calidad miasmática del aire de espacios públicos próximos a cementerios, desolladeros de animales y cloacas<sup>145</sup>; por el estado atmosférico precario de numerosos lugares de trabajo, como tejedurías, minas y canteras,



Vista parcial de la instalación de aire acondicionado del Museo de la Fundación Beyeler en Rieten, cerca de Basilea, de Renzo Piano, 1997.

en los que el polvo orgánico y mineral provocaba graves enfermedades pulmonares. Desde esos ámbitos originarios de advertencia microclimática del estado del aire, ámbitos de lo más diverso, se llegó entre el siglo XVIII y el XX a ese «descubrimiento de lo evidente», apoyado por el diseño, que indujo a seres humanos en la era de la explicación a intervenir por segunda vez en aquello que está a la mano. En esos campos se desarrollaron atmotécnicas concretas, sin las que no serían imaginables formas modernas de existencia tanto en contextos urbanos como rurales: la popularización de los antes lujosos y señoriales parasoles y paraguas<sup>146</sup>; la instalación de calefacción y ventilación en casas privadas y grandes edificios; la regulación artificial de temperatura y humedad del aire en salas de estar y almacenes; la colocación de neveras en viviendas y la implantación de cámaras frigoríficas fijas o móviles para el transporte y la conservación de alimentos; la política de higiene del aire para entornos laborales en fábricas, minas y edificios de oficinas<sup>147</sup> y, finalmente, la modificación aromático-técnica de la atmósfera, con la que se cumple el tránsito al *air design* agresivo.

*Air design* es la respuesta técnica a la idea fenomenológica, transmitida con retraso, de que el ser-en-el-mundo humano se presenta siempre y sin

excepción como modificación del ser-en-el-aire. Ya que siempre hay algo en el aire, en el transcurso de la explicación atmosférica se va imponiendo la idea de introducirlo uno mismo, por si acaso. En cuanto la dependencia del aire de los seres humanos se articula con carácter general, se impone también una emancipación correspondiente, que exige y consigue la transformación activa del elemento.

Aquí se separa el camino técnico del de los fenomenólogos, que sólo recientemente se preocupan por los medios del arte radical de la descripción, con el fin de explicitar la residencia humana en condiciones generales atmosféricas. En esa vía, Luce Irigaray ha propuesto, incluso, poner entre paréntesis el concepto heideggeriano de *Lichtung* [claro, calvero] y sustituirlo por una rememoración del aire: *Luftung* [aireación] en lugar de *Lichtung*.

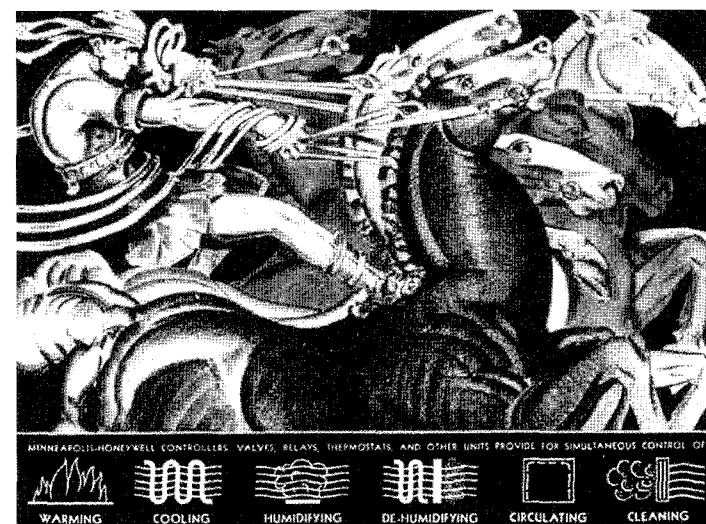
No es la luz la que crea el claro, más bien sucede que la luz llega hasta aquí sólo gracias a la ligereza transparente del aire. Presupone el aire<sup>148</sup>.

El aire constituye una condición de existencia, de la que la autora no se cansa de subrayar lo oculto que permanece en lo impensado e inadvertido (aunque, al hacerlo, apenas preste atención al hecho de que la praxis aerotécnica, incluido el atmoterror, hace tiempo ya que ha declarado esa dimensión, supuestamente impensada, como ámbito de aplicación de procedimientos sumamente explícitos). Como fenomenóloga, insiste en la ilusión, devenida ingenua, encantadora, de que una cosa sólo se hace explícita cuando es elevada a la categoría de tema por filósofos husserlianamente entrenados. En realidad, los técnicos llevan ya cien años de ventaja, trabajando por adueñarse en la práctica de lo pretendidamente impensado. Se refuerza la sospecha: un pensamiento que permanece demasiado tiempo fenomenológicamente anclado, en los límites del mundo fenoménico se convierte en acuarelismo interior y termina en meditación atécnica.

Por el contrario, el *air design* se presenta «frente» al aire en una postura de fuerza práctica. Recoge el relevo de la actitud defensiva, higiénicamente motivada, de la preocupación por el «mantenimiento de la pureza del aire», y somete el aire tematizado a un programa positivo, que lo que propone, en cierto modo, es la continuación del uso privado del perfume por medios públicos. El *air design* apunta inmediatamente a la modificación del estado de ánimo en los usuarios del espacio aéreo; con ello sirve al fin declarado de retener en un lugar a los transeúntes del aire, impo-

niéndoles –inducidos por el olor– ciertas situaciones agradablemente, con el fin de provocar en ellos una mayor asimilación al producto y disposición de compra<sup>149</sup>. La atmósfera *point-of-sale* pasa a ocupar el centro de atención como «instrumento autónomo de marketing». El comercio, sobre todo en el ámbito vivencial del *shopping*, lucha con una *indoor-air-quality-policy* activa por la ligazón afectiva de los clientes tanto al local de venta como al surtido de géneros. Es discutible la estimación jurídica de tales métodos subliminalmente invasivos de crear una «compulsión psicológica a la compra». Si la «aromatización compulsiva» de los clientes la interpretan éstos como intento de manipulación, son posibles y justificables reacciones adversas; en otros casos, las tonalidades olfativas bien elegidas del entorno de venta se entienden como un aspecto bienvenido de una atención al cliente interpretada extensivamente. Por la configuración de entornos respiratorios mediante aire psicoactivo de diseño –especialmente en *shopping malls*, pero también en clínicas, ferias, centros de conferencias, hoteles, mundos de vivencias, centros de *health* y *wellness*, cabinas de pasajeros y lugares semejantes– el principio arquitectura interior se amplía al entorno de la vida, al *environment* de gas y aroma, que de otro modo permanece inadvertido. Los valores-índice de tales intervenciones se deducen de observaciones empíricas sobre el «bienestar olfativo» de los usuarios del espacio aéreo. Al hacerlo se impone el reconocimiento de que las «ofertas olfativas» complejas son preferibles a los «monoaromas». El primer mandamiento de la odor-ética emergente reza: aditivos de esencias al espacio no pueden ser utilizados para ocultar tras una máscara olfativa sustancias nocivas u olores negativos presentes. El *subtrend* hacia la «sociedad-odor-hedonista»<sup>150</sup> se encuadra en la tendencia primaria de la sociedad de consumo al desarrollo de mercados de vivencias y «escenas», en los que se ponen a disposición atmósferas, como situaciones generales compuestas de estímulos, signos y oportunidades de contacto<sup>151</sup>.

No olvidemos que la hoy llamada sociedad de consumo y acontecimiento se inventó en el invernadero, en aquellos pasajes con techo de cristal de comienzos del siglo XIX, en los que una primera generación de clientes vivenciales aprendió a respirar el aroma embriagador de un mundo interior cerrado de mercancías. Los pasajes representan un primer pedáneo de la explicación atmosférico-urbanística: un divertículo objetivo de la disposición «maníacoactiva hogareña», de la que, en opinión de Walter



Publicidad de aire acondicionado, 1934, promete control sobre los seis factores climático-espaciales: calentar, enfriar, humedecer, deshumedecer, circular, purificar.

Benjamin, estaba poseído el siglo XIX. Manía hogareña, dice Benjamin, es el impulso irrefrenable a «crearnos una morada» en entornos discrecionales<sup>152</sup>. Ya en la teoría de Benjamin del interior la necesidad «supratemporal» de la simulación-útero viene expresamente conectada con las formas simbólicas de una situación histórica concreta. El siglo XX, ciertamente, ha mostrado en sus grandes edificaciones lo lejos que se impulsó la construcción de «moradas», más allá de las necesidades de búsqueda de un interior habitable. A los grandes *containers* y colectores<sup>153</sup> del presente, se trate de edificios de oficinas o de *shopping malls*, estadios o centros de conferencias, se les fue exonerando progresivamente de la tarea de fingir calidad de hogar; el encuentro episódico entre gran almacén e invernadero, en el que Benjamin, en hipótesis genial, quiso ver el signo característico de la Modernidad, hubo de volver a deshacerse por las diferenciaciones progresivas de las formas arquitectónicas. Falta todavía un estudio que ofrezca con respecto al siglo XX lo que *Passagen-Werk* se propuso con respecto al XIX. Después de todo lo que sabemos hoy sobre la época, esa obra debería llevar como título: *Air-Condition-Werk*.



#### 100 años de instalaciones de aire acondicionado: 1880-1890

1880: El comedor de un hotel de Nueva York en Staten Island se refrigera haciendo pasar aire sobre hielo.

1889: Alfred R. Wolff, un ingeniero americano, refrigera el Carnegie Hall de Nueva York mediante aire insuflado por encima de bloques de hielo. Sin embargo, este procedimiento no da buenos resultados porque la humedad del aire es demasiado alta. Se instala un sistema de refrigeración de pipeline en las estaciones de metro de Londres, París, Nueva York, Boston y otras grandes ciudades americanas.

1890: La «penuria de hielo», como consecuencia de un invierno caluroso, induce a la industria del hielo americana a dedicarse a métodos de refrigeración mecánica.

1904: Un público más numeroso puede gozar por primera vez de las ventajas de una instalación de aire acondicionado en el pabellón del Estado de Missouri en la St. Louis World's Fair.

1905: Stuart Cramer, un ingeniero textil americano, acuña el concepto «air conditioning», mientras la firma Carrier utiliza el eslogan «Tiempo hecho por el ser humano».

1906: Carrier consigue una primera patente de «un aparato para el tratamiento del aire».

1922: Carrier desarrolla una máquina de refrigeración centrifugadora, el primer método practicable de climatización de grandes espacios.

1928: Carrier produce el primer aparato de aire acondicionado para casas privadas, el «hacedor de tiempo».

1950: Después de los aparatos de televisión, los de aire acondicionado registran la segunda tasa de crecimiento más grande de todos los sectores industriales.

1955: El 5 por ciento de todos los hogares americanos disponen de una instalación de aire acondicionado. El gobierno americano fomenta la instalación de aire acondicionado en edificios estatales.

1979: El presidente Carter declara el estado de emergencia energético y dispone que en los negocios y edificios estatales la temperatura del aire no puede descender más allá de los 40 grados centígrados.

1980: El 55 por ciento de todos los hogares americanos poseen una instalación de aire acondicionado.



El centro comercial construido en 1961 por Víctor Gruen en Camden, New Jersey.

El año 1936 se inscribe en la crónica de la explicación atmosférica estética y teórico-cultural no sólo por el accidente londinense de Salvador Dalí en traje de buzo; el 1 de noviembre del mismo año, el escritor Elias Canetti, entonces de 31 años, pronunció en Viena, con ocasión del 50 cumpleaños de Hermann Broch, un discurso solemne, desacostumbrado por su tono y contenido, en el que no sólo dibujaba un retrato profundo del autor homenajeado, sino que fundaba, por decirlo así, un nuevo género de laudatoria. La originalidad del discurso de Canetti reside en el hecho de cuestionarse de un modo desconocido hasta entonces la conexión entre un autor y su época. Canetti define la estancia del artista en el tiempo como una conexión atmosférica: como un modo especial de inmersión en las circunstancias atmosféricas del presente. Ve en Broch el primer gran maestro de una «poética de lo atmosférico como algo estático»<sup>154</sup> (hoy se hablaría de un arte de inmersión); constata en él la capacidad de hacer perceptible el «espacio estático respiratorio», en nuestro modo de expresión: el diseño climático de personas y grupos dentro de sus espacios típicos.

[...] siempre le importa la totalidad del espacio en que se encuentra, una especie de unidad atmosférica<sup>155</sup>.

Canetti alaba en Broch la capacidad de captar a cada ser humano ecológicamente, por decirlo así: en cada persona reconoce una existencia singular en su propio aire respiratorio, rodeada de una cubierta climática inequívoca, incluida en un «hogar respiratorio» personal. Compara al literato con un pájaro curioso, que posee la libertad de introducirse a hurtadillas en todas las jaulas posibles y llevarse de ellas «muestras de aire». Así, dotado de una «memoria respiratoria» y aérea, extrañamente despierta, sabe qué es sentirse en casa en este o aquel hábitat atmosférico. Dado que Broch se dedica a sus personajes más como creador literario que como filósofo, no los describe como puntos-yo abstractos en un éter general; los retrata como figuras encarnadas, cada una de las cuales vive en su propia envoltura aérea y se mueve entre una multiplicidad de constelaciones atmosféricas. Sólo en vistas a esas multiplicidades, la pregunta por la posibilidad de una creación literaria, «que da forma a partir de la experiencia respiratoria», conduce a una información fructífera:

A ello habría que responder, ante todo, que la multiplicidad de nuestro mundo se compone en buena parte también de la multiplicidad de nuestros espacios respiratorios. El espacio en el que ustedes están ahora, en una disposición muy concreta, casi completamente aislados del entorno, el modo en que se mezcla su aliento formando un aire común a todos... todo ello es, desde el punto de vista del que respira, una situación... absolutamente única. Pero dan unos pasos más allá, y encuentran una situación completamente diferente de otro espacio de respiración diferente... La gran ciudad está tan llena de esos espacios de respiración como lo está de individuos aislados; y así como la disgregación de esos individuos, de los que ninguno es igual a otro, cada uno como una especie de callejón sin salida, constituye el atractivo principal y la principal calamidad de la vida, también se podría quejar uno de igual modo de la disgregación de la atmósfera<sup>156</sup>.

Según esta caracterización, el arte narrativo de Broch se basa en el descubrimiento de las multiplicidades atmosféricas: gracias a ellas la novela moderna consigue superar la presentación de destinos individuales. Su objeto ya no son los individuos concretos en sus acciones y vivencias sino, más bien, la unidad ampliada de individuo y espacio respiratorio (y el ensamblaje de varios espacios de éstos en agregados semejantes a la espuma). Las acciones ya no se desarrollan entre personas, sino entre hogares respiratorios y sus habitantes. Por esta perspectiva ecológica el motivo crítico-ena-

jenante de la Modernidad se coloca sobre fundamentos trastocados: es la separación atmosférica de los seres humanos la que provoca su encierro en el «hogar atmosférico» propio en cada caso; su difícil accesibilidad por gentes de diferentes disposiciones de ánimo, envueltas de otro modo, climatizadas de otro modo, se manifiesta más fundada que nunca. El fraccionamiento del mundo social en zonas de diferente índole, inaccesibles unas para otras, es el análogo moral de la «disgregación de la atmósfera» en microclimas (que, a su vez, siguiendo al autor, corresponde a una disgregación del «mundo de valores»). Dado que Broch, tras su avance por el plano climático-individual y ecológico-personal, había captado cuasi-sistémicamente la profundidad del aislamiento de los individuos modernos, la pregunta por las condiciones de su unión en un éter común, superando la disgregación de la atmósfera, hubo de plantearse con una claridad y apremio para los que (excepto, quizá, el planteamiento análogo de Canetti mismo en *Masa y poder*) no existe nada parangonable, ni en su propio tiempo ni en un momento posterior de la historia de investigaciones sociológicas sobre el elemento de la cohesión social.

En su discurso de 1936 Canetti reconoce en Hermann Broch al amonestador profético frente a una amenaza sin precedentes de la humanidad que se cierne sobre ella, tanto en el sentido metafórico como físico de lo atmosférico:

El mayor de todos los peligros, sin embargo, que ha aparecido en la historia de la humanidad, ha elegido como víctima a nuestra época.

Se trata del desvalimiento de la respiración, del que quiero hablar todavía para finalizar. Es difícil hacerse de él un concepto demasiado grande. A nada está el ser humano tan abierto como al aire. En él se mueve todavía como Adán en el paraíso... El aire es la última propiedad comunal. Les corresponde a todos a la vez. No está repartido con ventajas, incluso el más pobre puede tomar de él...

Y este último bien, que nos era común a todos, ha de envenenarnos a todos en común...

La obra de Hermann Broch se sitúa entre guerra y guerra, entre guerra de gas y guerra de gas. Podría ser que note aún las partículas tóxicas de la última guerra en alguna parte... Pero seguro que él, que sabe respirar mejor que nosotros, ya se asfixia hoy con el gas que a los demás, quién sabe cuándo, nos quitará la respiración<sup>157</sup>.

La patética observación de Canetti muestra cómo la información de la guerra de gas de 1915 a 1918 había sido traducida conceptualmente por los diagnosticadores del tiempo más enérgicos de los años treinta: Broch había comprendido que tras las destrucciones intencionadas de la atmósfera en la guerra química la síntesis social misma comenzó a adoptar, desde cierto punto de vista, el carácter de guerra de gas. La «guerra total», que se anunciaba por partículas químicas e indicios políticos, adoptaría irremisiblemente los rasgos de una guerra del medio ambiente: en ésta la atmósfera misma se convertiría en escenario de la guerra y el aire en un género de arma y un campo de batalla peculiar. Y más aún: desde el aire respirado en común, desde el éter del colectivo, la comunidad, presa del delirio, se hará la guerra de gas a sí misma en el futuro. Cómo vaya a suceder eso es asunto que ha de aclarar una teoría de los «estados crepusculares», sin duda la parte más original, aunque también la que ha quedado más fragmentaria, de las hipótesis de Broch sobre la psicología de las masas.

Estados crepusculares son aquellos en los que los seres humanos, como seguidores de tendencias, se mueven bajo el trance de lo normal. Dado que la guerra total venidera se desarrollará en principio atmoterrorista y ecológicamente (y, con ello, en un medio de total comunicación de masas), intervendrá en la «moral» de la tropa, que apenas podrá diferenciarse ya de la población en general. Por comuniones tóxicas, los combatientes y no combatientes, los gaseados sincrónicamente y los provocados simultáneamente, se mantendrán juntos en un estado crepuscular colectivo. Las masas modernizadas se sienten integradas en una unidad comunista de necesidad, que ha de transmitirles un sentimiento agudo de identidad por medio de la amenaza común. Como especialmente peligrosos se muestran entonces los tóxicos climáticos que emanan de los propios afectados mientras, excitados sin salida alguna, se encuentran bajo campanas de comunicación cerradas: en las patógenas instalaciones climáticas de públicos excitados-unificados los habitantes respiran siempre, y siempre de nuevo, sus propias exhalaciones. Lo que hay ahí en el aire se pone en él por comunicación totalitaria circular: está lleno de sueños de victoria de masas humilladas y de sus autoexaltaciones delirantes, alejadas de la empiria, a las que sigue como una sombra la exigencia de humillación de sus contrincantes. La vida en el Estado mediático se asemeja a la estancia en un palacio de gas animado por tóxicos vivenciales.

Los puntos de vista de Broch no se apoyan sólo, a partir de 1936, en la corta espera de una nueva guerra mundial, de la que suponía el autor que iba a ser conducida, sobre todo, como «gaseamiento» universal mutuo<sup>158</sup>; dependen más aún del diagnóstico teórico-social, según el cual las grandes sociedades modernas, integradas massmediáticamente, han entrado en una fase en la que su existencia-día-a-día ha caído atmosférica y políticamente bajo el dominio de mecanismos psicológicos de masas. Por ello, la *teoría del delirio de masas* hubo de aparecer en el centro del diagnóstico del presente; en ella trabajó Broch, desde 1939, durante todo un decenio.

Desde los años veinte del siglo pasado, permanentes comunicaciones a través de la prensa y la radio son portadores y agentes de estas configuraciones delirantes en colectivos modernos. Actúan en su mayor parte como medios de desinhibición, en los que se hacen verdaderas ciertas frases. El autointoxicamiento de la «sociedad» por la comunicación de masas constituye un fenómeno, cuya aparición observó perseverantemente un contemporáneo de Broch, mayor que él, Karl Kraus, y contra cuyo desarrollo luchó siempre: sólo en febrero de 1936, con el último número de la *Fackel*, y cuatro meses antes de su muerte, Kraus abandonó la lucha contra el «aire de Sodoma»<sup>159</sup>; no olvidemos que ya en el año 1908 se había quejado de las tensiones europeas utilizando la imagen del peor enturbiamiento posible de la atmósfera: «Por todos los rincones penetran los gases procedentes del estiércol del cerebro del mundo, la cultura ya no puede respirar...»<sup>160</sup>.

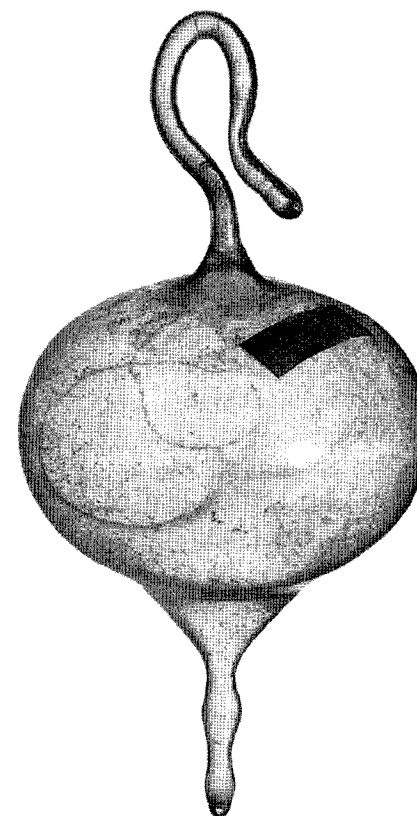
De los efectos de tales medios se dice demasiado poco si se los caracteriza con el término teológico-misionero, secularmente desleído, de «propaganda». Sirven para la inmersión de poblaciones nacionales enteras en climas de lucha estratégicamente producidos; constituyen el análogo informático del modo químico de hacer la guerra. La intuición teórica de Broch captó el paralelismo entre la guerra de gas —como intento de envolver al adversario en una nube tóxica suficientemente densa para su aniquilación física— y la producción de estados de delirio de masas —como intento de sumergir a la población en una atmósfera extática, cargada de anhelos de «supersatisfacciones», suficiente para su autodestrucción—. En ambos casos se crean envolturas, que cautivan a sus víctimas o habitantes, fascinándolos, dentro de una situación general de la que no se puede salir en la práctica: la atmósfera propagandísticamente nacionalizada actúa temporalmente como «sistema cerrado»; el espacio de aire y de signos se extiende, induciendo al trance, en torno a sus habitantes como zona de

una obsesión prescrita. Bajo la campana totalitaria de signos los seres humanos inhalan sus propias mentiras, convertidas en opinión pública, y se mueven, libremente obligados, en una hipnosis oportunista. En el interior de tales atmósferas tóxicas los individuos son reconocibles con mayor énfasis aún como aquello que son también en situaciones más libres: «sonámbulos», que se mueven, como teledirigidos, en el «ensueño diurno social»<sup>161</sup> de sus organizaciones. Sobre los periodistas recae aquí el papel de médicos especialistas en narcóticos, que velan por la estabilidad del trance colectivo. Es lícito suponer que en las imágenes de Broch se percibe un eco de las tesis de Gabriel Tarde sobre el sonambulismo social («... no es en absoluto un desvarío de la fantasía que yo considere a los seres humanos sociales como auténticos sonámbulos»<sup>162</sup>). Los sonámbulos socializados, junto con su provisión de ficciones de libertad e ilusiones críticas, se reúnen bajo consignas y banderas como copropietarios en castillos de aire. Canetti ha expresado esto en otro contexto:

Banderas son viento hecho visible. Son como trozos cortados de las nubes... Los pueblos, como si fueran capaces de dividir el viento, se sirven del suyo para calificar de propio el aire que hay sobre ellos<sup>163</sup>.

De intuiciones de ese estilo despierta en Broch el primer planteamiento de una nueva ética atmosférica, que en su parte «higiénica» se ocupa de la reconducción de los conmovidos a la racionalidad vivible de un «sistema abierto», alias democracia o división de poderes de pánicos e histerias<sup>164</sup>. Comparadas con las tareas de una ética así de lo atmosférico, las democracias de 1939 no sólo vivían en un «mundo de ayer»<sup>165</sup>; todavía hoy están tan ciegas frente a su aguda tendencia a la formación de atmósferas cerradas y a la exaltación de sistemas de delirios de victoria, como si las lecciones psicológico-políticas y morales del siglo XX hubieran tenido lugar siempre y sólo frente a clases vacías<sup>166</sup>.

Marcel Duchamp pasó los días de Navidad de 1919 con su familia en Rouen. La tarde del 27 de diciembre quería ir a Le Havre a bordo del SS *Touraine* para viajar a Nueva York. Poco antes de la salida fue a una farmacia de la rue Blomet, donde convenció al farmacéutico para que tomara de los estantes una ampolla de tamaño medio, abriera su sello, derramara el líquido contenido en ella y volviera después a cerrar el recipiente



Marcel Duchamp, *Aire de Paris*, 1919.

abombado. Una vez en Nueva York, Duchamp entregó la ampolla vacía, que había llevado en su equipaje, al matrimonio de coleccionistas Walter y Louise Arensberg como regalo de visita, con la argumentación de que, como los acomodados amigos ya poseían de todo, a él se le ocurrió traerles 50 centímetros cúbicos de *air de Paris*. Así es como sucedió que un volumen de aire costero francés entrara en la lista de los primeros *ready-mades*. Parece que a Duchamp no le preocupaba que su objeto de aire preparado representara una falsificación desde el principio, puesto que no había sido llenado con aire de París, sino con el de una farmacia de Le Havre. El acto de nominación primó sobre su procedencia real. No obs-

tante, el «original» lo guardaba en el corazón; cuando el hijo de un vecino rompió inadvertidamente en 1949 la ampolla del *aire parisino* de la colección Arensberg, Duchamp hizo que un amigo solícito le procurara de nuevo en Le Havre la misma ampolla en la misma farmacia<sup>167</sup>. Diez años más tarde, en el hall de un hotel de Nueva York, Duchamp declaraba a un entrevistador: «El arte fue un sueño que se ha vuelto inútil. «Paso mi tiempo con toda ligereza, pero no sabría decirle lo que hago... Soy un respirador.»<sup>168</sup>

#### 4 El alma del mundo en agonía o: La emergencia de los sistemas de inmunidad

En la campaña de la Modernidad contra lo sobreentendido, que antes se llamaba naturaleza, el aire, la atmósfera, la cultura, el arte y la vida han caído bajo una presión explicativa, que cambia completamente el modo de ser de esos «datos». Lo que era trasfondo o latencia satisfecha, se ha transferido ahora, con énfasis temático, al lado de lo representado, de lo objetivo, elaborado y producible. En forma de terror, iconoclastia y ciencia han tomado posición tres fuerzas rompedoras de latencia, bajo cuyos efectos se desmoronan los datos e interpretaciones de los antiguos «mundos de la vida». El terror explicita el entorno bajo el aspecto de su vulnerabilidad; la iconoclastia explicita la cultura desde la experiencia de su parodiabilidad; la ciencia explicita la naturaleza primera bajo los puntos de vista de su sustituibilidad por implementos protésicos y de su integrabilidad en procedimientos técnicos; las teorías de sistemas explicitan las sociedades como configuraciones que son videntes para su vista y ciegas para su ceguera.

Relaciones englobantes, que habitualmente podían ser experimentadas al modo de entrega, la participación y la comunión sin reservas, han sido transferidas por la explicación al modo objetivo de darse de las factibilidades y hechos técnicos, sin que los seres humanos pudieran interrumpir, por ello, su estancia en esas «circunstancias» o «medios». Puede que crezca la desconfianza, seguimos inmanentes a lo sospechoso. Estamos condenados al ser-en, aunque los receptáculos y las atmósferas, por los que hemos de dejarnos rodear, ya no es lícito presuponerlos como naturalezas buenas<sup>169</sup>.

Las totalidades circunstanciadas, que no podemos abandonar, a las que ya no podemos confiarnos tampoco sin más, se llaman desde comienzos del siglo XX *entornos* o *medio ambientes* [*Umwelten*]: una acuñación introducida en el discurso de la biología teórica en 1909 por Jakob von Uexküll y que hasta ahora ha seguido un curso equívoco que favorece ocasionalmente conceptos pseudoevidentes<sup>170</sup>. Con la constatación de que vida es ya siempre vida en un entorno –y, con ello, también contra un entorno y en oposición a muchos entornos extraños– comienza la crisis persistente del holismo. La antigua disposición humana a dejarse apresar por las totalidades de proximidad como por los buenos dioses pierde su valor orientativo desde que los alrededores mismos se han convertido en constructos o se han reconocido como tales. El apoyarse cuasi-religioso en lo primario de alrededor –se llame naturaleza, cosmos, creación, situación, cultura, patria o como sea– se presentaría en la era de los tóxicos y de las estrategias como una tentación a ponerse uno mismo en peligro. La explicación avanzada obliga a la ingenuidad a un cambio de significado, más aún, la hace aparecer progresivamente más llamativa, incluso escandalosa; ingenuo es ahora lo que invita al sonambulismo en medio del peligro actual.

Tras la toma de conciencia tanto del primero como del segundo efecto invernal, vivir y respirar bajo cielo abierto no puede ya significar lo mismo que en épocas anteriores. De la inmemorial sensación de patria de los mortales en el aire libre ha surgido algo inquietante, inhabitable, irrespirable. Por la emergencia de la cuestión del medio ambiente el aposemtamiento humano en el medio primario se ha vuelto progresivamente problemático. Después de que Pasteur y Koch descubrieran e impusieran científico-publicistamente la existencia de microbios, la existencia humana tiene que acostumbrarse a habérselas con medidas explícitas para la simbiosis con lo invisible; y, más aún, con la prevención y defensa frente a rivales microbianos, detectables ahora con precisión. Tras los ataques masivos con gas de los alemanes como de las réplicas devastadoras de los aliados, desde 1915, el aire respirable ha perdido su inocencia; desde 1919 pudo regalarse en porciones como *ready made*, desde 1924 proporcionar la muerte a delincuentes como aire de ejecución. Tras la homogeneización de las prensas nacionales durante la guerra mundial la comunicación civil se ha puesto en ridículo desde su propia base, los signos mismos están como embadurnados y comprometidos por su participación en delirios belicistas y carreras de armamento psicosemántico; gracias a la crítica de la re-

ligión, de la ideología y del lenguaje, amplias partes de los entornos semánticos se acreditan como zonas intelectualmente irrespirables; ya sólo sería responsable desde entonces la estancia en espacios que fueran insuflados, renovados y habilitados para vivienda móvil-crítica por el análisis. También la Mona Lisa sonrío de otro modo después de que Duchamp le acomodara el bigote.

En esta situación los sistemas de inmunidad se convierten en tema. Donde todo podría estar latentemente contaminado y envenenado, donde todo es potencialmente falso o sospechoso, la totalidad y el poder-ser-total no pueden deducirse ya de circunstancias exteriores. Ya no puede pensarse más tiempo la integridad como algo que se consigue por entrega a un envolvente benéfico, sino sólo ya como logro propio de un organismo que se preocupa activamente de su delimitación con respecto al entorno. Con ello se abre paso la idea de que la vida no está determinada tanto por la apertura y participación en el todo como por la clausura en sí misma y la negación selectiva a participar. Para el organismo, la mayor parte del mundo que le rodea es veneno o trasfondo insignificante; por eso se establece en una zona de señales y cosas estrictamente elegidas, de las que sólo se habla en tanto círculo propio de relevancia, o sea, justamente en tanto medio ambiente. No se dice demasiado poco cuando se califica esto como la idea fundamental de una civilización post-metafísica o metafísica diferente. Su rastro psicosocial se manifiesta en el shock naturalista, por el que la cultura, ilustrada a sí misma biológicamente, aprende a reorientarse de una ética fantasmática de la coexistencia pacífica universal a una ética de la salvaguardia antagonista de los intereses de unidades finitas: un proceso de aprendizaje en el que el sistema político había conseguido a fuerza de trabajo un nítido paso adelante desde Maquiavelo.

El tema del siglo emerge de la catástrofe de la cultura tradicional y de su moral holística: *making the immun systems explicit*. Tendría que estar claro que la construcción de inmunidad es un acontecimiento demasiado amplio, demasiado contradictorio como para poder ser descrito sólo con categorías médico-bioquímicas. De acuerdo con su naturaleza compleja, a su desarrollo en lo real contribuyen componentes políticos, militares, jurídicos, técnico-aseguradores y psicosemánticos, o, mejor dicho, religiosos<sup>171</sup>. El ocaso de la inmunidad determina las condiciones intelectuales de luz durante el siglo XX. Un aprendizaje de la desconfianza, sin par en la historia del espíritu, cambia el sentido de todo lo que hasta ahora se deno-

minaba racionalidad. Para la inteligencia que se mueve al frente del desarrollo comienzan los años de aprendizaje de la no-entrega.

La primera consecuencia, experimentada de muchos modos pero apenas conceptualizada aún, del primado de la delimitación frente a la participación es la presión creciente del riesgo, que desde comienzos del siglo XX pesa sobre los habitantes y diseñadores de escenarios del mundo actuales. Dado que en la era de la explicación del trasfondo los seres humanos pueden llevar cada vez menos información apriorica intacta sobre su deber-ser-así-cómo-y-dónde, a no ser que hayan nacido entre altas montañas y arraigados invulnerablemente en una de las ya escasas culturas tradicionales, se ven obligados a reconvertir sus orientaciones ancladas implícitamente en el trasfondo en apuestas explícitas. Cuando las obviedades se han vuelto escasas, han de asumir su papel las opciones. Esto inaugura la era de las imágenes electivas del mundo y de las autoimágenes electivas. Se implanta el largo ciclo coyuntural de las llamadas «identidades». Identidad es una prótesis de obviedad en terreno inseguro. Se confecciona según patrones tanto individualistas como colectivistas<sup>172</sup>. En el proyecto de construcción mental de prótesis se expresan tanto la comprensión como la circunstancia de que la producción de supuestos vitales —«hipótesis» directrices de la vida, en el sentido de William James— ya no se deduce primariamente de la herencia cultural, sino que se convierte cada vez más en un asunto de invención nueva y de transformación continuada. De ahí surge el empuje a la tendencia a la individualización de formas de vida. Si admito, mientras vea en ello el hecho sobresaliente de mi vida, que soy corso, armenio o irlandés protestante, no me afectan modernismos de ese tipo; me considero entonces como un *ready made* étnico y me dispongo a realizar apariciones en el bazar de la multiculturalidad. Si es necesario, salgo incluso a la calle para manifestarme en favor de la caza del zorro en Gran Bretaña. Caso de que no me vaya el alineamiento en ese tipo, me debería asegurar de los fundamentos orgánicos concretos en los que quiero permanecer hasta nuevo aviso.

El excesivo interés de los seres humanos modernos por la «salud» sólo se comprende en este contexto: es un fenómeno de tapadera para la demanda de seguridades de trasfondo, que siguen siendo válidas tras la disolución de las latencias naturales y culturales —y tras el empaldecimiento del colorismo regional del carácter<sup>173</sup>—. ¿Dónde si no al fundamento bioló-

gico, supuestamente interior, ha de dirigirse la búsqueda de lo propio, más aún, del núcleo de lo que me pertenece inalienablemente? ¿No es la existencia del propio cuerpo la prueba definitiva de la evolución como historia exitosa, y puedo hacer algo más razonable que orientarme a su poder estar saludable? Con todo, esta búsqueda de lo sólido interior no se libra de la ironía. Precisamente por el interés masivo por la mismidad, anclada biológicamente, los clientes más apasionados del programa identidad-mediante-salud caen en una inseguridad paradójica, hasta llegar al reconocimiento de que no puede haber salud en el pleno sentido de la palabra. Lo que se pierde de vista en el culto a la salud es el papel subversivo que la investigación médica representa en el acontecer explicativo: debido a la búsqueda de los últimos fundamentos de la salud como mínima satisfacción biológica de trasfondo de la existencia tendría que llegarse al descubrimiento y problematización de aquellas estructuras lábiles, finalmente ajustadas, que desde hace aproximadamente cien años llamamos «sistemas de inmunidad» en el sentido bioquímico de la palabra. La localización forzada de seguridad de trasfondo en la propia base corporal revela un estrato de mecanismos de regulación, tras cuya emergencia aparece a la vista la profunda improbabilidad de integridad biosistémica en general.

Con la tematización de los sistemas de inmunidad propios del cuerpo se transforma radicalmente la relación de los individuos ilustrados con las condiciones orgánicas del propio estar saludable o enfermo. Sólo hay que tener en cuenta que se dan luchas ocultas entre agentes patógenos y «anticuerpos» en el organismo humano, cuyos resultados se perfilan como responsables de nuestro estado de salud. Muchos biólogos describen el sí mismo somático como un terreno asediado, que es defendido por tropas fronterizas, propias del cuerpo, con éxito cambiante. Frente a los usuarios de esta terminología de halcones hay una fracción biológica de palomas, que dibuja un cuadro un poco menos marcial del acontecer inmunológico; según éste, el sí mismo y lo extraño aparecen tan ensamblados a niveles profundos que con estrategias demasiado primitivas de delimitación lo que se provoca, más bien, son efectos contraproducentes. Se manifiesta, además, un juego intrincado de emisiones endocrinológicas, que actúan en el umbral entre los procesos bioquímicos inconscientes y la superficie vivencial del organismo. No sólo por su complicación los sistemas de inmunidad confunden el deseo de seguridad de sus propietarios; irritan más aún por su paradoja inmanente, dado que trastocan sus éxitos, cuando son

demasiado profundos, en causas de enfermedad de tipo propio: el universo creciente de las patologías de autoinmunidad ilustra la peligrosa tendencia de lo propio a vencer hasta la muerte en la lucha con lo otro.

No es casual que en las interpretaciones más recientes del fenómeno inmunidad se manifieste una tendencia a conceder a la presencia de lo extraño dentro de lo propio un papel mucho más importante de lo que estaba previsto en las concepciones identitarias tradicionales de un sí mismo organísmico monolíticamente cerrado; casi se podría hablar de un giro postestructuralista en la biología<sup>174</sup>. La patrulla de los anticuerpos en un organismo aparece menos como una policía, que aplica una política rígida de extranjereros, que como una compañía de teatro, que parodia a sus invasores y sale a escena como sus travestidos. Pero, resúmase como se resume la disputa de los biólogos en torno a la interpretación de la inmunidad, quien se interesa con suficiente pormenor por el poder-estar-saludable como estrato fundamental de identidad e integridad personal, más tarde o más temprano aprenderá tanto sobre sus condiciones funcionales que la dimensión bioquímica de inmunidad, como tal, saldrá irritantemente de la latencia e irá creciendo hasta convertirse en el más inquietante de todos los temas de primer plano.

Esto tiene consecuencias para el estatus mental de inmunidad de la «sociedad ilustrada»: ésta no sólo sabe ahora lo que sabe, sino que ha de hacerse, además, una opinión de cómo desea vivir, en cada caso, con los estadios explicativos que ha alcanzado. Se muestra a los modernos con creciente fuerza explosiva que el progreso de la capacidad de saber no se convierte consecuentemente en análogas ventajas de inmunidad. Saber no es precisamente poder, sin más. Cuando, como sucede ahora, se describen o descubren quinientas nuevas enfermedades al año, no por ello crece inmediatamente la seguridad de los habitantes en la orgullosa torre de la civilización. Si se hace balance, a causa de su explicitud creciente (y reprimibilidad limitada), los conocimientos desarrollados sobre la arquitectura de seguridad de la existencia—desde el campo médico hasta el político, pasando por el jurídico—actúan a menudo como desestabilizadores. A causa de los efectos contraproducentes de la explicación avanzada se co-explicita la latencia, como tal, en sus funciones plausibles. Retroactivamente, a quien llega al saber se le vuelve claro lo que tenía de no-saber. Ahora se muestra que estados pre-ilustrados o pre-explicitos pueden ser relevantes inmunológicamente como tales; al menos en el sentido de que la estancia

en lo no desplegado permite, de modo temporal y en algunos aspectos, sacar provecho psíquicamente de ciertos efectos protectores del no-saber. Esto lo reconocieron ya autores antiguos como Cicerón, por ejemplo, que explica: «Ciertamente, la ignorancia de los males futuros es más útil que su conocimiento»<sup>175</sup>. Puede que el descubrimiento de estos contextos esté en conexión directa con la invención de las religiones salvíficas. Sí, quizá lo que la tradición cristiana llamó creencia no fue en principio otra cosa que un cambio de actitud programático, progresivo-regresivo, de un saber debilitante a una ignorancia fortificadora conectada con una ilusión humanitaria. La *vera religio* tuvo éxito ante el trasfondo de la ilustración antigua porque podía ser recomendada como cura sacerdotal-terapéutica de la enfermedad del realismo imperial. Por su forma contrafáctica, la fe ofreció a sus practicantes la oportunidad de aferrarse a un fantasma portador de salvación, aunque fuera en contra de un mejor saber sobre las circunstancias funestas, que ahora se llamaban, audazmente, externas.

Mientras que la conciencia ilustrada parte hoy necesariamente de posibilidades, explícitamente representadas, de fracaso –desde la advertencia, fundada en cifras, frente a riesgos de accidente, riesgos terroristas, riesgos en los negocios, riesgos de cáncer e infarto y otras dimensiones de probabilidades de percance, cifrables con precisión–, la vida no-alarmada, en tanto simpatiza vagamente con su trasfondo y se deja llevar por tradiciones, conserva todavía, a veces, un aura de cobijo en la ingenuidad. Como ilustrado, uno se mofa de ella, pero se envidia también a sus poseedores ocasionalmente, cuando uno mismo hace ya demasiado tiempo que vive en alarma permanente. Ilustración sobre la ilustración se convierte en *management* para daños colaterales del saber. A consecuencia de la ilustración de primera etapa todos nosotros estamos –por tomar una expresión de Botho Strauss– «pronóticamente infestados»<sup>176</sup>.

De todos modos, también se muestra ahora que ninguna conciencia, a causa de la estrechez de su ventana de temas, puede procesar más de uno o dos motivos de alarma al mismo tiempo, de modo que tiene que colocar en el trasfondo la mayoría de los temas de preocupación actualmente explícitos, como si *realiter* no los hubiera. (En la sociedad de multi-alarmas suenan las 24 horas del día varias docenas de campanas al mismo tiempo, aunque la mayoría de las veces conseguimos filtrar una alarma fundamental procesable.) Del juego no-interrumpible del tematizar y destematizar riesgos surge un sustituto funcional, acreditado en la práctica, de la inge-

nuidad: mientras que el ingenuo primario, a causa de la constitución pre-explicita de su conciencia, no podía tener representación adecuada alguna del espacio de riesgos en el que se mueve, navega el moderno en el mismo espacio con una especie de segunda ingenuidad, porque tampoco y precisamente en una zona preparada analíticamente al riesgo es posible considerar a la vez todo lo que habría de ser considerado. Llamamos a la actitud secundaria-ingenua «re-implicación»; se trata de la función-*standby* de temas ya explícitos, pero temporalmente desactualizados. La re-implicación proporciona la prótesis de la confianza; su utilización presupone que de hecho sucede todo lo que puede suceder, aunque sólo esporádicamente y, por regla general, de tal modo que los perjudicados son otros. El lugar típico de la re-implicación es, por lo que respecta a documentos, el archivo, y por lo que se refiere a la experiencia personal, la memoria a largo plazo en estado de no fatiga; el saber potencial de alarma, almacenado ahí, permite al usuario la despreocupación secundaria. Archivos y memorias a largo plazo, suficientemente ordenados, proporcionan un apoyo formal a la segunda latencia<sup>177</sup>.

Poco antes de que Emil von Behring y Schibasaburo Kitasato, ayudantes de Robert Koch en Berlín, en el año 1890, con el descubrimiento y denominación conjuntos de la «antitoxina», una primera manifestación de los anticuerpos, dieran un empuje decisivo al desarrollo de la inmunología médica (en 1883 Ilya Meschnikow ya había expuesto en Mesina la función de los «fagocitos» en el rechazo de intrusos en el organismo), Nietzsche había caído en la cuenta, en sus investigaciones sobre los fundamentos referentes al modo de función de la conciencia humana, de la existencia de un sistema defensivo mental, del que reconoció cómo se coloca eficiente y disimuladamente al servicio de un centro-sí-mismo dominante y de sus necesidades de sentido. Desde este punto de vista puede considerarse a Nietzsche, tras preliminares como los de Mesmer, Fichte, Schelling, Carus y Schopenhauer, el auténtico descubridor del inconsciente operativo. En su obra capital crítico-moral *Más allá del bien y del mal. Preludio a una filosofía del futuro*, que apareció en agosto de 1886, escribe:

La fuerza del espíritu para apropiarse de lo extraño se manifiesta en una fuerte inclinación a asimilar lo nuevo a lo viejo, a simplificar lo diverso, a pasar por alto y rechazar lo totalmente contradictorio. [...] A esa misma voluntad sirve una [...] decisión repentina por la ignorancia, por el cerrojo arbitrario, un cerrar sus



ventanas, un decir-no interior a esta cosa o a aquélla, un no-dejar-que-se-aproximen, una especie de estado defensivo frente a muchas cosas aprendibles, una satisfacción con lo oscuro, con los horizontes que se cierran, un decir-sí y dar por buena a la ignorancia...<sup>178</sup>

Si es lícito imaginar consideraciones de este tipo bajo el título de una *filosofía del futuro* es porque con ellas se consumó la apertura al paradigma inmunológico de la crítica de la razón: a partir de ese umbral opera el pensamiento más allá del «conócete a ti mismo». Según ello parece que hay algo así como supresores de ideas o anticuerpos semánticos, dispuestos a la eliminación de representaciones incompatibles, surgidas del ámbito de la conciencia. Donde había amor a la sabiduría, ha de haber ahora comprensión de las propiedades repelentes y no-integrables de numerosas representaciones verdaderas. La teoría del conocimiento se convierte en una filial científico-cognitiva de la alergología<sup>179</sup>. Con ello tuvo lugar el anticipo hasta entonces más amplio de las formas de racionalidad de la cibernética, que pregunta por las condiciones internas y externas de funcionamiento de las conciencias. A la luz de la inteligencia artificial se vuelve más claro lo que realiza la natural. Sólo protetizamos lo que hemos comprendido con suficiente explicitud; re-evaluamos lo que no se puede protetizar.

Alusiones anticipadas a este tránsito se pueden rastrear en el pensamiento de Nietzsche hasta comienzos de los años setenta; entre ellas sobresale el tratado, conocido póstumamente, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* de 1873: un intento temprano de comprender el pensamiento y el habla humanos, de acuerdo con su función primaria, como la erección de una envoltura de metáforas protectora, que ha de quitar de vista a los sujetos culturales las condiciones temibles y sin fondo de la existencia<sup>180</sup>. Memorable permanece el hecho de que Nietzsche, con el modo inmunológico y alergológico de consideración de procesos racionales, descubriera ya, a la vez, su paradoja: cuando el pensamiento se toma completamente en serio la posibilidad de seguir su propia lógica, se puede incluso emancipar de sus funciones inmunológicas para la vida y tomar partido en contra de los intereses vitales de sus propios portadores. Esto es lo que tenía Nietzsche a la vista en su alegato contra la «metafísica». Un programa fuerte de ilustración debe incluir en el futuro el conocimiento de las paradojas autoinmunitarias del saber y calcular de nuevo los costes de los impulsos idealistas. Nietzsche tenía claro desde el principio que este tipo de

investigación de la autoaplicación de la conciencia ya no vuelve a desembocar en estados de saber tranquilo, más aún, que a partir de ahora la autocontradicción, incluso el autodaño, pertenecen a las premisas, que hay que tener claras, del progreso del conocimiento: la vida filosófica sólo puede justificarse porque se convierte en un autoensayo del cognoscente. Al pensador se le había hecho consciente de qué manera los intereses del conocimiento se separan en este punto de los de la vida. No tenía duda alguna de la fatalidad de la elección<sup>181</sup>. Con respecto a su propia persona estaba decidido a conceder la preeminencia al motivo cognoscitivo frente a la «voluntad de superficie» vital: una preferencia que fue temporalmente ofuscada por las flamígeras metáforas de la afirmación zaratustriana de la vida. Ya en 1872, todavía en el espíritu de Schopenhauer, Nietzsche había escrito: «La naturaleza ha encerrado al ser humano en un cúmulo de ilusiones. Éste es su elemento propio», para sacar la conclusión de que sólo la ruptura con el medio de la ilusión o de las disposiciones legítimamente humanas abre el acceso a la esfera del conocimiento.

Pronto se había hecho Nietzsche ideas adecuadas sobre el precio de esta opción. Habla expresamente de los presupuestos de tolerancia, heroísmo y masoquismo, únicamente bajo los cuales el conocedor suficientemente prevenido frente a sí mismo, endurecido frente a sus propias necesidades, resiste las insinuaciones de su obtusa razón vital: ya no es lícito que le importe a un pensador si una idea se merece el predicado de «utilizable anímicamente». El «mundo como representación inmunitariamente provechosa»: la nueva crítica del conocimiento, biológicamente advertida, se libera de la tutela de la representación usual, dictada por una necesidad crónica de ilusión. En consecuencia, el pensar tendrá más alcance en el futuro que la filosofía: esta última, como amor a la sabiduría, acaba desde el instante mismo en que la sabiduría y la verdad se revelan como magnitudes más repelentes que atractivas. Quien quiere ser teóricamente inmunólogo o –lo que es casi lo mismo entonces– espíritu libre, y a través de ambas cosas declarar como testigo de la filosofía tras el final de aquel ejercicio de armonización de la vieja Europa (y de la vieja Asia) del mismo nombre, tiene que movilizar en sí mismo «una especie de crueldad del gusto y de la conciencia intelectual»<sup>182</sup>: una irreverencia, científica y moral a la vez, que sólo logra quien no se arredra ante la posibilidad de ocasionarse disgustos extremos a sí mismo. El espíritu libre recorre un largo programa de vacunas y bionegatividad.

No extraña que esta explicación autosorprendente de la mecánica mental se estableciera con los moralistas del tardío siglo XVII, cuando éstos idearon una variante mundana del examen religioso de conciencia. Sus puntos de vista fueron asimilados y potenciados por el romanticismo hasta que pudieron ser reformulados por el psicoanálisis y doctrinas emparentadas con él, que, a su vez, en el último decenio del siglo XX dan el relevo a disciplinas como psicolingüística y psiconeuro-inmunología. Todas las formas del saber sobre los aspectos mecánicos de los procesos de pensamiento y sentimiento tienen en común que describen la conciencia humana como el lugar de la separación incesante de lo explícito de lo implícito.

*Consideración intermedia:  
Compulsión luminosa e irrupción  
en el mundo articulado*

*Making the immune systems explicit:* he ahí una de las premisas lógicas y pragmáticas que desde comienzos del siglo XX han de seguir los ciudadanos de la Modernidad si quieren mantenerse conectados con el *modus vivendi* de su tiempo. Pertenece a las características del progreso explicativo el hecho de que desarrolle las disposiciones de seguridad de la existencia –desde el nivel de los anticuerpos y la dietética hasta el Estado social y los aparatos militares– en instituciones, disciplinas y rutinas formalmente aseguradas. Es dudoso si, con ello, proporciona a los seres humanos los medios intelectuales para comprender lo que hacen. Para el dominio de la existencia en el mundo, que se mueve explicativamente, la mayoría no tiene a disposición más que algunas fórmulas retóricas desleídas, con las que puede tematizarse la ambivalencia de la situación inmunológica humana en consideraciones no-técnicas: así, la «sociedad» moderna habla con sensatez dominical, ponderadamente, sobre la «bendición y maldición de los descubrimientos científicos»; va articulando en simposios su fluctuación entre «recelo frente a la técnica y esperanza en la técnica»; en meditación pública recopila ideas sobre el provecho y la desventaja del desencantamiento del mundo para la vida; cavila sobre la cuestión de cuánta intranquilidad y cuánto sosiego habría que equilibrar en el mundo técnico. Estos discursos –si es que son tales– procesan el material de base de la problemática inmunológica tal como se aglomera en las conciencias por las experiencias cotidianas de la modernización.

Según los supuestos de base aquí mostrados, las explicaciones concierren siempre a las palabras y a las cosas a la vez; en este sentido, son analíticas de la realidad y sintéticas de realidad al mismo tiempo. Estimulan el despliegue de los hechos como conexión activa de pasos operativos y giros discursivos. No sólo hacen explícitos supuestos de trasfondo no expresados («inconscientes», desconocidos, incomprensidos), sino que elevan a la existencia manifiesta «realidades» hasta entonces plegadas en la latencia. Si fuera de otro modo, todos los análisis se quedarían sólo en aconte-

que leo el libro como ético empírico e investigador del comportamiento simbólico: es decir, precisamente como historiador. Desde esta condición veo que aquí se ha hecho el intento de narrar la historia del ser humano como historia espacial, más exactamente, como una historia de la creación y organización de espacio. Esto manifiesta la convicción de que los gestos del dar-espacio y tomar-espacio sean los primeros actos éticos. Durante el estudio del libro he desarrollado la sospecha de que el autor ha querido escribir, propiamente, una historia universal de la generosidad y la ha presentado bajo la máscara de una fenomenología de las ampliaciones de espacio. A veces me parecía como si leyese una larga paráfrasis sobre el imperativo categórico según Marcel Mauss que cito con tanto gusto como uno de los padrinos más remotos de nuestra especialidad: hemos de salir de nosotros y realizarnos en regalos, tanto en voluntarios como en obligatorios, pues en ello no hay riesgo alguno.

*El crítico literario.* El mismo autor ha distinguido también, casi en la tradición clásica, entre felicidad y riqueza, al subrayar que si es verdad que los pueblos, las clases, las familias, los individuos, se pueden enriquecer cada uno para sí mismo, sólo consiguen ser felices, sin embargo, cuando aprenden a agruparse en torno a su riqueza común. Como buen francés y socialista lírico, Mauss cita después el mito de los Caballeros de la Mesa Redonda y lo recomienda encarecidamente a los modernos como si fuera tan actual como en los tiempos de Chrétien de Troyes. Ojalá la humanidad se vuelva una comuna artúrica, que lleve el arte del reparto a la altura del tiempo. Presumiblemente el autor del proyecto-*Esferas* no tiene tanto temple caballeresco, incluso podría ser de la opinión de que no basta con mesas redondas.

Pero, al menos, la redondez de la mesa del rey Arturo significó un comienzo, puesto que indica cómo pueden coexistir el derecho de cada individuo a su propia aventura y el honor compartido. Lo esférico se añadirá con suficiente antelación, y con ello todo lo demás que pertenece a estos fragmentos de un lenguaje de la participación.

## Notas

<sup>1</sup> Martin Heidegger, *Einführung in die Metaphysik*, curso de 1935, Tübinga 1953, Frankfurt 1983, pág. 138.

<sup>2</sup> No todos admiten esto. Un autor contemporáneo reconoce: «Un chamán mongol me dijo que una piedra desenterrada del suelo no encuentra paz durante años por ello. Lo considero probable». Martin Mosebach, «Eterna edad de piedra», en: *Kursbuch* 149, Berlín, septiembre 2002, pág. 13.

<sup>3</sup> Cfr. Dietrich Mahnke, *Unendliche Sphäre und Allmittelpunkt*, Halle 1937; Georges Poulet, *Metamorphosen des Kreises in der Dichtung*, Frankfurt/Berlín/Viena 1985, págs. 11-124.

<sup>4</sup> Jean Paul, «Los pensamientos nocturnos del comadrón Walther Viernessel sobre sus perdidos ideales de feto, porque no se había convertido más que en un ser humano», en: *Museum* (1814), sección II, segundo volumen, Darmstadt 2000, págs. 1005 y 1010.

<sup>5</sup> *Esferas II*, *Globos*, Siruela, Madrid 2004, págs. 695-871; este texto ha aparecido mientras tanto como publicación independiente en traducción italiana con el título *L'ultima sfera. Breve storia filosofica della globalizzazione*, Roma 2002; versión alemana muy ampliada, con el título *Im Weltinnenraum des Kapitals*, Frankfurt 2005 [que próximamente publicará Siruela en castellano].

<sup>6</sup> Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín 1969, pág. 175. [*Memorias*, Círculo de Lectores, Barcelona 2002.]

<sup>7</sup> Emmanuel Joseph Sieyès, «¿Qué es el tercer estado?», en: *Politische Schriften 1788-1790*, Múnich/Oldenburgo 1981, págs. 188-189.

<sup>8</sup> Denis Diderot, artículo de la Enciclopedia editada por Diderot y D'Alembert, Frankfurt 1985, selección de Manfred Naumann, entrada «Enzyklopädie», pág. 359.

<sup>9</sup> Marshall McLuhan, *Wohin steuert die Welt?*, Toronto/Viena 1978, pág. 81. En el mismo contexto habla McLuhan de la confusión del centralismo católico por el «espacio oscilante de la Iglesia oral»; *ibidem*, pág. 79.

<sup>10</sup> «Deus est sphaera cuius centrum est ubique, circumferentia nusquam» [«Dios es una esfera, cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna»]. La frase se contextualiza y comenta en *Esferas II*, *Globos*, capítulo 5: «Deus sive sphaera o: El Uno-Todo que estalla», págs. 404-416, especialmente págs. 412-ss.

<sup>11</sup> Marshall McLuhan, «Órgano sexual de las máquinas», entrevista en *Playboy* con Eric Norden (marzo 1969), citado en: *Absolute Marshall McLuhan*, Martin Baltes y Rainer Höltzschl, Friburgo 2002, pág. 37.

<sup>12</sup> Bruno Latour, *Das Parlament der Dinge. Für eine politische Ökologie*, Frankfurt 2001.

<sup>13</sup> Cfr. Roberto Esposito, *Immunitas. Protezione e negazione della vita*, Turín 2002, y *Communitas. Origine e destino della comunità*, Turín 1999; Philippe Caspar, *L'individuation des êtres. Aristote, Leibniz et l'immunologie contemporaine*, París/Namur 1985.

<sup>14</sup> Cfr. Homi K. Bhabha, *Die Verortung der Kultur*, Tubinga 2000; Volker Demuth, *Topische Ästhetik. Körperwelten Kunstwelten Cyberspace*, Würzburg 2002; Hermann Schmitz, *Adolf Hitler in der Geschichte*, Bonn 1999.

<sup>15</sup> Cfr. Bruno Latour, «Gabriel Tarde y el final de lo social», en: *Soziale Welt* 52 (2001), págs. 361-375.

<sup>16</sup> Bruno Latour, *Das Parlament der Dinge, o. c.*

<sup>17</sup> Heinrich Heine, *Buch der Lieder, Lyrisches Intermezzo XLIII*, «Los viejos cuentos advierten», línea final.

<sup>18</sup> Cfr. *Die Vorsokratiker*, griego-alemán, Jaap Mansfeld, Stuttgart 1987, págs. 244-245, fr. 3.

<sup>19</sup> De modo totalmente convencional aún, Wittgenstein dijo de la crítica del lenguaje: «Lo que destruimos son sólo castillos en el aire»; cfr. Ludwig Wittgenstein, *Philosophische Untersuchungen*, Frankfurt 1967, pág. 68. En el mismo espíritu, y sin miedo ante cuadros torcidos, Richard Saul Wurman habla (en: *Information Architects*, Nueva York 1997) de una «gigantesca pleamar de datos», que, como *an incoherent cacophony of foam*, rompe sobre los seres humanos de la era de la información.

<sup>20</sup> G. W. F. Hegel, *Vorlesungen zur Philosophie der Religion, Werke in 20 Bänden*, Frankfurt 1970, volumen 17, pág. 320.

<sup>21</sup> Aristóteles, *Problemata physica*, xxx, I, Darmstadt 1962, pág. 252.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> Aquí seguimos la teoría de lo *decorum* que Heiner Mühlmann ha desarrollado en su libro fundamental *Die Natur der Kulturen. Eine kulturgenetische Theorie*, Viena/Nueva York 1996, págs. 50-97. Para más detalles al respecto véase *infra*, «El ergotopo – Comunidades de esfuerzo e imperios beligerantes», capítulo 1, C, apartado 6, págs. 316-327. Para una versión corta del planteamiento de Brock/Mühlmann cfr. Heiner Mühlmann, «La ecología de las culturas», en: Bazon Brock/Gerlinde Koschik (eds.), *Krieg und Kunst*, Múnich 2002, págs. 39-54.

<sup>24</sup> Sobre todo en la obra del fundador de la neo-fenomenología Hermann Schmitz. Cfr., entre otros, Hermann Schmitz, *Leib und Gefühl. Materialien zu einer philosophischen Therapeutik*, Paderborn 1992, págs. 135-s.

<sup>25</sup> Cfr. Bart Kosko, *Die Zukunft ist fuzzy. Unscharfe Logik verändert die Welt*, Múnich 2001.

<sup>26</sup> Cfr. Gilles Deleuze/Félix Guattari, *Mil plateaux. Capitalisme et schizophrénie* 2, París 1980, capítulo 14: «1440 - le lisse et le strié», págs. 592-625. [*Mil Mesetas*, Pre-Textos, Valencia 1988, capítulo 14: «1440 - Lo liso y lo estriado.»]

<sup>27</sup> Cfr. Ernst Bloch, *Spuren*, Berlín 1930, nueva edición ampliada Frankfurt 1969.

<sup>28</sup> Cfr. Günther Gamm, *Nicht nichts. Studien zu einer Semantik des Unbestimmten*, Frankfurt 2000, y *Flucht aus der Kategorie. Die Positivierung des Unbestimmten als Ausgang aus der Moderne*, Frankfurt 1994.

<sup>29</sup> Cfr. Vladimir Jankélévitch, *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien*, París 1957, nueva edición en tres tomos, París 1980.

<sup>30</sup> Cfr. Yve-Alain Bois/Rosalind Kraus, *L'informe. Mode d'emploi*, París 1996.

<sup>31</sup> Para la fuente de la expresión, que Hans-Jürgen Heinrichs acuñó *ad hoc* en una conversación, cfr. Hans-Jürgen Heinrichs/Peter Sloterdijk, *Die Sonne und der Tod. Dialogische Untersuchungen*, Frankfurt 2001, pág. 247. [*El sol y la muerte*, Siruela, Madrid 2004.]

<sup>32</sup> Véase *infra*, capítulo 1, «Insulamientos. Para una teoría de las cápsulas, islas e invernaderos», apartado A, «Islas absolutas», págs. 244-260.

<sup>33</sup> Hesíodo, *Theogonie. Werke und Tage*, griego y alemán, edición y traducción de Adalbert von Schirnding, Darmstadt 1991, págs. 20-21, versos 188-202. El poema didáctico habla en los versos precedentes de cómo la madre primordial Tierra, Gea, intentó convencer a sus hijos de vengarse de su cónyuge, un déspota y maltratador de niños, una tarea a cuyo desempeño sólo se prestó, finalmente, entre todos los vástagos titubeantes, el más joven de los titanes, Cronos; la perpetró con el «acero brillante», fabricado por Gea y forjado como una enorme hoz de agudos dientes, castrando con él al padre cuando se tendió en la oscuridad sobre la diosa (*o. c.*, versos 154-182).

<sup>34</sup> *Ibidem*, versos 197-198.

<sup>35</sup> En la mitología india aparece un motivo análogo en torno al dios danzante Shiva Nataraja; de los bucles extáticamente sacudidos del dios surgen las aguas, chispeantes en espuma, del río divino; donde caía una gota de espuma surgía un centro de peregrinación; cfr. Helmut Maassen, «El dios danzante», en: Rolf Elberfeld/Günter Wolfart, *Komparative Ästhetik. Künste und ästhetische Erfahrungen zwischen Asien und Europa*, Colonia 2000, pág. 113.

<sup>36</sup> Heinrich Zimmer ofrece una interpretación y reproducción libre de las diversas tradiciones en su libro *Maya. Der indische Mythos*, Frankfurt 1978 (primero Stuttgart y Berlín 1936), bajo el título «El batido del mar de leche», págs. 127-147.

<sup>37</sup> *The Mahabharata*. Traducción de Pratap Chandra Roy, Nueva Delhi 1970, volumen I, sección 18, págs. 59-60. El nombre del veneno significa probablemente cumbre (*kuta*) de la muerte (*kala*); según la interpretación de Heinrich Zimmer, significa «la quintaesencia del veneno mortal del mundo»; fue bebido por el dios Shiva y conservado en la garganta, por lo que también lleva el apodo de Nilakantha, Garganta-azul.

<sup>38</sup> *Le Ramayana de Valmiki*. Edición a cargo de Madelaine Biarreau, París 1999, págs. 87-88.

<sup>39</sup> No sin razón la edición francesa del Ramayana traduce la expresión sánscrita «batida» (*manthá*) por «baratage», hacer mantequilla. Cfr. también Amritabindu Upanishad 20: «Como la mantequilla está oculta en la leche, así descansa la conciencia pura (*vijnanam*) en cada ser, sirviendo el entendimiento de batidor».

<sup>40</sup> Charles Vernon Boys, *Soap Bubbles. Their Colours and Forces Which Mould Them* (1890), Nueva York 1959.

<sup>41</sup> Cfr. Sidney Perkowitz, *Universal Foam. From Cappuccino to the Cosmos*, Nueva York 2000; para la ramificación de burbujas cósmicas véase la figura de: *Esferas II, Globos*, pág. 124.

<sup>42</sup> Lynn Margulis, *Die andere Evolution*, capítulo 5: «Nacida de la espuma», págs. 89-108, Heidelberg/Berlín 1999, págs. 92-93.

<sup>43</sup> Para la hipótesis de la espuma/emulsión de la zoogénesis cfr. Harold Morowitz, *Maryonaise and the Origine of Life: Thoughts of Minds and Molecules*, Woodbridge, Conn. 1985. Sobre el papel, recientemente entendido, de burbujas de aire en el intercambio gaseoso entre los océanos y la atmósfera terrestre cfr. el informe de los investigadores marinos Grant Deane y Dale Stokes en la revista *Nature* 418, 2002, págs. 839-ss. Las aplicaciones técnicas del principio espuma son sorprendentemente numerosas: a sus manifestaciones más populares pertenecen productos de tahona como el pan y los pasteles, de los que pocas veces se tiene claro que constituyen espumas semiconsistentes, basadas en una inflación de celdillas de

aire en la masa, producida por el calor. El gesto de remover la masa es la huella de la aphanogenia más cotidiana. La modernización de los materiales de construcción ha producido una plétora de espumas artificiales, que va desde los conocidos materiales espumosos PVC artificiales hasta las espumas de metal y otras espumas consistentes de vidrio, piedra, cerámica y cosas semejantes. Por la introducción de los aerogeles se ha producido una innovación elegante en el campo de las tecnologías de espumas. Por lo que respecta a la arquitectura moderna, se inspira de múltiples maneras en la potencia conformadora de espacio de las estructuras espumosas. Éstas, junto con el geometrismo y el organomorfismo de la Modernidad, constituyen, por decirlo así, un tercero: el camino mimético-natural de la arquitectura moderna.

<sup>44</sup> Desarrollados en: *Esferas I, Burbujas*, Siruela, Madrid 2003.

<sup>45</sup> Del tema de las pluralidades celulares nos volvemos a ocupar más abajo, en el capítulo 2, «Indoors. Arquitecturas de la espuma», apartado B, «Construcción celular, egosferas, autocontainer», págs. 432-ss.

<sup>46</sup> Cfr. Georg Simmel, «La sociedad de a dos» (1908), en: *Aufsätze und Abhandlungen 1901-1908*, volumen II, Frankfurt 1993, págs. 348-ss.

<sup>47</sup> Para el tema del fogón como paso del espacio *quasi* surreal de la diada conyugal al espacio físico, social y cultural de la vida hogareña, cfr. *Esferas II, Globos*, capítulo 2, «Recuerdos-receptáculo. Sobre el fundamento de la solidaridad en la forma inclusiva», págs. 173-218, 204-ss.

<sup>48</sup> Sobre el espacio radiocrático o imperial, cfr. *Esferas II, Globos*, capítulo 7, «Cómo a través del medio puro el centro de las esferas actúa en la lejanía. Para una metafísica de la telecomunicación», págs. 581-ss.

<sup>49</sup> Cfr. Slavoj Žižek, «Bienvenidos al desierto de lo real», en: *Die Revolution steht bevor. Dreizehn Versuche über Lenin*, Frankfurt 2002, pág. 147; como un eco de ello pueden leerse las reflexiones de Erica Jongs sobre el primer aniversario del 11 de septiembre de 2001, que giran en torno a la tesis de que Estados Unidos nunca ha sido inmune de verdad y que sólo era jactancia el creérselo. En un sentido crítico semejante ha definido Vilém Flusser el concepto de patria como domicilios circundados de misterio. Cfr. Vilém Flusser, *Von der Freiheit des Migranten. Einsprüche gegen den Nationalismus*, Bensheim 1994, págs. 15-30.

<sup>50</sup> Peter Fuchs, *Das seltsame Problem der Weltgesellschaft: Eine Neubrandenburger Vorlesung*, Opladen 1997.

<sup>51</sup> Cfr. para esto *infra* el capítulo «Tránsito. Ni contrato, ni organismo. Aproximación a las multiplicidades-espacio, que, lamentablemente, se llaman sociedades», págs. 202-ss.

<sup>52</sup> Para esa expresión cfr. Gabriel Tarde, *Die Gesetze der Nachahmung* (1890), Frankfurt 2003, págs. 25-60; cfr. ahí también las expresiones «radiación imitativa», *rayonnement imitatif*, e «imitación contagiosa», *contagion imitative*, pág. 67.

<sup>53</sup> Volker Grassmuck, «Solo, pero no solitario» – La generación-otaku. Sobre algunas tendencias nuevas en la cultura popular y mediática japonesa», en: Norbert Bolz/Friedrich Kittler/Christoph Tholen, *Computer als Medium*, Múnich 1994, pág. 283.

<sup>54</sup> Que puede representarse, como haremos más tarde, como auto-emparejamiento, cfr. capítulo 2, «Indoors. Arquitecturas de la espuma», apartado B, «Construcción celular, egosferas, autocontainer», págs. 443-459.

<sup>55</sup> Jakob von Uexküll, *Kompositionslehre der Natur*, Frankfurt/Berlín/Viena 1980, pág. 355.

<sup>56</sup> Johann Gottfried Herder, *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit*, Frankfurt 1967, pág. 44.

<sup>57</sup> Pierre Lévy, *Die kollektive Intelligenz. Eine Anthropologie des Cyberspace*, Mannheim 1997, pág. 172.

<sup>58</sup> Citado según: Maurice Besset, *Le Corbusier*, Ginebra 1987, pág. 98.

<sup>59</sup> Cfr. Martin Heidegger, *Sein und Zeit* (1927), Tubinga 1967, §§ 29 y 30. [*El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1989.]

<sup>60</sup> Cfr. Hermann Schmitz, *Adolf Hitler in der Geschichte, o. c.*, págs. 21-31; 377-404.

<sup>61</sup> Sobre la necesidad de domesticidad integral del ser humano cfr. Hugh Miller, *Progress and Decline. The Group in Evolution*, Oxford 1964, págs. 173-213. Tilman Allert, *Die Familie. Fallstudien zur Unverwüstlichkeit einer Lebensform*, Berlín/Nueva York 1998.

<sup>62</sup> Cfr. *Esferas II, Globos*, págs. 715-725, así como Peter Sloterdijk/Hans-Jürgen Heinrichs, *Die Sonne und der Tod. Dialogische Untersuchungen, o. c.*, págs. 190-ss.

<sup>63</sup> Johann Wolfgang Goethe, *Maximen und Reflexionen*, n.º 501.

<sup>64</sup> Cfr. Robert B. Brandon, *Making It Explicit. Reasoning, Representing and Discursive Commitment*, Boston 1994; alemán bajo el título desafortunado de *Expressive Vernunft*, Frankfurt 2000.

<sup>65</sup> Uno de los pocos autores que tuvieron en cuenta esta situación fue Karl Rahner SJ, quien explicaba en su artículo «El experimento ser humano. Perspectiva teológica de la automanipulación del ser humano»: «Tiene que querer ser el ser humano operable, aunque aún queden oscuras a lo lejos la dimensión y el modo correcto de esa automanipulación». En: *Die Frage nach dem Menschen. Aufriss einer philosophischen Anthropologie*, escrito en homenaje a Max Müller con ocasión de su sesenta cumpleaños, Friburgo/Múnich 1966, pág. 53.

<sup>66</sup> Cfr. al respecto la «Consideración intermedia: Compulsión luminosa e irrupción en el mundo articulado», en especial las referencias a la concepción de la articulación en Bruno Latour, págs. 169-ss.

<sup>67</sup> Eric Alliez, en su libro *De l'impossibilité de la phénoménologie. Sur la philosophie française contemporaine*, París 1995, lanza una mirada retrospectiva serena a la constelación fenomenológica y a su disolución.

<sup>68</sup> Véanse págs. 485-497.

<sup>69</sup> *Monadología*, 61: «Mais une Ame ne peut lire en elle-même que ce qui y est représenté distinctement, car elle ne sauroit développer tout d'un coup tous ses replis, car ils vont à l'infini». Si el plegamiento de lo sabido implícita u oscuramente por el alma llega hasta el infinito, no hay perspectiva alguna de llegar a un saber completamente explícito; éste está reservado a Dios, al intelecto humano le pertenece un progreso de conciencia de explicitud creciente, pero siempre insuficiente.

<sup>70</sup> Se pueden remontar los orígenes de la defensa moderna del primado de la percepción al menos hasta la crítica de Goethe de la cosmovisión científico-natural; cfr. Albrecht Schöne, *Goethes Farbtheologie*, Múnich 1987; Ursula Schuh, «Die Sinne trügen nicht»: *Goethes Kritik der Wahrnehmung als Antwort auf virtuelle Welten*, Stuttgart/Berlín 2000.

<sup>71</sup> El concepto «Ge-stell» (engranaje, armazón, estructura de emplazamiento) de Heidegger recoge algo de la anomalía de los estados de cosas forzados a aparecer, que no aparecen por sí mismos. Manifiesta un sentido para lo monstruoso en lo recién-desocultado, por

consigniente para la violación de lo oculto, que tiene que darse a conocer por la investigación y que, en cuanto cae en la coacción de la visibilidad, o sea, en la publicidad, significa algo completamente diferente que la presencia de una «cosa» natural en el entorno próximo o que el estar abierto de un paisaje habitual a miradas panorámicas amplias.

<sup>72</sup> *Scale up*: Transferencia de modelos en la técnica de procedimientos, Weinheim 2000.

<sup>73</sup> Cfr. Peter Galison, *Image and Logic. A Material Culture of Microphysics*, Chicago 1997.

<sup>74</sup> La forma hasta ahora más fuerte de una teoría rotada, en ese sentido, la ofrece, a nuestro entender, Heiner Mühlmann, *Die Natur der Kulturen. Entwurf einer kulturgenetischen Theorie*, Viena/Nueva York 1996.

<sup>75</sup> Hermann Broch, Frankfurt 1976, pág. 103.

<sup>76</sup> Al mencionar estos datos seguimos el relato de Dieter Martinetz, *Der Gas-Krieg 1914-1918. Entwicklung, Einsatz und Herstellung chemischer Kampfstoffe. Das Zusammenwirken von militärischer Führung, Wissenschaft und Industrie*, Bonn 1996; variantes de poca importancia en indicaciones del lugar así como en datos temporales y cuantitativos se encuentran en la monografía de Olivier Lepick, *La grande guerre chimique: 1914-1918*, París 1998.

<sup>77</sup> Jean-Jules Henry Mordacq, *Le drame de l'Yser*, París 1933, citado por Rudolf Hanslian (ed.), *Der chemische Krieg*, tercera edición, Berlín 1935, págs. 123-ss.

<sup>78</sup> Cfr. Martinetz, o. c., págs. 23-ss.

<sup>79</sup> Fritz Haber (1868-1934) fue también durante la guerra director de una ponencia dedicada a «Asuntos de la lucha con gas» en el Ministerio de la Guerra. Por ser judío tuvo que abandonar Alemania en 1933, después de que todavía en el verano del mismo año parece que asesorara a la Dirección militar del Reich sobre la reintroducción de un arma de gas. Tras una estancia en Inglaterra, murió el 29 de enero de 1934 en Basilea cuando se encontraba de camino a Palestina. Algunos de sus allegados murieron en Auschwitz. En la ciencia militar se ha mantenido el recuerdo del llamado producto de letalidad haberiano, que resulta multiplicando la concentración tóxica por el tiempo de exposición (producto c x t). La concesión del Premio Nobel de Química en el año 1918 a Haber por su descubrimiento de la síntesis del amoníaco levantó fuertes protestas en Inglaterra y Francia, donde su nombre se asociaba, ante todo, a la organización de la guerra química.

<sup>80</sup> Citado por Martinetz, o. c., pág. 24.

<sup>81</sup> Cfr. *infra*, págs. 514-ss.

<sup>82</sup> «You take my life / When you do take the means whereby I live». *El mercader de Venecia*, acto IV, escena 1.

<sup>83</sup> Cfr. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, Frankfurt 1970, págs. 431-ss. [*Fenomenología del espíritu*, FCE, Madrid 1981.] Según Hegel, en el terror se realiza la «rigidez discreta, absoluta, dura y la puntualidad obstinada de la autoconciencia real... Por eso, la única obra y actuación de la libertad universal es la muerte, y ciertamente una muerte que no tiene consumación ni alcance interior alguno; puesto que lo que se niega es el punto inconsumado del sí-mismo absolutamente libre; es, pues, la muerte más fría, más trivial, sin más sentido que cortar una cabeza de col o beber un trago de agua» (*ibid.*, pág. 436).

<sup>84</sup> Cfr. al anarquista alemán idealista Johann Most, que inventó la idea de la carta-bomba; así como: Albert Camus, *L'homme révolté*, París 1951, que acentúa la diferencia entre terror individual y terrorismo estatal. [*El hombre rebelde*, Alianza Editorial, Madrid 2005.]

<sup>85</sup> Cfr. Joachin Fest, *Hitler. Eine Biographie*, Múnich 2000, pág. 205. [*Hitler*, Planeta, Barcelona 2005.]

<sup>86</sup> Dado que ambos bandos eran conscientes de atentar contra el derecho de guerra, renunciaron a formular protesta ante los gobiernos enemigos por la utilización de gases tóxicos. El falso argumento de Haber, de que en el caso del cloro no se trataba de un gas tóxico sino sólo de un gas irritante, y que, por ello, no le competía la prohibición de la Convención de La Haya, se ha mantenido hasta en la más reciente apologética nacional-alemana.

<sup>87</sup> Cfr. Jörg Friedrich, *Das Gesetz des Krieges: das deutsche Heer in Russland 1941-1945. Der Prozess gegen das Oberkommando der Wehrmacht*, Múnich 1993.

<sup>88</sup> Este efecto fue anticipado por la utilización masiva de proyectiles altamente explosivos: cfr. Niall Ferguson, *Der falsche Krieg. Der Erste Weltkrieg und das 20. Jahrhundert*, Múnich 2001, pág. 290: «La fuerza de las granadas tenía que suplir la falta de exactitud».

<sup>89</sup> Explicaremos después cómo, desde nuestro punto de vista, la teoría del delirio de masas de Hermann Broch fue la segunda ciencia nueva del siglo; cfr. *infra*, págs. 145-ss.

<sup>90</sup> Sobre la génesis de una nefología (o, por hablar con Thomas Mann, de una teoría de las «movilidades superiores») más despejada a comienzos del siglo XIX informa la monografía de Richard Hamblyn *Die Erfindung der Wolken. Wie ein unbekannter Meteorologe die Sprache des Himmels erforschte*, Frankfurt 2001. Las derivaciones más importantes desde el punto de vista de las ciencias humanas del fenómeno de la propaganda bélica y de su superación en la comunicación de masas intoxicante se encuentran en la teoría del delirio de masas o de la psicosis colectiva de Hermann Broch, véase *infra*, págs. 145-ss.

<sup>91</sup> Cfr. Martinetz, o. c., pág. 93.

<sup>92</sup> Llamado así por Fritz Haber a causa de los científicos responsables, el Dr. Lommel (Bayer, Leverkusen) y el profesor Steinkopf (colaborador de Haber en el Instituto Kaiser-Wilhelm para Química física y Electroquímica de Dahlem, durante la guerra: «Instituto Militar Prusiano»). Ese gas de combate fue llamado también *mustard gas* (gas mostaza) a causa de su olor, o material de los hunos, por su efecto devastador, o bien yperita [o iperita], por su primer lugar de utilización [Ypres o Ieper].

<sup>93</sup> Sobre la no utilización del arma-gas en la Segunda Guerra Mundial cfr. Günther Gellermann, *Der Krieg, der nicht stattfand. Möglichkeiten, Überlegungen und Entscheidungen der deutschen Obersten Führung zur Verwendung chemischer Kampfstoffe im Zweiten Weltkrieg*, Coblenza 1986.

<sup>94</sup> Cfr. Martinetz, o. c., pág. 70.

<sup>95</sup> Para la expresión sombra-estrés cfr. Heiner Mühlmann, *Die Natur der Kulturen*, o. c.

<sup>96</sup> No carece en absoluto de sentido, por el contrario, la toma de medidas de naturaleza policial y, en caso necesario, militar contra grupos definidos, adscritos a la utilización de la violencia contra instituciones, personas y símbolos.

<sup>97</sup> Tampoco del lado alemán fue un estreno absoluto en la guerra de gas el ataque con gas de cloro de Ieper; ya en enero de 1915 se había probado en el frente oriental la granada de gas, llamada T 12, y utilizado en marzo en el frente occidental, cerca de Nieuport.

<sup>98</sup> El exterminismo representa una simplificación del sadismo descrito clásicamente por Sartre; en él, lo que importa no es ya apropiarse de la libertad del otro, sino liberar el propio medio ambiente de la libertad del otro.

<sup>99</sup> Intoxicación, tanto en sentido literal como figurado. El 4 de agosto de 2002, el teledia-

rio de la noche de la ARD mostró una entrevista con una mujer joven en la playa de Tel Aviv, que, ante el atentado suicida de un palestino en un autobús israelí, preguntaba: «¿Tenemos que dejar de respirar?».

<sup>100</sup> Citado según: Jürgen Kalthoff/Martin Werner, *Die Händler des Zyklon B. Tesch & Stabenow. Eine Firmengeschichte zwischen Hamburg und Auschwitz*, Hamburgo 1998, pág. 24.

<sup>101</sup> *Ibid.*, pág. 25.

<sup>102</sup> Considerando que un añadido así hubiera sido contraproducente para los fines de la exterminación humana, a los departamentos de higiene de Auschwitz, Oranienburg y otros campos de concentración se les suministró una variante de ciclón B, sin ese componente de advertencia.

<sup>103</sup> Cfr. Kalthoff/Werner, *o. c.*, págs. 56-ss. y 241.

<sup>104</sup> *Ibid.*, págs. 45-102.

<sup>105</sup> *Ibid.*, pág. 109.

<sup>106</sup> El gas de guerra Sarin (T 144) fue sintetizado en 1938 en el departamento de investigación de la I. G. Farben, dirigido por el Dr. Gerhard Schrader. Su toxicidad es más de treinta veces superior a la del ácido cianhídrico; con suficiente tiempo de exposición un gramo de Sarin bastaría para matar hasta a mil seres humanos.

<sup>107</sup> Cfr. Haruki Murakami, *Underground. The Tokyo Gas Attack & the Japanese Psyche*, Londres 2001. El escritor Josef Haslinger ha proporcionado una variante austroterrorista de estos sucesos: en su novela policíaca *Opernball*, Frankfurt 1995, juega con la idea de que un edificio de las medidas de la Ópera de Viena pudiera ser ocasionalmente transformado en una gran cámara de gas por un grupo de criminales.

<sup>108</sup> Elias Canetti, *Das Gewissen der Worte. Essays*, Frankfurt 1981, pág. 23.

<sup>109</sup> Cfr. Götz Aly, «Endlösung»: *Völkerverschiebungen und der Mord an den europäischen Juden*, Frankfurt 1995, pág. 374. Sólo recientemente se han analizado frases-hate-speech de ese tipo de manera lingüística y filosófico-moralmente adecuada. Cfr. Judith Butler, *Hass spricht. Zur Politik des Performativen*, Berlín 1998.

<sup>110</sup> Cfr. Wim Klever (ed.), *Die Schwere der Luft in der Diskussion des 17. Jahrhunderts*, Wiesbaden 1997; Steven Shapin/Simon Schaffer, *Leviathan and the Air Pump. Hobbes, Boyle and the Experimental Life*, Princeton 1985; la *Macrobótica*, 1796, de Christoph Wilhelm Hufeland ya se refiere a la conexión entre calidad de aire y esperanza de vida.

<sup>111</sup> J. G. Herder, *Schriften. Eine Auswahl aus dem Gesamtwerk*, Walter Flemmer ed., Múnich 1960, págs. 78-79, cursiva nuestra.

<sup>112</sup> Cfr. en este volumen, en el capítulo 3: «Impulso hacia arriba y mimo. Para una crítica del humor puro», el apartado 2: «La ficción del ser-de-carencias», págs. 529-538.

<sup>113</sup> Cfr. Friedrich Nietzsche, *Briefe, Sämtliche Briefe, Kritische Studienausgabe*, volumen 6, Múnich 1986, pág. 140. A Franz Overbeck, 14 de noviembre de 1881: «[...] pero esa meteorología médica... es desgraciadamente una ciencia que está todavía en su infancia y, por lo que a mí me importa, sólo una docena de interrogantes más. Quizá se sepa más ahora; yo tendría que haber estado en la exposición de la electricidad en París, en parte para aprender las últimas novedades, en parte como objeto de la exposición: pues como olfateador de cambios eléctricos y como profeta del tiempo, según se dice, compito con los monos y soy probablemente una "especialidad"».

<sup>114</sup> Cfr. Rudibert Kunz/Rolf-Dieter Müller, *Giftgas gegen Abd el Krim. Deutschland, Spanien und der Gaskrieg in Spanisch-Marokko 1922-1927*, Friburgo 1990; en este libro se encuentran detalles pormenorizados sobre la participación de químicos de guerra y firmas alemanas en la primera guerra aeroquímica, en la que guerreros a caballo procedentes de la población montañesa de las cabilas del Rif fueron abatidos mediante bombas de ácido cianhídrico y de gasolina.

<sup>115</sup> Ya en 1950 Carl Schmitt hablaba del «puro carácter destructivo de la guerra aérea moderna», en: *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*, Berlín 1988, pág. 298.

<sup>116</sup> Un indicio, entre muchos, de esto es la utilización de medios bélicos manifiestamente terroristas como el napalm por la US Air Force en la guerra de Vietnam, así como el lanzamiento de la temida bomba rompedora de pulmones, la Blue 82 Commando Vault, alias *Daisy Cutter* (una bomba de nitrato de amoníaco de 5,7 toneladas), sobre la infantería iraquí y los guerreros afganos.

<sup>117</sup> Cfr. Jörg Friedrich, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Múnich 2002.

<sup>118</sup> Jörg Friedrich, *o. c.*, pág. 358.

<sup>119</sup> Para un detallado relato posterior de lo acontecido entre el 13 y el 15 de febrero de 1945 cfr. Götz Bergander, *Dresden im Luftkrieg. Vorgeschichte, Zerstörung, Folgen*, Weimar/Colonia/Viena 1994, especialmente págs. 112-231; así como Jörg Friedrich, *o. c.*, págs. 358-ss.

<sup>120</sup> De todos modos, ya para la noche del incendio de Hamburgo se citan 41.000 muertos. La cifra «oficial» de las víctimas de Dresde le parece intuitivamente a un testigo ocular como Götz Bergander demasiado baja, aunque admite como historiador que faltan las pruebas para cifras más elevadas, por muy plausibles que parezcan subjetivamente y dentro de la dinámica de la exageración.

<sup>121</sup> Si se añaden los enfermos por radiación que murieron hasta finales de 1945, o, mejor dicho, hasta el primer aniversario del lanzamiento de las bombas, se llega a 151.000 para Hiroshima y 70.000 para Nagasaki.

<sup>122</sup> Durante la fiesta conmemorativa de la paz en Hiroshima, el 6 de agosto de 2001, se cifró el número total de víctimas, añadidos los muertos por secuelas posteriores (lo que pierde en plausibilidad tras más de medio siglo), en 221.893, de las cuales aproximadamente 123.000 eran hombres y 98.500 mujeres.

<sup>123</sup> Andrew S. Grove, *Nur die Paranoiden überleben: strategische Wendepunkte vorzeitig erkennen*, Frankfurt 1994.

<sup>124</sup> Ken Alibek/Stephen Handelman, *Biohazard. The Chilling True Story of the Largest Covert Biological Weapons Program in the World - Told from the Inside by the Man Who Ran it*, Nueva York 1999, págs. 25-28.

<sup>125</sup> Cfr. Werner Marx, «El "lugar" para la medida. La torsión del subjetivismo», en: *Gibt es auf Erden ein Mass? Grundbestimmungen einer nichtmetaphysischen Ethik*, Hamburgo 1983, págs. 63-85.

<sup>126</sup> Martin Heidegger, *Zur Erörterung der Gelassenheit. Aus einem Feldweggespräch über das Denken*, 1944/1945, en: *Gesammelte Werke* 13, pág. 47.

<sup>127</sup> Hermann Schmitz, en su doctrina de las «situaciones inclusoras», enlazó con el contenido positivo del concepto «habitar»; cfr. Hermann Schmitz, *Adolf Hitler in der Geschichte, o. c.*

<sup>128</sup> Cfr. Jeane Manning/Nick Begich, *Löcher im Himmel. Der geheime Ökokrieg mit dem Ionosphärenheizer HAARP*, Frankfurt 1996.

- <sup>129</sup> *Ibid.*, págs. 231-ss.
- <sup>130</sup> Cfr. Ian Gibson, *Salvador Dalí. Die Biographie*, Stuttgart 1998, pág. 378.
- <sup>131</sup> Salvador Dalí, *Dalí*, Rastatt 1988, págs. 229-s.
- <sup>132</sup> Salvador Dalí, *La Conquête de l'Irrationnel*, 1935; alemán en: Salvador Dalí, *Gesammelte Schriften*, Múnich 1974, págs. 268-279. [«La conquista de lo irracional», *Obra completa*, volumen IV, Ensayos I, Juan José Lahuerta (ed.), Destino, Barcelona 2005, págs. 403-419.]
- <sup>133</sup> Marshall McLuhan, *Die magischen Kanäle. Understanding Media*, Düsseldorf y Viena 1968, pág. 139.
- <sup>134</sup> André Breton, *Manifeste du surréalisme*, París 1962, pág. 155. [*Manifestos del surrealismo*, Visor Libros, Madrid 2002.]
- <sup>135</sup> Según una indicación de Gabriel Tarde, con ello tiene que ver también aquella «revolución en la cabeza», que la mayoría de las veces se describe equivocadamente como ilustración: la costumbre de creer a pies juntillas a los predicadores y antepasados se sustituye por la costumbre de repetir lo que aportan innovadores contemporáneos. Cfr. Gabriel Tarde, *Die Gesetze der Nachahmung* (1890), o. c., pág. 270.
- <sup>136</sup> Las fuentes filosóficas del concepto de inconsciente se exponen, sobre todo, en los trabajos de Odo Marquard, *Transzendentaler Idealismus. Romantische Naturphilosophie. Psychoanalyse*, Colonia 1987, y de Jean-Marie Vaysse, *L'inconscient des modernes. Essai sur l'origine métaphysique de la psychanalyse*, París 1999.
- <sup>137</sup> Salvador Dalí, o. c., pág. 290.
- <sup>138</sup> Citado por: *Absolute McLuhan*, Martin Baltes y Rainer Höltzsch eds., Friburgo 2002, pág. 164; cfr. también Marc Monmonier, *Air Apparent. How Meteorologists Learned to Map, Predict and Dramatize Weather*, Chicago y Londres 1999.
- <sup>139</sup> Cfr. Thomas E. Graedel/Paul J. Crutzen, *Atmosphäre im Wandel. Die empfindliche Lufthülle unseres Planeten*, Heidelberg/Berlín/Oxford 1996, págs. 3-5.
- <sup>140</sup> Cfr. Günter Barudio, *Tränen des Teufels. Eine Weltgeschichte des Erdöls*, Stuttgart 2001.
- <sup>141</sup> Cfr. Peter Sloterdijk/Hans-Jürgen Heinrichs, *Die Sonne und der Tod*, o. c., págs. 320-329.
- <sup>142</sup> Rolf Peter Sieferle, *Der unterirdische Wald. Energiekrise und industrielle Revolution*, Múnich 1982.
- <sup>143</sup> Sylvie Joussaume, *Klima. Gestern, heute, morgen*, Berlín/Heidelberg 1996, pág. 62.
- <sup>144</sup> Carl Amery y Hermann Scheer, en su libro: *Klimawechsel. Von der fossilen zur solaren Kultur* (Múnich 2001), discuten sobre los presupuestos técnicos y mentales del tránsito a una civilización energética post-fósil, aunque más sobre las resistencias tanto políticas como ideológicas en contra.
- <sup>145</sup> Cfr. *Esferas II, Globos*, excursio 2, «Merdocracia. De la inmunoparadoja de culturas sedentarias», págs. 297-308.
- <sup>146</sup> Claudia Bölling/Rolf Horst, *Schirme. Der Himmel auf Erden*, Berlín 1995.
- <sup>147</sup> Cfr. Erich Heck, *Indoor Air Quality am Arbeitsplatz. «Sick Building Syndrom» und «Building Related Illness». Ein deutsch-amerikanischer Rechtsvergleich*, Baden-Baden 1994.
- <sup>148</sup> Luce Irigaray, *L'oubli de l'air chez Martin Heidegger*, París 1983, pág. 147.
- <sup>149</sup> Cfr. Anja Stöhr, *Air-Design als Erfolgsfaktor im Handel. Modellgestützte Erfolgsbeurteilung und strategische Empfehlung*, Wiesbaden 1998.

- <sup>150</sup> Cfr. Diotima von Kempfski, *Raumluft-Essenzen-Zugabe. Ein kleiner Leitfaden über Grundlagen und Anwendungsmöglichkeiten*, Karlsruhe 1999.
- <sup>151</sup> Cfr. Gerhard Schulze, *Die Erlebnisgesellschaft. Kulturosoziologie der Gegenwart*, Frankfurt/Nueva York 1993, capítulo 10 «Teoría de la escena», págs. 459-ss.
- <sup>152</sup> Cfr. Walter Benjamin, *Das Passagen-Werk. Gesammelte Schriften*, volumen V 1, Frankfurt 1989, pág. 292.
- <sup>153</sup> Para el concepto colector véase *infra*, capítulo 2, «Indoors. Arquitecturas de la espuma», págs. 475-490.
- <sup>154</sup> Elias Canetti, «Hermann Broch. Discurso por su 50 cumpleaños», en: Elias Canetti, *Das Gewissen der Worte*, o. c., pág. 22.
- <sup>155</sup> *Ibid.*, pág. 18.
- <sup>156</sup> *Ibid.*, pág. 23.
- <sup>157</sup> *Ibid.*, págs. 23-s.
- <sup>158</sup> Cfr. Paul Michael Lützel, *Hermann Broch. Eine Biographie*, Frankfurt 1985, pág. 209; la expresión «gaseamiento» se encuentra en una carta a Ernst Schönwiese del 3 de octubre de 1936. No es constatable si Broch tenía conocimiento del desarrollo de los nuevos gases de combate, extremadamente tóxicos, Tabun (1934) y Sarin (1938), en un laboratorio de investigación de la I. G. Farben. Toda una serie de autores coetáneos habían extraído, asimismo, oscuros pronósticos para el futuro de su recuerdo de la guerra de gas, así, por ejemplo, Erich Kästner en su poema «El último capítulo» de su libro de poemas *Ein Mann gibt Auskunft*, 1930: un día del año 2003 salen de Boston mil aviones con gas y bacilos a bordo y matan a toda la humanidad, que sólo de esa manera consigue alcanzar su meta de paz mundial; extrañamente concreto, Kästner fecha esa sátira del impulso de muerte el 13 de julio, la víspera del aniversario de la toma de la Bastilla; cfr. Erich Kästner, *Kästner für Erwachsene*, obras escogidas, volumen 1, Zürich 1983, págs. 219-ss.
- <sup>159</sup> Karl Kraus, *Briefe an Sidonie Nadherny von Borutin 1913-1936*, volumen primero, Múnich 1974, pág. 167.
- <sup>160</sup> Karl Kraus, *Die Fackel*, reimpresión, Frankfurt 1977, cuaderno 261-2, 1908, pág. 1.
- <sup>161</sup> Hermann Broch, *Massenwahntheorie. Beiträge zu einer Psychologie der Politik*, Frankfurt 1979, pág. 454.
- <sup>162</sup> Gabriel Tarde, *Die Gesetze der Nachahmung*, o. c., pág. 100.
- <sup>163</sup> Elias Canetti, *Masse und Macht*, Frankfurt y Viena 1988, pág. 97. [*Masa y poder*, El Aleph, Barcelona 2000.]
- <sup>164</sup> Hermann Broch, *Massenwahntheorie*, o. c., págs. 306-ss.
- <sup>165</sup> *Ibid.*, pág. 334.
- <sup>166</sup> Broch había formulado así la lección: «La lucha va dirigida [...] a la obsesión por la victoria como tal, y cuando se consigue llevarla a su meta, esta «victoria de la victoria» ya no es victoria alguna en el sentido tradicional [...] casi se podría decir que el júbilo habitual (y tan sumamente humano) por la victoria tendría que ser sustituido en adelante por el duelo por la victoria...», *ibid.*, pág. 344. Desde una perspectiva semejante, Paul Valéry había formulado en 1927: «Europa está salpicada de arcos de triunfo erigidos al mismo tiempo, de cuya suma resulta cero», *Cahiers II*, París 1974, pág. 1478. Por lo demás, las tesis de Broch sobre el sonambulismo político, los estados de delirio de masas y el autoengaño organizado vienen



confirmadas indirectamente por la última ciencia norteamericana de la estrategia. Ésta ha producido una figura explicativa de propaganda, definida como una forma de «encauzamiento estatal de la opinión pública» e imprescindible para la hegemonía americana. Esta concepción hipersofística de la *cyberwar* se prueba a escala mundial, en un gran ensayo mediático, con ocasión de la segunda guerra de Irak en marzo de 2003. Cfr. John Arquilla/David Ronfeldt, *The Emergence of Noopolitik. Towards an American Information Strategy*, Santa Mónica 1999.

<sup>167</sup> Cfr. Calvin Tomkins, *Marcel Duchamp. Eine Biographie*, Múnich 1999, págs. 262-s. y 436.

<sup>168</sup> *Ibid.*, pág. 474. El interlocutor es Calvin Tomkins.

<sup>169</sup> Para la inversión, condicionada también por esto, de energías inmunitarias en las condiciones de habitabilidad, cfr. *infra*, capítulo 2, «Indoors», apartado A: «Donde vivimos, nos movemos y somos» y apartado B: «Construcción celular, ecosferas, autocontainer».

<sup>170</sup> Jakob von Uexküll, *Umwelt und Innenwelt der Tiere*, Berlín 1909, segunda edición 1921.

<sup>171</sup> Cfr. Roberto Esposito, *Immunitas. Protezione e negazione della vita*, Turín 2002.

<sup>172</sup> Sobre la tendencia individualista: Norbert Bolz, *Die Konformisten des Andersseins. Ende der Kritik*, Múnich 1999; Tilman Habermas, *Geliebte Objekte: Symbole und Instrumente der Identitätsbildung*, Frankfurt 1999; Detlef Ax, «Verwundete Männer»: zu vaterlosen Kultur und männlicher Identität in den westlichen Industriestaaten, Stuttgart 2000; sobre la tendencia colectivista: Alois Mosser (ed.), «Gottes auserwählte Völker»: Erwählungsvorstellungen und kollektive Selbstfindung in der Geschichte, Frankfurt/Berlín/Nueva York 2001; Carolin Emcke, *Kollektive Identitäten: sozialphilosophische Grundlagen*, Frankfurt 2000; Nikolaus Busse, *Die Entstehung von kollektiven Identitäten: das Beispiel der ASEAN-Staaten*, Baden-Baden 2000; Günther Schlee (ed.), *Imagined Differences: Hatred and the Construction of Identity*, Münster/Hamburgo/Nueva York 2002.

<sup>173</sup> Cfr. Gert Mattenklott, «Sondeos. El empaldecimiento de los caracteres», en: *Blindgänger. Physiognomische Essays*, Frankfurt 1986, págs. 7-40.

<sup>174</sup> Cfr. Donna J. Haraway, «The Biopolitics of Postmodern Bodies: Determinations of Self in Immune System Discourse», en: *Differences* 1, 1, 1989.

<sup>175</sup> «Certe ignoratio futurorum utilior est quam scientia», *De divinatione* II, 23.

<sup>176</sup> Botho Strauss, *Die Fehler des Kopisten*, Múnich 1999, pág. 102.

<sup>177</sup> Cfr. Sven Spieker, «La cultura de archivo, o: "Donde había algo, tiene que haber archivo ahora". La vanguardia histórica en la era de las oficinas», en: *Trajekte* 5, año 3, septiembre 2002, *Newsletter des Zentrums für Literaturforschung*, Berlín, págs. 23-28.

<sup>178</sup> Friedrich Nietzsche, *Jenseits von Gut und Böse*, 230, *Kritische Studienausgabe*, volumen 5, Múnich 1980, págs. 167-ss.

<sup>179</sup> Esta concepción viene prefigurada en Johann Gottfried Herder, que en su obra *Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit* (Frankfurt 1967, pág. 45) hace observar: «Envidia, anhelo, me apropio de todo lo que aún es *homogéneo* con mi naturaleza, de lo que puede ser *asimilado* en ella; además, la amable naturaleza me ha equipado con *insensibilidad, frialdad y ceguera*; puede incluso convertirse en *menosprecio y asco*...».

<sup>180</sup> Friedrich Nietzsche, *Kritische Studienausgabe*, volumen 1, Múnich 1980, págs. 875-ss.

<sup>181</sup> Cfr. *La gaya ciencia*, § 344: «Hasta qué punto somos aún piadosos». Una suavización de esta idea de lo antitético de vida y conocimiento ofrece Helmuth Plessner en su teoría de la «posicionalidad excéntrica». Cfr. Joachim Fischer, «Androides - Seres humanos - Primates.

La antropología filosófica como sostén del humanismo», en: *Humanismus in Geschichte und Gegenwart*, Richard Faber y Enno Rudolph eds., Tubinga 2002, págs. 229-239. Al mismo tiempo que Nietzsche, Gabriel Tarde se refiere a la probabilidad de que el «culto individual a la verdad desesperanzada sea sacrificada en aras de la necesidad social de una ilusión consoladora, cómoda y común», cfr. Gabriel Tarde, *Die Gesetze der Nachahmung, o. c.*, pág. 149.

<sup>182</sup> *Ibid.*, pág. 168.

<sup>183</sup> Cfr. Ernst Benz, *Theologie der Elektrizität. Zur Begegnung und Auseinandersetzung von Theologie und Naturwissenschaft im 17. und 18. Jahrhundert*, Maguncia/Wiesbaden 1971.

<sup>184</sup> Cfr. *Die elektrifizierte Gesellschaft*, catálogo de exposición del Badisches Landesmuseum de Karlsruhe, 1996.

<sup>185</sup> Sobre el modo y manera en que los descubrimientos de Pasteur contribuyeron a conformar el pensamiento solidario e higiénico-social del tardío siglo XIX, cfr. François Ewald, *Der Vorsorgestaad*, Frankfurt 1993, págs. 464-s.

<sup>186</sup> Cfr. Jacques Poulain, *L'âge pragmatique ou l'expérimentation totale*, París 1991. Es, ciertamente, un azar significativo que el analítico más sagaz de la moderna cultura de la ciencia, Bruno Latour, tenga una cátedra de «Sociología de la innovación» en la Ecole des Mines parisina.

<sup>187</sup> Boris Groys, «Propaganda del comunismo. 40 años después de la muerte de Stalin: Por qué ya entonces el arte sólo quería ser *Lifestyle*», en: *Die Zeit*, n.º 10/2003, pág. 38.

<sup>188</sup> Cfr. Marshall McLuhan, «La palabra impresa. Arquitecto del nacionalismo», en: *Die magischen Kanäle. Understanding Media, o. c.*, págs. 186-ss. Así como el clásico: Karl Kraus, «Fin del mundo por magia negra» (*Die Fackel*, diciembre 1912), Frankfurt 1989, págs. 424-ss.

<sup>189</sup> Gabriel Tarde, *Die Gesetze der Nachahmung, o. c.*, pág. 387.

<sup>190</sup> Cfr. Bruno Latour, «La historicidad de las cosas. ¿Dónde estaban los microbios de Pasteur?», en: *Die Hoffnung der Pandora. Untersuchungen zur Wirklichkeit der Wissenschaft*, Frankfurt 2000, págs. 175-ss.

<sup>191</sup> Cfr. Peter Fabian, *Leben im Treibhaus: unser Klimasystem - und was wir daraus machen*, Berlín/Heidelberg 2002.

<sup>192</sup> Cfr. Bruno Latour, *Das Parlament der Dinge, o. c.*, págs. 82-ss.

<sup>193</sup> Cfr. Bruno Latour, «¿Tienen también los objetos una historia? Un encuentro de Pasteur y Whitehead en un baño de ácido láctico», en: *Der Berliner Schlüssel. Erkundungen eines Liebhabers der Wissenschaften*, Berlín 1996, págs. 87-112; para la expresión *propositions* cfr. Alfred N. Whitehead, *Das Abenteuer der Ideen*, Frankfurt 2000, págs. 426-s.

<sup>194</sup> Bruno Latour, *Die Hoffnung der Pandora, o. c.*, pág. 73.

<sup>195</sup> *Ibid.*, pág. 174.

<sup>196</sup> Arnold Gehlen, *Urmensch und Spätkultur. Philosophische Ergebnisse und Aussagen*, Bonn 1956, pág. 26.

<sup>197</sup> *Ibid.*, pág. 71.

<sup>198</sup> Cfr. Bruno Latour, *Wir sind modern gewesen. Versuch einer symmetrischen Anthropologie*, Frankfurt 1998.

<sup>199</sup> Alfred North Whitehead, *Prozess und Realität. Entwurf einer Kosmologie*, Frankfurt 1984, pág. 472.

<sup>200</sup> Cfr. Ernst Tugendhat, *Der Wahrheitsbegriff bei Husserl und Heidegger*, Berlín 1967; este tra-